

**LOS NATCHES.**

---

PARIS, IMPRENTA DE E. POCHARD,  
Calle del Pot-de-Fer, n. 14.

# LOS NATCHES

NOVELA AMERICANA

POR EL SEÑOR

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

REFUNDIDA

EN CASTELLANO AL GUSTO DE LA LITERATURA  
ESPAÑOLA

POR DON MARIANO JOSÉ SICILIA.



Como Sexto.



PARIS

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, n° 69.

1850



# LOS NATCHES.

---

## LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

---

Durante los dias de ausencia de Otugamiz, Mila y Celuta habian hecho una vida retirada, sin salir á la aldea, sin pasear en los campos, sin ser buscadas por nadie, sin tener ninguna noticia de lo que pasaba en el mundo, sin resolverse á ninguna cosa, esperando siempre, y acechando á todas las horas los caminos y el rio por si acaso llegaba alguno de los dos hombres de su cañño. La esposa de René habia caido en una tristeza profunda, su dolor no tenia ya palabras, ni subian las lágrimas á sus ojos; la modorra y el pasmo de la afliccion prolongada oprimia su espíritu. Mila apuraba su ingenio par animarla y estaba mal con

aquella inaccion en que se encontraban. Una noche, la misma que precedió á la llegada de Otugamiz, despues de un largo silencio, cuando iban á acostarse, le dijo: « Celuta mia, yo te quisiera hablar de una cosa; tú me pareces mas tranquila que estos dias anteriores, pero esa calma que yo te advierto, no es buena. »

— « ¡ Y porqué nó ! respondió Celuta; yo me he hecho ya á la mala comida; mi corazón se sustenta de los pesares que resistia á los principios ántes de acostumbrarse á la desgracia. »

— « Ve tú abí lo que yo pensaba y me da cuidado, replicó Mila, si la tranquilidad que tú muestras, es tan solo un efecto de la tristeza reconcentrada, me harias temer mucho mas que cuando lloras. Yo le oí decir á un Sachem que la tristeza es un modo de fiebre lenta, pegada al alma, que conduce á la muerte. »

— « ¡ Dichosa yo, si eso fuera ! » exclamó Celuta.

— « Dichosa tú, puede ser, dijo Mila; ¿ pero querrias esa dicha á costa del que

« tú amas? El vivir es un gran deber que  
« nos imponen los cielos por el presente ;  
« nuestros maridos sufren , y en la tierra tal  
« vez no les queda ni mas guia ni consuelo  
« que nosotras. Si yo estuviera libre, ya ha-  
« bría volado á los Genises , ¿ pero á ti quien  
« te impide ? tu niña está ya buena, tú cono-  
« ces ya los desiertos , sube á ver tus parien-  
« tes de los Panimas, cuéntales tu afliccion ;  
« ellos, y todo el mundo te asistirán, cuanto  
« abrieres tus labios. Tu esposo vive , yo no  
« lo dudo , ni tú has podido creer que él  
« atente á su vida de que es deudor á una  
« esposa y á una hija : fuera de que, si René  
« no existiese , ya lo sabríamos ; las malas  
« nuevas las traen los Genios del mal por los  
« aires. Ve á salvarle, Celuta ; lo que quie-  
« ra que fueren estos misterios que no ca-  
« lamos , basta y sobra el saber que á René  
« lo acusan á muerte en los Nátches. ¿ Lé-  
« jos de estos impíos ! Cuéntale lo que pa-  
« sa, escogeos un buen puerto , idos á ver á  
« Cháctas; él sera vuestra luz mas cierta que  
« la estrella de los viageros. »

— « Sí, respondió Celuta, yo partiré, los

« cielos me dan su oráculo por tu boca ; no  
« es cordura aguardar mas tiempo , tu her-  
« mano se tarda mucho , la nube que anda  
« por cima, se hace cada vez mas pesada y  
« mas negra, yo partiré, yo romperé de una  
« vez este velo de los destinos. Si René no  
« existiere mas , ¡ infeliz de mi ! , si en vez  
« de esposa soy viuda, pondré á lo ménos mi  
« huta junto al sitio de su sepulcro y abra-  
« zaré sus cenizas : si él vive y no me re-  
« chaza , yo iré con él á servirle como su es-  
« clava donde él elija, de esta parte del mar  
« ó de la otra, á derecha ó á izquierda en la  
« anchura de la tierra, de un extremo á otro  
« extremo del mundo, en los páramos de la  
« nieve, en las arenas de fuego, donde  
« quiera que él pueda hallar su contento y  
« mis ojos le vean alegre, donde quiebre y  
« no alcance mas el rigor del astro que nos  
« persigue. »

— « Y nosotros detras de tí, dijo Mila  
« llena de gozo, y formaremos un pueblo  
« que nos parezca, y se enlazarán nuestros  
« hijos sin mezcla de corrupcion, y habrá  
« una raza nueva de hombres sobre la tierra

« que amarán la virtud; no conocerán á  
 « Atahansía ni á Areskuí, no serán varones  
 « de sangre, no pondrán cuentas rojas ni  
 « negras en los collares blancos que noso-  
 « tros les dejaremos; su hie-rencia será la paz,  
 « la amistad y el amor. »

Por este órden las dos amigas encanta-ron sus penas aquella noche hablando de sus proyectos y se durmieron con la esperanza: no de otro modo se duerme un niño enfermo en la cuna con el juguete que engañó su dolor.

¡ Cual fué el despertar de aquel sueño! por la mañana á la primer luz, el perro de la cabaña comenzó á dar ladridos de gozo, las mugeres abren sus ojos y ven á Otugamiz sentado junto al hogar, pálido, desvaido, sin cabellera, los ojos fijos y la boca entreabierta. « ¡ Hermano ! » — « Esposo mio ! » gritan las dos á un tiempo « ¿ Vas tú á morir ! » dijo Mila. — « ¿ Es qué ha muerto René ? » preguntó Celuta.

— « ¡ Qué afliccion ! decia el Indio sin mudar de actitud ; ¡ ni mas esposa, ni mas hermana ! »

— « Dinos pues, repitió Celuta, ¿ es qué  
« ha muerto René ? »

— « ¿ Qué dices tú de René ? respondió  
« Otugamiz, ¿ qué se ha muerto ? Yo no sé  
« nada, ¡ ojalá !... »

— « ¿ Y tú deseas su muerte ? clamó Ce-  
« luta : ¿ qué desgracia nos amenaza ? ¿ qué  
« van á hacer con René ? »

— « ¡ Estamos todos perdidos ! » exclamó Otugamiz con una voz tremulenta y profunda, y soltándose de los brazos de Celuta y de Mila corrió á fuera de la cabaña. Las dos mugeres van á seguirle y entra Onduré. « ¿ Donde está Otugamiz ? » les pregunta. — « Acaba de salir, le responde Mila, está fuera de su sentido, nosotras vamos tras él. » « ¿ Qué os ha dicho ? » preguntó todavía. — « ¡ Que estamos todos perdidos ! » dijo Celuta. — « No le creais, replicó el malvado ; al contrario, todo va bien ; pero Otugamiz está malo, yo voy á ver á Adario. »

Mientras que Onduré se alejaba, Otugamiz volvía por el otro lado cerca de la cabaña andando lentamente, con los brazos

cruzados. Venia hablando consigo mismo, las mugeres se allegan y lo escuchan que está diciendo ; « ¡ Manitú de oro, tú me has « privado de mi razon : tú me dirás ahora « que debo hacer ! Yo juré defenderle, yo « lo ofrecí en la cabaña de mis padres ; mi « hermana fué testigo y bebió con nosotros « el agua del refrigerio y del testimonio... »

— « Si, yo bebi aquel agua sagrada, ex- « clamó Celuta, yo la bebi en las palmas de « vuestras manos ! » Otugamiz quiere huir, Mila y Celuta lo tienen de sus vestidos. — « ¿ Qué pretendéis de mi, que exigis de « este triste amigo ? clamaba sin conocerlas, « con la vista despavorida ; yo lo declaro, « yo lo juro otra vez, mil veces : yo le amo, « yo le amaré á pesar vuestro, yo seré fiel « á mis promesas : no me intimidan á mi los « gusanos de los sepulcros, dejadlos que se « apacienten con mis carnes. Cumplid como « querais vuestra justicia horrorosa, herid « al que temeis inocente pues que le con- « denais sin oirle : yo no haré armas contra « la patria, pero yo no seré un asesino en « su nombre : heridle, acabad con él, yo

« besaré sus heridas, yo cogeré su sangre en  
« mi corazón, y cuando hubiere muerto, me  
« apegaré á su cadáver hasta que pase á  
« mis huesos la podredumbre y se escape  
« mi alma á buscar la suya. Inventad si  
« podeis otra cosa mas dura que la muerte;  
« su cuchilla no tiene filos con que romper  
« los nudos de la amistad. ¡ Ven muerte,  
« libértanos, sácanos de la tierra, yo abo-  
« mino la luz... él tambien... tu noche vale  
« mejor que este sol que alumbra tantos de-  
« litos! »

Las dos Indias aterrecidas se echan al suelo y abrazan las rodillas de Otugamiz. Este las reconoce : «Somos nosotras, habla, « le decia Mila, desahoga tu corazón con « las que te aman. »

— « ¿ Qué hable me dices tú? (exclamó « Otugamiz y le ponía la mano en la boca).  
« ¿ Sabes tú lo que solicitas?... No se habla  
« ya si no es que sea como una tumba :  
« todo viene al presente de los muertos. Hay  
« un secreto. »

— « ¡ Un secreto ! replicó Mila, ¡ un se-  
« creto para tu esposa y para tu hermana!...

« ¡ Y tú tambien nos tratas como á enemi-  
 « gas ! ; Ten piedad de nosotras, Otugamiz ,  
 « yo me siento defallecer , yo me caigo  
 « muerta este día ! »

— « N6, Mila , no te mueras, dijo el es-  
 « poso; tú no has jurado, tú no eres respon-  
 « sable de la sangre inocente : yo soy quien  
 « debo morir, alivíame de esta carga, ven, ar-  
 « rancame el corazon, aquí está el horrible  
 « secreto ! » y le ofrecia su seno desnudo y  
 le alargaba un puñal. Las dos mugeres se  
 avalanzaron para quitárselo , y bregando  
 con él lo entraron en la cabaña.

Un instante despues suena la voz de Ada-  
 rio que venia acompañado con Onduré.  
 « Otugamiz , Otugamiz , ¿ donde estás ?  
 « decia elsañudo viejo temblando, ¿ has per-  
 « dido el entendimiento ? ¿ qué mal Genio  
 « se ha apoderado de tu razon ? ¿ qué es lo  
 « que tú has hablado ? »

— « N6 : te han mentido , como te mien-  
 « ten hace ya tiempo, respondió Otugamiz :  
 « nó ; yo no he hablado nada, yo no he he-  
 « cho mas que gemir : nó ; no estoy loco ,  
 « los malos Genios no tendrán nunca mando

« sobre mi espíritu ; vosotros solamente me  
 « hareis perder mi razon. ¿ Qué es lo que tú  
 « me quieres ? si piensas encontrar otra vez  
 « al dócil Otugamiz, te engañaste. Vé hom-  
 « bre de hierro, vé á llevar tu virtud y á  
 « enseñarla á los osos del Labrador ; bebe  
 « tú con deleite, si ese es tu gusto, la sangre  
 « de los hombres ; por lo que hace á mí,  
 « yo no beberé sino la que hicieren en-  
 « trar por fuerza en mi boca, y aun de esa,  
 « yo te espurriaré una parte en el rostro, y  
 « te cubriré de una mancha que jamas la  
 « podrás limpiar y bajará contigo á la  
 « tumba ! »

El Sachem se quedó aterrado ; la necesi-  
 dad le hizo cuerdo : despues ; templando  
 la ira , le dijo : « ¡ Y bien , Otugamiz ; esto  
 « mas le quedaba á mi vejez miserable... ,  
 « al que tenia puesta en tí su mejor espe-  
 « ranza... , al que hacia contigo en la tierra  
 « la vez de padre ! ¡ Cruel !.. ¡ mis ene-  
 « migos no me han dicho otro tanto cuando  
 « arrastré sus cadenas y me sacaban por irri-  
 « sion al mercado ! .. »

No fueron menester mas palabras para

desarmar la virtud : «Perdóname, padre mio,  
« padre mio Adario, perdóname, exclamó Otugamiz : sí, yo he sido cruel, y sin embargo  
« Otugamiz no lo es ! Yo soy indigno de tu  
« amistad, pero déjame á mí la mia por piedad, déjame siquiera morir, y consuela  
« despues de mí, á estas mugeres. Yo te lo  
« advierto, os conviene matarme ; yo sucumbiré, yo hablaré, yo no tengo bastante fuerza para llegar hasta el cabo. »

— « ¡ Y tú le encargas que nos consuele !  
« dijo Celuta, ¿ es ese el hombre que da consuelos ? Hasta aquí me he callado y he estado oyendo vuestros misterios ; pero  
« vuestro secreto es á voces, se trata de matar á René, ¿ no es verdad ?.. No seas  
« cruel, dulce hermano, sé benigno al modo de Adario, degüella al que libertaste de entre las llamas donde le llevó su lealtad ;  
« los que abandonaron al viejo Sol en medio del enemigo, tienen razon de matar al que se sacrificó en su defensa. Sirveles tú  
« de verdugo, no tengas miedo, tú le has tratado, tú le conoces ; debajo de tus golpes, muriendo, te dará gracias por el

« amor que le habias mostrado; tu mano  
 « teñida en sangre la besará todavía expi-  
 « rando; hiérele sin temor, no te opondrá  
 « resistencia, no te hará ningun cargo, no  
 « despegará contra tí sus labios, no malde-  
 « cirá tu amistad! »

— « ¡ La oyes tú, Adario! exclamó  
 « Otugamiz, resiste..., contéstale si tú  
 « puedes! »

— « Yo no he venido aquí á contender  
 « con mugeres, » respondió Adario, y vol-  
 viéndose á ellas, les dice: « Retiraos, in-  
 « sensatas, dejadnos solos, y temblad si os  
 « poneis á hablar y á esparcir vuestros des-  
 « varíos en el village. »

— « Si, si, dijo Mila, toma bien ese  
 « tono altanero y amenazante con unas po-  
 « bres mugeres atribuladas y oprimidas;  
 « pero sábete que nosotras lo salvaremos á  
 « pesar vuestro, y nos pondremos á cubierto  
 « del rayo que amenaza á los Natches por  
 « vuestros crímenes. ¿ Quien nos obliga á  
 « estar con vosotros? Nosotros somos libres,  
 « y huyendo, os aborramos la infamia de  
 « realizar la maldad que teneis meditada. »

— « Sal de aquí, gritó Adario, muger-  
« zuela infeliz, deshonor de la casa de Si-  
« fanes !.. »

— « Dí, dí, viejo reprobado, clamó  
« Mila acercándose, ¿ qué importa lo que  
« tú digas ! Yo cuento treinta tumbas, y  
« jamas ha habido asesinos en mi linage ! »

Adario montó en furor, alzó el hacha, y Mila se estaba inmóvil delante de él sin turbarse ; Otugamiz acude, el Sachem da un bramido y descarga el tremendo golpe contra el dintel de la cabaña ; sus dientes crugen, sus ojos giran perturbados, su cabeza se bambolea, y en las bascas de aquella ira arroja un volcan de sangre por la boca. Otugamiz le saca de la cabaña y lo va sosteniendo, Mila los sigue algunos pasos de léjos. Celuta estaba abismada y convulsa ; el inicuo Onduré aprovecha aquella ocasion y le dice : « Aun es tiempo, Celuta, de que  
« puedas salvar al que no te ama, su exis-  
« tencia pende de mi : tú podrás ser feliz  
« con tan solo que partas tu corazon con el  
« que te adora. Mira si soy medido, que me  
« contento con los desechos, con la rosa

« medio marchita del extranjero ; lo que  
« él disipa y desprecia , yo lo tendré con  
« ansia y me abasta. Piénsalo bien, Celuta,  
« una sola sonrisa tuya podrá calmar esta  
« tormenta. »

— « Vé, hombre atroz , le dijo Celuta,  
« ve á afilar tus puñales ; yo no redimiré la  
« inocencia á costa de la virtud. »

— « ¿Qué es la virtud? replicó Onduré ;  
« ¿me sabrás tú decir donde se venera esa  
« diosa ? »

— « Véte , monstruo , dijo Celuta con  
« una voz esforzada , dáte prisa á salir , yo  
« no puedo sostener tu presencia ! » Onduré  
está en la puerta y le dice : « Sí , yo me  
« voy ; tú me verás otra vez á pesar tuyo...  
« ; yo ahitaré mis deseos , tú no te escapa-  
« rás , aun que fuese en los brazos mismos  
« de la muerte. ! »

El gesto, la actitud, la manera de decir estas cosas, todo fué tan horriblemente espantoso, que Celuta dió un grito involuntario y cayó sin sentido. Onduré sale vertiendo espumas de fuego por la boca, Mila llega, y halla á Celuta sobre la estera, ten-

dida como una muerta, cual la vió otra vez en la Nueva Orleans. Ella sola la arrastró al lecho, ella sola acalla á la niña asombrada, ella sola trabaja por volver á la vida su infeliz compañera. ¡Día horroroso que hasta su luz ponía espanto! Corría un viento del Este que abrasaba como una llama; el cielo no se veía con los remolinos de polvo, todo el campo perdió el color, el zumbido del huracan parecia el ruido de los mares: se pudiera haber dicho que el infierno habia entrado en aquella hora en los Nátches.

Adario arrojando sangre todo el camino, sin tener cuenta con su salud, se fué con Otugamiz á la gruta de Atahansia, lugar terrible, elegido bajo la invocacion de aquella Diosa sangrienta, para tener sus sesiones los conjurados, y encender el fervor guertero de los jóvenes capitanes de los tercios salvages. Se entraba allí por el mismo fano donde se veneraba aquel idolo; habia un portillo secreto por detras del altar, donde comenzaba un camino profundo y tortuoso, entre riscos, que conducia á una planicie

arenosa, á la orilla de un lago subterráneo, bajo arcadas naturales de rocas que se extendían sin saberse el término de aquel antro maravilloso. De tiempo inmemorial se celebraban allí los medrosos misterios de Areskuí y de Atahansia, y en aquel mismo sitio hacían sus caravanas y probaciones los que aspiraban al mando de las tribus. Los iniciados no hablaban nunca de los secretos y los prodigios que ofrecía aquel retiro; sin embargo era fama que navegaban en aquel lago; que se llegaba á un punto, donde las luces de los faroles perdían su brillo y se percibían al oído oráculos y respuestas que parecían bajar por las bóvedas; que en algunos parages se veían claridades entre las aguas y semejanzas de egércitos que marchaban y hacían evoluciones de guerra en las profundidades inmensurables de aquella mar encerrada; que había allí dentro un estrecho que daba paso á otro lago, y que él que osaba empeñarse en aquella ráuda, encontraba de la otra parte un Genio solitario que lo ungía para las batallas y lo hacía invulnerable; pero que algunos perecían no pudiendo des-

pues tomar hácia arriba la furiosa corriente; y por este modo se referian otras mil tradiciones y especies vagas y terrorosas á propósito de la gruta. De las pruebas, los ejercicios, las privaciones, los apuros y los asombros que se hacia sufrir á los guerreros novicios que querian consagrarse á Areskui, se decian cosas por cima de la fé humana: algunos perdian el juicio, otros no salian mas y se ignoraba su suerte; los que triunfaban de estos rigores, eran considerados como la nata de la milicia y ocupaban en ella los grandes puestos; todos ellos eran valientes, mas su valor degeneraba en crueldad, y no amaban sino la guerra y los destrozos.

Tal fué el lugar y la compañía donde se vió de nuevo comprometido el hijo de Tabamica; pero ni los respetos de Adario, ni el ejemplo de sus amigos, ni las instigaciones de los juglares y los Sachems fueron parte para inducirlo á iniciarse en aquellos misterios. « Jamas, « decia, ni por el cielo ni por la tierra, me « dejaré otra vez sorprender, ni tomaré so- « bre mí empeño alguno sin saber á lo que

« me ofrezco. Yo hice ya mis pruebas en pú-  
« blico ; mi vida , todos lo saben que es de  
« la patria : yo no he titubeado jamas en los  
« peligros gloriosos , yo he peleado de dia ,  
« á la luz , puesto el pecho á los bronce y á  
« los aceros , nada á escondidas , frente del  
« enemigo , á sabiendas uno de otro. Yo no  
« amo cazar de noche ni me acomodo con  
« las tinieblas ; las cavernas son buenas para  
« los osos y los lobos ; la virtud no se anida  
« en los subterráneos. » A pesar de estos sen-  
timientos, Otugamiz no tuvo bastante fuerza  
para negarse del todo á las vivas solicitudes  
de los ancianos , y permaneció algunos dias  
como espectador en aquel convento de  
iniquidad. La mansion que hizo allí mal su  
grado , pudo mucho sobre su espíritu ; la  
amistad de René sufrió recios combates :  
no le hablaban directamente contra su  
amigo , ninguno se lo nombraba ; pero se  
hacian hablar los portentos y los terrores  
que ofrecia aquel horrendo Tenaro , le per-  
turbaban el juicio , lo embriagaban mez-  
clando sucos de yerbas operosas en su be-  
bida ordinaria , tenia sueños horribles , y

despierto lo trabajaban con visiones formidolosas y con oráculos espantables. En verdad no murió su virtud en aquellas pruebas; mas el inocente Salvage recibió allí impresiones profundas que apocaron su ánimo y enfermaron su corazón.

Onduré no perdonaba entre tanto ningún género de traiciones y maldades para dar cima á sus largos proyectos de dominio y venganza. A la madre del Sol le habia dado mano de esposo, y aquella muger flaca, arrastrada siempre por su pasión, estaba decidida á elevarle al imperio. Pero el tirano la aborrecia mortalmente, é impaciente de todo yugo habia contado los tristes dias de aquel amor infeliz que su ambicion servia de por tiempo. La engañada Akansia, sin saberlo, ella y su hijo, caminaban lentamente al sepulcro; ambos á dos parecian aojados y se quejaban de una especie de malatia indefinible que se escondia á la ciencia de los juglares: no se mostraba ninguna fiebre ni ningún síntoma egecutivo; era un mal de languor que agotaba las fuentes de la vida. Onduré poseia secretos crueles en el arte de

los venenos, y lo empleaba á mansalva para librarse mas adelante de un rival heredero y de una reina importuna. En cambio de estos horrores prodigaba á la muger Gefe toda suerte de halagos y de atenciones en la apariéncia, y adulando su amor y su vanidad, la tenia á su mandado. Akansía consintió, mal que á su corazon le pesase, en la atroz conjura armada contra los Blancos y en todos los pormenores de aquella hazaña torpísima, empero firme siempre en la idea de salvar á Reué, única condicion con que suscribió á la maldad. A este fin, no bastante segura de la palabra que Onduré le habia puesto con juramento, de exceptuar del estrago al esposo de Celuta, escribió lo mejor que ella pudo, una carta á este último, por la cual le mandaba permanecer aun dos lunas en los Cenises, y aguardar allí nuevas órdenes, grangeando las voluntades de aquellos Indios, á quienes luego de pasadas las fiestas, deberia proponerse un tratado especial de alianza, de mucha cuenta para los Natches. Esta carta la dió á un Sioko mercante, cuya fidelidad le era

bien conocida de antiguo, le hizo un buen agasajo, y encargóle entregarla él mismo al hijo de Cháctas sin perder tiempo. Nadie supo este nuevo paso que en favor de René dió Akansia, la cual quedó mas cierta de libertarle por este medio, visto que los Cenises no tenían parte en la conjura, que René se encontraba muy bien querido entre aquella gente, y que por cima de esto lo hacia sagrado en aquel parage su carácter de mensajero. Pero Onduré, aun ignorando este aviso que habia tomado Akansia, y no obstante de estar de acuerdo con el gefe de los Cenises para que volviese René despachado ántes que comenzasen los juegos públicos, temiendo no se tardára por algun accidente y se le escapase la víctima, le envió un Indio de su faccion, que en nombre de los ancianos lo convidase á venir á las fiestas y acompañar en ellas al jóven Sol en su calidad de maestro y de consejero del infante. Los dos Indios partieron á un mismo tiempo, el Sioko que llevaba á René la vida, y el satélite del tirano que le llevaba la muerte: tales eran y fueron

siempre con este hombre los decretos intricables de su destino.

La astucia de Onduré obtenia al mismo tiempo en el grado mas alto la amistad y la confianza de los Franceses. Pronto á quitarlo todo, no les negaba nada el desalmado Salvage, y él mismo se anticipaba á sus pretensiones y prevenia sus deseos. Con Chepar ajustó un tratado ventajosisimo á la colonia, concediéndole el monopolio de los glastos y los petunes de los campos del Nátche, le alargó otras nuevas labranzas por el lado del Norte, y le cedió la Ensenada de las Tortugas, lugar propio para un presidio frente á la confluencia del Rio Negro, que en manos de los Franceses los debia hacer señores de aquella parte del Misisipi. No contento con esto, para seducir mejor á Chepar, le pidió misioneros, y le dijo con gran misterio que queria ser cristiano y educar en el cristianismo al jóven Sol entregado á su tutela. La política del castillo vió los cielos abiertos por este nuevo medio que prometia á su influencia tantos recursos; Chepar estaba encantado de aquel

Salvage que él miraba como su hechura; Febriano blasonaba con el crédulo comandante de hacer un día vasallos del rey de Francia á los Nátches.

Esta union y esta paz precursora de los desastres, se celebró con tres dias de fiestas en que los Indios y los Franceses apostaron á darse muestras de amistad y concordia. Los juglares habian salido casa por casa á hablar á las familias y prevenirles que se esforzasen á hacer semblante de paz con los Europeos, que les tuviesen mucho festejo, y que disimulasen todas sus quejas, porque tal era la voluntad de Atahansia que tenia prometido librar los Nátches si eran prudentes y dejaban obrar á su tiempo los destinos. El cauteloso language de estos ministros se acomodaba en cada familia á la indole y al carácter de las personas; á los flacos les sostenian la esperanza, á los fuertes les moderaban su ardor, á todos les contaban prodigios y les hacian ver señales del misterio de salvacion escondido; ninguna falsedad, ninguna instigacion, ningun género de perfidia les costaba rubor ni escrí-

pulo, y en todas partes hablaban como enviados de los Dioses y ejecutores de los mandatos del cielo.

Onduré no olvidó en estos negros manejos la casa de Otugamiz y René. El gefe de los juglares se encomendó de llevar allí la mentira, y con rostro beato, repintados sus ojos con los aprestos de una alegría contrahecha, se presentó en la afligida cabaña. Celuta estaba sufriendo: en pocos dias habia arruinado sus fuerzas una fiebre espasmódica que le trastornaba el sentido frecuentemente, sus pechos se habian secado otra vez; una India caritativa, parienta suya, se habia llevado á la pobre Amelia y se habia encargado de su lactancia. Mila era la enfermera y la providencia de aquella infeliz madre, la triste Mila no ménos desolada, sin tener ninguna noticia de Otugamiz, sin hallar en ninguna parte quien le hablase verdad, despreciada por las matronas, abandonada de sus amigas, y asombrada bajo la nube cada vez mas oscura que encubria el porvenir. El juglar tomó asiento á la cabecera del lecho de Celuta y

con mentido agrado les dijo : « La mejor  
« parte del ministerio que yo egercito, es  
« consolar á los tristes y aliviar á los que pa-  
« decen. Yo he sabido harto tarde tu enfer-  
« medad, ó hija de Tabamica; ¿ porqué no  
« me habeis llamado? »

Celuta estaba cortada : Mila le respon-  
dió sin turbarse : « Padre de las serpientes,  
« yo te hablaré en puridad, sin rodeos :  
« nosotras no tenemos fé en los juglares, y  
« en tí ménos que en los demas, porque  
« tú eres nuestro enemigo. Mi marido te  
« fué á buscar una vez, ¡ por cierto el dia  
« de mi tornaboda! y volvió sin salud medio  
« espiritado á mis brazos; ¿ como querias  
« que yo te llamase para mi hermana?...  
« ¿ En donde está Otugamiz? Vosotros le  
« habeis dañado, tú y Onduré, su razon  
« tan hermosa; vosotros sois la causa de  
« nuestras lágrimas. ¿ Haces tú las heridas  
« para venir despues á curarlas? »

— « Ved aqui lo que son las mugeres,  
« dijo el juglar con una risa malvada; no  
« ven ninguna cosa por dentro, no saben  
« tener espera, siempre precipitosas y arre-

« batadas cuando se necesita tener mas  
 « flema para dominar los sucesos y atrave-  
 « sar las desgracias. ¿Querriais vosotras ti-  
 « rar al agua al naochero que en medio de  
 « las olas trabaja para esquivar la tormenta  
 « y lograr, dando bordos, un feliz arribaje?  
 « De hoy ya mas sosegaos, buenas hijas; los  
 « tiempos van mejorando, la cadena de la  
 « amistad se ha anudado con los Franceses;  
 « ni ellos temen ni nosotros tememos mas  
 « de René; no se trata sino de fiestas; den-  
 « tro de dos dias, á la otra parte del Mes-  
 « chacébe, en las Navas Saladas, se va á  
 « tener la gran batida del búfalo, para la  
 « cual se apercibe todo el village en union  
 « con los Blancos del fuerte. La confianza  
 « reina otra vez entre los dos pueblos, par-  
 « ticipadla, y excusad sobre todo las quejas  
 « de las cosas pasadas que pertenecen á los  
 « secretos de la politica que nos salva. »

— « Llámame injusta, llámame arreba-  
 « tada, replicó Mila, yo no creo en mas po-  
 « litica que en mis ojos y en mis oidos y en  
 « los avisos que me da el corazon. ¿En donde  
 « está Otugamiz? ¿Porqué alejais de noso-

« tras el solo arrimo que le queda á nuestra  
« existencia? »

— « Otugamiz será pronto el caudillo de  
« una tribu , dijo el juglar, y está haciendo  
« sus caravanas. Cuando vuelva á tus brazos,  
« no contraries la virtud de ese mozo admi-  
« rable : todo irá bien , la patria va á gozar  
« su reposo , los Genios nos volverán nues-  
« tros dias antiguos. » El juglar dijo luego  
un ensalmo sobre Celuta , le regaló una  
cinta tocada á la gran serpiente de la cual  
pendia un idolillo con cifras mágicas , y se  
despidió pompeándose , anunciándoles mil  
saludes y encargándoles ser prudentes y  
discretas.

El falaz sacerdote tomó la puerta sin de-  
jarles mas tiempo para hacerle preguntas.  
Mila y Celuta estaban medio pasmadas.  
« ¿ Qué piensas tú de la venida improvisa de  
« este hombre? » dijo Celuta temblando.  
— « ¿ Qué quieres tú que yo piense, respondió  
« Mila , sino que el mal está encima , que  
« estos vestiglos hacen aprisa su camino ,  
« que nos quieren coser la lengua y vendar  
« nos los ojos, que nos engañan , que nos

« acechan, que nos tienden las redes como  
« á los pájaros que se cazan de noche á la  
« luz de las teas? Dáme, dáme, lo primero  
« de todo, esa cinta, no sea que quiera  
« echarnos alguna suerte ese infame brujo  
« y entosigarnos. » Mila la cogió y la echó  
al fuego, se quedó pensando un instante, y  
volviendo luego á su hermana, le dijo:  
« Se me ocurre una idea feliz: nosotras no  
« tenemos mas armas que nuestro ingenio;  
« yo voy á descubrir este horrible misterio  
« que nos asuela. Tú estás mejor, tú podrás  
« pasarte sin mí algunas horas de ausencia  
« que es menester que yo haga. Yo buscaré  
« á mi madre que me lleve á las Navas el  
« dia de la batida que el juglar nos ha dicho  
« que va á tenerse: yo no volveré, yo estoy  
« cierta, sin haber cazado el secreto. El modo  
« de conseguirlo me lo reservo, no sea que  
« me desanimas, porque tú eres muy tí-  
« mida. » — « Lo que quiera que sea, le  
« respondió Celuta abrazándola, yo tengo  
« confianza en la buena luz de tu espíritu:  
« tú no harás nada, querida mia, que  
« Otugamiz no sea capaz de aprobar, ó

« que pueda empeorar nuestra situación. »

Mila acudió á su madre y obtuvo de ella que la llevase á la fiesta campestre. Aquel día se esmeró en adornarse, y se puso el traje de cazadora, justillo y tonelete color de rosa con gorbiones y rapacejos de plata, mangas acuchilladas de papelina sugetas con brazaletes de coral rojo; las jarreteras de oro y de perlas; los borceguies, de castor y arminio guarnecidos de talcos y de granates; el tocado, de púrpura, con plumage amarillo y una rica luneta de balajas; el collar y las arracadas, de ambar y margaritas, rebosando el hermoso seno bajo una randa finisima de brocado. A la espalda llevaba un morral plateado de piel de lince y una aljaba gayada de azul y oro, al hombre un arco chiquito; y en la mano una especie de jabalina embutida de nácares, obra preciosa de Otugamiz. La belleza de los dos sexos en la primera flor de la vida brillaba en aquel cuerpecillo de llama. Nuestros mayores hubieran dicho que era una Fada de las antiguas selvas del Viejo Mundo, remanecida en los campos americanos.

Desde la media noche seis cuadrillas de Indios habian salido por el village y por la colonia, anunciando con músicas la partida, y al reir el alba se tapó el Meschacébe de piraguas y de tartanas que bogaban á la otra orilla. Bien pronto se poblaron las inmensas llanuras de cazadores Indios y Blancos, que se formaron en doce bandas á lo largo de los espesos prados de beno y de las charcas salobres donde tenian su querencia los búfalos: las familias se acomodaron en los oteros, que de antemano se habian cerrado con palenques. Los ataques se comenzaron, se dió fuego de trecho en trecho á los largos rastrojos, se asaltaron los cañizales, y al subir repentino de las llamas, al bramido de las cornetas, á los gritos de los Salvages, al latir furibundo de las jaurías desatadas, y al estruendo de las descargas de arcabuces y pedreñales, las innumerables manadas se desparcieron por los campos y ofrecieron un largo cebo al sangriento regocijo y á la codicia insaciable de los hombres.

Al cabo de tres horas, en lo mas vivo de la batida, Mila se escabulló muy pasito de

con su madre, dió la vuelta por detras de unos bosques de cañas, y se puso á acechar su presa y á buscar la ocasion favorable que tenia meditada. Un juglar, el segundo de los ministros del templo, andaba por aquel lado soltando al aire unos talismanes y diciendo conjuros para hacer venir á los búfalos bajo el hierro de los guerreros. Estas bestias, de suyo tímidas y pacíficas, se enfurecen cuando se sienten heridas, y acometen entónces al hombre. Un búfalo, atravesado de un dardo, dirigió su carrera bramando al lugar donde estaba el sacerdote: este partió veloz á ampararse en las cañizales, y he allí á Mila seguir tras él, y al juglar que corria mas vivo mientras mas cerca sentia los pasos de la India. El búfalo cayó muerto, pero Mila gritaba como si estuviera ya encima de ellos el temible cuadrúpedo. De esta suerte fueron corriendo un gran trecho hasta llegar á las cañas: allí volvió el juglar la cabeza, y no viendo ya á su enemigo, se sentó en un ribazo anhelando y hecho un rio de sudor. Mila llegó á este tiempo fingiendo el mismo cansancio.

« ¡Cual ha sido nuestro peligro! dijo la  
« India : ¡ te aseguro, padre bendito, que yo  
« he tenido el mismo miedo que tú. Yo te  
« seguia porque tú me hubieras salvado sin  
« duda ; con una sola palabra hubieras tú  
« derribado al búfalo á nuestros pies. »

— « ¡ Es verdad! contestó el ministro  
« tomando un aire solemne. ¡ Pero que ca-  
« lor! ¡ Como abrasa el sol! ¡ Que sed  
« tengo! » Y se iba ya á bajar á beber de  
bruces en una balsa.

— « Nó, dijo Mila, no bebas tú de ese  
« agua que es pradeña y te haria mucho  
« mal. Algun Espiritu amigo tuyo me ha  
« inspirado quizá esta mañana ; yo traigo  
« aqui esencias dulces de las mas ricas de  
« las islas, refrigera tu sed y confórtate. »  
Entre tanto acudia al morral que tenia á la  
espalda y sacó dos botellas y un vaso.  
« ¡ Ah buen Genio! exclamaba la maliciosa  
« encantadora, si un hombre como tú lle-  
« gase á morir, ¿ qué seria de los Natches? »

El juglar, limpiándose el rostro y com-  
poniendo su ropa le dijo : « Si no te conociera  
« te hubiera yo tenido por el Dios de las

« fiestas. ¡ Vaya que guapa estás y que linda  
« me pareces. »

— « Y tú, respondió Mila llenando el  
« vaso de un licor perfumado y brillante  
« como oro líquido, tú me pareces á mí mas  
« hermoso que el Genio que preside á las  
« cazas : como tú seria el primer hombre  
« que subió al cielo y arrastró de Atahan-  
« sia. Toma y bebe por mi salud. »

El juglar se tiró la copa con ansia. Los Salvages, apasionados por los licores de Europa, buscan los humos de la embriaguez, como los pueblos de Oriente los vapores del opio. Mila llena otra vez su patera y la ofrece á la mano ávida del juglar. « No te habia visto nunca tan cerca, seguia diciendo la sagaz embaidora, ¡ que bello hombre! ¡ que megillas de grana! ¡ que frente de coral jálde! ¡ que sonrisa de amor y de magestad! ¡ que mirada tan hemenciosa!... « ¡ Y despues, sobre tanta hermosura, tanta ciencia adquirida en el trato de los Dioses!... ¡ Dicea que hablas tú tantas lenguas!... ¡ Por supuesto, todo lo que tú dices lo entiendes!... ¡ Que dicha! ¡ Es

« posible tanto saber en un hombre? »

Mientras decía estas cosas, de sorbo en sorbo y de trago en trago, le hizo apurar la botella. Tres veces embriagado, de vino, de amor y de alabanzas, el juglar empezaba á hablar con los ojos. Mila echó mano al segundo frasco, vertió de él en la copa, y una rodilla en la tierra, con la mano izquierda apoyada en el hombro de aquel truhan, y en la otra el vaso espumando, redoblaba sus arrumacos y roncerías, y parecía contemplar admirada á su hombre ya seducido.

El lugar estaba apartado, las cañas altas. « Mila, dijo el juglar con una voz balbuciente, tú eres la tentacion!... ¡ Que fortuna de Otugamiz!..., yo te quiero decir una cosa.... »

— « ¿ Qué quieres tú? » respondió la taimada, retirándose un poco y afectando turbarse.

— « Acércate..., ¿ porqué temes? » dijo el juglar, y la asió de una mano. Mila volvió los ojos á todas partes haciendo la recelosa. « No tengas miedo, siguió el juglar;

« si tú quieres , yo haré extenderse al re-  
« dedor de nosotros la noche. De un soplo  
« soy yo capaz de apagar el sol. »

— « Ve tú ahí de lo que yo tengo mas  
« miedo , respondió Mila sentándose en sus  
« rodillas y sonriéndose , tú eres tan grande  
« mágico !... »

— « Si á eso va , contestó el juglar des-  
« variado y temblando de gozo , ¿ quien te  
« puede ganar á tí en el arte de los encan-  
« tos ! ; Oh la bella hechicera ! ; Que deleite,  
« que gloria de respirar tan de cerca tu  
« aliento ! Ahora sí que soy poderoso ; todo  
« el cielo le tengo junto en mis brazos ! »

Despues tomando la copa y ofreciéndola á  
Mila , « Bebe tú tambien , le decia , vuelve  
« tú mas sabroso este póculo confortante , y á  
« esta esencia de fuego , añádele de esa  
« esencia de amor que destila tu boca. »  
Mila gusto el licor , y el juglar , moviendo  
la copa , procuraba beber por el borde que  
habian tocado los labios de la graciosa im-  
postora. De esta suerte , diciendo amores y  
menudeando los tragos , se alumbraba mas  
cada instante y se humanizaba el severo mi-

nistro de los Dioses. El poderoso néctar obraba sus maravillas ; Mila espiaba aquellos momentos de su esperanza.

El juglar casualmente fijó la vista sobre un bosquecillo de cañas aislado que se mostraba por frente de ellos, no muy distante. « ¿No es  
« aquello , preguntó á Mila , una cabaña ? »

— « Si , dijo Mila ; aquella es la cabaña  
« donde ahora por el pronto se han juntado  
« Onduré y los principales Sachems , por-  
« que ha corrido la voz de que René va á  
« llegar, y se trata allí de fijar el día y la  
« manera de aplastarlo. »

— « ¡ Vaya una cosa rara ! exclamó el  
« juglar. Pues si está ya acordado todo  
« eso ¿ como ha de ser !... Aunque llegue  
« René , no se ha de hacer la justicia tan  
« pronto , ni conviene de modo alguno an-  
« ticiparla. »

— « Yo tambien lo he extrañado , con-  
« testó Mila : á mí me dijo un Sachem que  
« el día que estaba fijado era el veinte de  
« la luna... »

— « Nó ; el doce , dijo el juglar , de la  
« luna de las fiestas. »

— « Así será, dijo Mila; pero á mi me  
 « afirmó el Sachem de seguro que era el  
 « veinte. »

— « Yo sé eso mejor que tú, replicó el  
 « juglar, porque yo he puesto bajo el altar  
 « de la grande Diosa las doce cañas que han  
 « de servir á la cuenta de los dias, y en  
 « comenzando la luna, cada noche se ha de  
 « sacar una caña. »

— « Eso ha sido muy bien pensado, le  
 « dijo Mila; por supuesto, en sacando la  
 « última, se acabará con René y será su  
 « postrera hora, ¿ es verdad? »

— « Sí, su postrera hora y de todos los  
 « Europeos para siempre » respondió el sa-  
 cerdote.

El corazon le batia á la India de indig-  
 nacion y de horror; pero haciendo un es-  
 fuerzo sobre sí misma, y fingiendo mucho  
 contento, abrazó al juglar y le dijo: « ¡ Con  
 « que en eso estan firmes los viejos! »

— « ¡ Y tanto como lo estan! contestó el  
 « juglar: tú verás; será ese el mejor festin  
 « que jamas se haya hecho de carnes blan-  
 « cas entre los Indios. »

— « ¡Y eso se hará , dijo Mila , sin ex-  
« ponernos , sin cantarle la guerra ántes al  
« enemigo !... »

— « ¡ Bueno seria que se la cantásemos !  
« replicó el juglar . ¿ Se la cantaron ellos á  
« Adario ? Ellos nos han enseñado á ser  
« pérfidos . »

— « ¡ Oh que bien ! dijo Mila , ¡ que jor-  
« nada de gloria ! »

— « ¿ Y eso no mas ? añadió el juglar :  
« ¿ pues y el botin del castillo y de la colo-  
« nia que será inmenso ? A los juglares nos  
« toca el quinto , y de las joyas que á mí  
« me caigan en suerte , tú tendrás las me-  
« jores al escoger , porque tú embelesas mi  
« alma y mereces que yo te ame . »

— « ¡ Viva el juglar ! dijo Mila : ¡ al Ge-  
« nio de los amores que nos ha juntado en  
« las Navas ! » y ofrecióle otra vez el vaso  
nuevamente cebado . El juglar lo apuró  
de un golpe , y la lengua borrosa , los  
ojos encandilados , y la cabeza bambo-  
leando , le dijo : « Yo quisiera también un  
« trago de esa copa risueña de aljófares y  
« corales que tú me esquivas . »

— « Cuantas copas quisieres, respondió  
« Mila, tú las mereces; tú eres un bravo  
« hombre, el mejor de tu casta! Pero  
« aguarda, yo soy curiosa y deseo que ese  
« día de que estamos hablando, me procu-  
« res algún lugar donde vea sin peligro mio  
« la matanza. »

— « ¡ Peligro ! ¡ que disparate ! exclamó  
« el juglar. Imaginate tú que van á morir  
« todos como una tropa de ciervos cazados á  
« la luz de la luna en el hondo silencio de  
« la noche. »

— « Pero al fin, tú ves bien, dijo Mila,  
« que los Blancos no son del todo unos cie-  
« vos y que podrian defenderse. . . »

— « ¿ Y qué importa cuando eso fuera ?  
« dijo el juglar, ¿ crees tú que estamos no-  
« sotros solos para esta empresa ? »

— « Ya lo sé yo, contestó la India, que  
« todo se ha prevenido en la grande asam-  
« blea de la Roca Aislada y que tenemos  
« muchos amigos. »

— « Mas de veinte naciones, dijo el ju-  
« glar, se hallan ligadas á todo trance con  
« nosotros, y cuatro de ellas, de las mas

« fuertes, so color de las fiestas nos ven-  
« drán á ayudar al estrago, sin que puedan  
« darse la mano los Blancos unos á otros,  
« porque en mas de doscientas leguas á la  
« redonda, la misma noche, á la misma  
« hora, caerá sobre todos ellos el hacha de  
« la Diosa guerrera. »

— « Y si René se tardare en llegar, dijo  
« Mila, y se encontrare todavía en los Ce-  
« nises la noche de la explosion, allí será  
« donde muera.... »

— « Nó; allí se salvaria, contestó el ju-  
« glar; los Cenises no han entrado en la  
« liga, y á mas de eso le aman, porque  
« René tiene encanto. Pero Onduré le ha  
« enviado una órden para que venga á las  
« fiestas y acompañe en ellas al principe;  
« no hayas miedo de que se escape: todo  
« está calculado y previsto. »

— « ¡A mi intencion! ¡por el grande  
« Onduré! bebe, juglar, dijo Mila encu-  
« briendo bajo un aire festivo la ira del co-  
« razon, apuremos el frasco. ¡ Como bailaré  
« yo contigo ese dia! ¡ Vivan los hombres  
« de la patria!... ¡ Por el gran sacerdote!...

« juramentos sacrilegos , que no manche su  
« alma , que deshaga esos lazos de iniqui-  
« dad con que le traen arrastrando. »

Mila se iba ; Celuta la detiene gimiendo  
y le dice : « ¡ Hermana mia ! ¡ hermana mia !  
« ¡ que secreto horroroso es este con que tú  
« te envuelves tambien para conmigo ! ¿ Des-  
« de cuan lo acá desmerezo tu confianza , y  
« desdeñas comunicarme tu corazon ! ¡ Qué  
« es lo que ha sucedido ! ¿ qué pretendes  
« hacer ? ¿ donde vas ? »

— « A encadenar la traicion , dijo Mila ,  
« á impedir un estrago espantoso : todas las  
« carnes blancas van á ser degolladas en  
« medio de las fiestas y los abrazos ; tu ma-  
« rido será la primera sangre inocente que  
« se derrame en los bárbaros regocijos ; ya  
« el traidor lo ha llamado , y el hombre de  
« la virtud estará de camino para venir á  
« cagrasar las aras de la envidia y de la  
« venganza !... yo voy á descubrir á Chepar  
« esta infame conjura... »

— « ¡ Infeliz ! exclamó Celuta , ¿ qué vas  
« á hacer con tu patria ? »

— « ¡ Con mi patria ! replicó Mila. ¿ Será

« por acaso la patria Onduré? ¿lo será esa  
« faccion homicida? ¡Perezcan todos los  
« asesinos! yo voi á denunciarlos.»

— «Mila, clamó Celuta, el horror de  
« un delito te va á arrastrar á otro mas  
« grande. Mira que tienes un padre,  
« una madre, un esposo!... contempla  
« bien que tú no harías otra cosa por  
« ese medio infandisimo sino llamar las  
« armas del extranjero contra tu patria, y  
« presentarle el derecho de exterminarnos  
« ó reducirnos á esclavitud; tu nombre se-  
« ria votado á la execracion entre todas las  
« gentes.»

Mila se quedó inmóvil, fijó la vista sobre su hermana, y un momento despues con voz doliente y quejosa le dijo: «En  
« verdad no esperaba yo hallarte tan resig-  
« nada tratándose de René: tú pesas el bien  
« y el mal como los ancianos que deliberan  
« á sangre fria en los consejos.»

— «Muger, replicó Celuta con una noble  
« entereza, sea cual fuere la lealtad y la fé  
« de que tú te precies con respecto á René,  
« no serás tú quien me enseñe á amar al

« ¡ por su amable vicario !... ¡ por Mila !...  
« ¡ por los maravillosos Sachems !... ¡ por el  
« famoso secreto !... » Mila libaba á cada  
brándis la copa , contrahacia la beoda , y el  
juglar bebia á todo ruedo sin repararse. A  
poca de hora el baboso ministro inclinó la  
cabeza , cesó de hablar y se quedó dormido  
como una larva.

Mila se arrancó de sus brazos y le dejó  
tendido en la yerba á la sombra de las ca-  
ñas. Lo demas del dia lo pasó con sus pa-  
dres y sus abuelos , concentrada en sí mis-  
ma , y contemplando pasmada la alegría  
general que reinaba en aquellos campos á  
la vela de tantos lloros y desastres. A la  
noche vuelta á la aldea , sentia romperse su  
corazon al pensar en su amiga , á quien era  
preciso descubrir el horrible secreto sin per-  
der tiempo en tomar medidas para salvar á  
René. Cerca ya de la triste cabaña , en la  
cuesta del rio , se sentó al pié de un árbol ,  
y comenzó á revolver en su fantasía mil  
proyectos desesperados ; el menor de sus  
pensamientos era matar á Onduré y al gefe  
de los juglares. Aquella noche le pesó estar

casada y lloró de pena de ser muger. Celuta se asomaba á la puerta de rato en rato por si la via venir ; y observando en la oscuridad el brillo de sus vestidos , se adelanta , la reconoce y se arroja en sus brazos.

« ¿Qué haces tú aquí , hermana mia , sin entrar? exclamó la cuitada India ; ¡tan malas nuevas le traes á esta miserable!

« ¿has averiguado el secreto? ¿te ha sucedido alguna desgracia? »

— « N6 , no te desconsueles , le dijo Mila , yo te traeré buenas nuevas mañaná : aun nos quedan muchos recursos.... ¡ vivo yo , hermana mia !.... yo me siento con fuerza... yo le haré la guerra al tirano , yo perderé á esos viejos impios !... »

— « ¿Pero que hay! ¿qué has sabido? » le preguntaba Celuta temblando.

— « Todavía nada que nos convenga , respondió Mila. Si viene Otugamiz , dile que aparte mano de con los monstruos , de con los asesinos , de con los tigres ; que mal diga á Atahansia , que reniegue de estos Dioses de sangre que ocupan indignamente nuestros altares , que disuelva esos

« esposo de mi eleccion , al hombre de mis  
« dolores , á ese idolo de mi alma. Yo sa-  
« bria tirarme por él al fuego , derramar por  
« él gota á gota toda mi sangre , y arrostrar  
« en defensa suya todas las iras , todos los  
« menosprecios , todas las injusticias de los  
« hombres ; pero yo no sabré jamas entre-  
« gar mi patria para salvarle , ni René acep-  
« taria de mí , ni de tí , ni de nadie ese atroz  
« servicio. »

— « Celuta , yo soy muy jóven , dijo Mila  
« llorando , yo no quiero altercar contigo en  
« tan graves disputas , yo me someto á tu  
« voluntad , tú verás si es mejor ser cóm-  
« plices de esos monstruos. »

— « Nó , replicó Celuta , yo no seré su  
« cómplice , yo huiré de ellos , yo iré arras-  
« trando como pudiere por los desiertos á  
« cumplir un deber sagrado , yo diré adios  
« para siempre á la tierra de mis padres ,  
« pero yo no agravaré jamas sus desgracias.  
« La patria puede dejarse , pero nunca es  
« dado venderla : repórtate , amiga mia ,  
« siéntate aquí conmigo , alivia tu corazon ,  
« confirmamos despacio nuestras desdichas , la

« noche es una fiel consejera para los tristes. »

Mila contó á su hermana las respuestas que habia logrado del sacerdote y el modo que habia tenido de sonsacarle y arrancarle el secreto. « ¡ Infeliz mia ! ¡ que es lo que tú « has osado ! » exclamó Celuta , y se quedó suspensa algunos instantes ; despues siguió : « ¡ por apurar un secreto , del cual sa- « biamos ya lo bastante y que tenia presen- « tido casi del todo mi corazon , tú has ex- « puesto tu honor , y quizá tu existencia , y « quizá nuestro porvenir todo entero ! ¿ No « alcanzas tú á concebir tu peligro si el ju- « glar se recapacita y reconoce tu engaño « cuando vuelva en su acuerdo ? ¿ Porqué te « reservaste de mi ? ¿ como no tomaste con- « sejo ? ¡ tú no conoces el mundo !... »

— « Nó , no temas , repuso Mila , el ju- « glar es un inocente. »

— « Tanto peor replicó Celuta , cuanto « sea mas imbécil , porque será mas supers- « ticioso y quizá se delate él mismo : tú « no sabes la indole de esos hombres del « templo... ¡ ojalá yo me engañe !... ¡ ojalá « pudiéramos escapar esta noche !... » A este

tiempo desde aquel lugar solitario comenzó á percibirse un clamor lejano y tumulto de gente que parecia salir de la aldea. Sonaban tiros, se veian venir luces, se escuchaban gritos desaforados, y espantosos ladridos, cada instante mas inmediatos, y á poco tiempo, mas de cien Indios, los unos alumbrando con teas, otros con dardos y carabinas, asomaron por los oteros y se precipitaban al valle. Celuta se imaginó si vendrian á prenderlas, si seria Otugamiz que habria empeñado algun lance, si René habria llegado, si era aquella la noche de la catástrofe! Las dos mugeres corren despavoridas, las balas silban por cima de sus cabezas, una loba rabiando pasa delante de ellas y penetra en los bosques. Los cazadores siguen detras y desaparecen en la espesura; las sombras vuelven y el silencio reina otra vez en la colina. Mila y Celuta se encerraron en su cabaña agorando mil desventuras: hacia ya muchos dias que empezaba á verse en los Natches de estos asombros que preceden á los desastres y á las tragedias de los pueblos.

Aquella misma noche, casi á la misma hora, se encontró Otugamiz en otra escena de espanto muy mas terrible. El oprimido Salvage, reluchando siempre en la cueva de los misterios contra las artes y los engaños de los juglares, su salud amenguada, su espiritu casi muerto, buscaba la ocasion de escaparse, y un instante que halló dormidos los vigilantes que le habia puesto su tio Adario, logró tomar la pendiente que subia al fano de la Diosa. Ya iba á salir, cuando sintió sonar en el templo voces desentonadas y quejidos horribles; una tropa de sacerdotes y algunos cazadores se dirigian á la boca de la caverna, y Otugamiz volvió á descender. Los gemidos se prolongaban en ecos dolorosos por las concavidades de la espiral, y oianse gritos amenazantes y horrosas imprecaciones. Todos los que dormian en el subterráneo despiertan y se agolpan hácia la entrada: el cimbalo de la Diosa que jamas se tocaba sino en los casos de ejecuciones sangrientas, da tres clamores, y en seguida aparece un convoi numeroso de sacerdotes que penetra en el antro cantando

trenos y sonando las conchas y las matracas de la muerte. Iban todos vestidos de ropas fúnebres, las frentes encapuzadas, los mantos sueltos, los pies descalzos, y he allí un hombre desnudo que conducian amarrado á un lecho de cañas, toda la piel salpicada de manchas negras y amarillas, el rostro desfigurado y negro como un carbon, los labios amoratados, arrojando sangre y espumas por la boca, dando aullidos, clamando que se abrasaba, y rogando se diesen prisa á matarle y á aplacar á la Diosa. Este hombre miserable era el mismo juglar que Milá habia seducido. Hacia el fin de la tarde le habian hallado unos cazadores debatiéndose en un paular infestado de vivoras: los furiosos reptiles se habian cebado en sus carnes, y era ya tarde para aplicarle ningun remedio; el veneno habia corrido ya á sus entrañas. Conducido á los Nátches pidió hablar con su gefe: el infeliz se acordaba, como de un sueño, de su conversacion con la India y de la flaqueza que habia tenido; creyendo que era un castigo de aquella falta el estado en que se veia, se delató al supe-

rior. La piedad no es el dote de los que toman á cargo suyo el honor del cielo; el mal-trecho ministro fué llevado al adoratorio, se celebró el consejo de los juglares á los pies de Atahansia, y se pronunció su sentencia. Cargado de maldiciones se mandó echarle al lago en presencia de los guerreros que seguian los misterios para que escarmentasen los flacos. Y así fué hecho: de lo alto de una roca, atada una piedra al cuello, el mísero fué mostrado la postrera vez á la luz de las bachas, y un juglar exclamó: « ¡Justicia de los Dioses y de los hombres  
« contra un impio que ha violado el secreto  
« de los muertos! Las serpientes se lo han  
« comido, y los restos van á los pees del  
« lago.» Dicho así, lo lanzaron á los abismos. No se dieron detalles de aquel suceso, no se habló mas del delito de aquel juglar, se apagaron todas las luces, se sucedió un profundo silencio, todos estaban petrificados de espanto. Otugamiz se dió prisa á buscar de nuevo la puerta de la caverna, no topó con ninguna guardia, salió á los bosques, y á manera de un muerto que es-

capado de los sepulcros se iria á rondar los objetos de su cariño en la sombra muda de la noche, así se fué á vagar y dar vueltas al rededor de la triste cabaña de su amor y de su dolor, donde no podia llevar ni encontrar sino lágrimas.

## LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Las estrellas desaparecian y la luz de la aurora sonroseaba los horizontes , cuando Mila , abriendo la puerta de la cabaña , vió debajo de los rosales un hombre que parecia dormido , malparado de ropa , sin armas , un baston á su lado , la cabeza medio escondida en el césped , el cuello y una parte del pecho que tenia descubierta , del color de la cera , los brazos magros y descaecidos , todas las muestras de enfermo. Tocada de compasion , se aproxima , lo observa , se acerca con mas cuidado , ve el manitú de oro y reconoce á su esposo : ¡ tal le habian puesto las aflicciones y los trabajos de la caverna. Mila da un grito involuntario , Celuta llega , Otugamiz despierta , y el desmarrido Salvage

se incorpora en los brazos de la esposa y la hermana. « ¡Qué hacías tú aquí, exclamó  
 « Mila, qué hacías tú aquí, dulce amigo de  
 « mi alma! ¡Tú de esta suerte, tirado co-  
 « mo un mendigo en los mismos umbrales de  
 « tu casa! ¿De donde vienes tan maltratado?  
 « ¡Qué es lo que han hecho de ti esos im-  
 « pios! »

— « ¿Quién!... dijo Otugamiz: conmigo  
 « no han hecho nada, yo soy el mismo....  
 « si me amais, si tenéis alguna misericor-  
 « dia, aborrad á mi corazon esas lágrimas,  
 « no me hagais ninguna pregunta, no me  
 « obligueis á huir de vosotras.... »

— « Nó, Otugamiz, nosotras no volve-  
 « remos á importunarte, dijo Celuta; no-  
 « sotras sabemos ya tus desgracias. Her-  
 « mano mio, yo te admiro; tú eres el Ge-  
 « nio de la virtud y de la amistad: yo  
 « aprenderé de ti á devorar y á sufrir con  
 « resignacion nuestras penas irremediabes. »

— « ¿Irremediabes?... ¿quien te lo ha  
 « dicho? » replicó Otugamiz.

— « Irremediabes, sí, esposo mio, dijo  
 « Mila, pues que nosotros no hacemos nada

« para atajar su camino á los malos : nosotros sabemos ya el secreto nefando. »

— « ¿Y qué es lo que tú sabes? » preguntó Otugamiz con la voz alterada.

— « ¡Pluguiera al cielo , respondió Mila, que estuviésemos engañadas ! ¡ Ve tú aquí el grande oráculo !... el duodécimo día de la luna inmediata , René será inmolido para decentar el banquete de carnes blancas que se tendrá á media noche en las tiendas de la amistad.... » Otugamiz no oye mas , da un gemido y se levanta exclamando : « Nó , yo no he sido quien te lo ha dicho , yo no he mentado al Grande Espiritu , yo no he violado mi juramento , yo no he sido traidor á la patria ! » Y asombrado de la idea del perjurio , turbada su fantasía , pareciéndole ver en su rededor las serpientes , el lago y los ministros del templo , se desprende de las dos Indias y aranca desatinado á los bosques. Mila corre tras él sin poder alcanzarle , y creyendo seguir sus huellas , se empeña en los oquedales que circundaban el fano de Atahansia , sitio asperisimo , selva horrible que evita-

ban los Indios á causa de los prodigios y los terrores que se contaban de aquel medroso despoblado. Rendida de fatiga, no encontrando á su esposo, se sentó á descansar en un alto de donde se veian los caminos y una gran parte del village.

Otugamiz volvió á la cabaña á la tarde. Celuta estaba esperando que vendrian juntos los dos esposos: su hermano se sentó sin hablar. «¿No has visto á Mila?» dijo Celuta.

— «Nó, yo no he visto á nadie, contestó «Otugamiz; ¿es qué Mila ha salido?»

— «Sí, se fué tras tí esta mañana, dijo «Celuta, y no ha vuelto: yo comienzo á temer algun mal...»

— ¡«A temer algun mal! ¿como qué?» preguntó Otugamiz.

— «Yo no sé qué me dá el corazon, exclamó Celuta; ese fatal secreto....»

— «¡Si, secreto fatal! dijo Otugamiz le vantándose; no me lo ocultes, dímelo, porque importa mucho: ¿quien os ha revelado el secreto?»

— «Hermano mio, respondió Celuta, yo

« te confesaré la verdad ; un juglar se lo ha  
« dicho á Mila. »

— « ¡ Grande Espiritu , gritó Otugamiz ,  
« ten piedad de nosotros !.... Escóndete ,  
« hermana mia , como puedas , en esas bre-  
« ñas : yo voi á buscar á Mila y á salvarla  
« de un gran peligro si quizá no fuere ya  
« tarde ; espérame y está alerta : cuando yo  
« vuelva te daré tres silbidos. » Otugamiz  
partió desalado. Celuta se fué á buscar un  
asilo en los riscos por cima de la cabaña :  
para colmo de la afliccion , no tenia consigo  
á su Amelia ; la nodriza vivia en otro ex-  
tremo de la aldea.

Era ya cerca de media noche cuando vol-  
vió Otugamiz : Celuta sale á la señal con-  
venida. « Nadie sabe de Mila , dijo su her-  
« mano : no me queda ya donde ir sino á un  
« lugar horroroso del cual tal vez no pueda  
« salir en habiendo entrado. Como quiera  
« que sea , ántes de resolverme , yo debo  
« ponerte en salvo. Yo voi á armar mi pira-  
« gua y á buscar un guerrero de mis ami-  
« gos que te lleve hasta los Panimas : desde  
« allí , si te alcanzaren las fuerzas , podrás

« salir á buscar á René. No le reveles ja-  
« mas el infando secreto de la patria ; mé-  
« nos malo será que mientas. Dile que  
« Cháctas os ha llamado , que se halla en-  
« fèrmo , que quiere hablaros ántes de bajar  
« al sepulcro. Idos á la Georgia ; yo os se-  
« guiré despues en habiendo cumplido tan-  
« tos deberes que aun me quedan ! »

— « Pero mi Amelia no está conmigo ,  
« clamó Celuta ; yo necesito llevarla , y mis  
« pechos estan vacíos ! » — « Yo iré á traér-  
« tela , replicó Otugamiz , yo haré que la  
« nodriza te siga , dispon las demas cosas ,  
« no perdamos ningun instante ; si halláre á  
« Mila , partireis las dos juntas. »

Ya iba Otugamiz á poner por obra su fe-  
liz pensáimiento , y he allí una voz que  
suená : « Hijos míos , hijos míos , vuestro  
« salvador , vuestro padre está aquí... » Era  
Adario , que venia solo , que caminaba len-  
tamente , que parecia oprimido de un gran  
pesar. « Entremos en la huta , les dijo , yo  
« quiero hablaros , vosotros sois mi sangre ,  
« vuestro tio no sabria abandonaros en la  
« afliccion. » Los dos jóvenes obedecen y se

dirigen á la cabaña con el Sachem: Celuta encendió una luz. El temor, el respeto y una ligera ráfaga de esperanza tenia sujetos los corazones de los hijos de Tabamica.

Adario, por la primera vez de su vida incierto y titubeante, tenia el aire de recoger sus ideas y buscar sus palabras. Despues de algunos momentos de hesitacion, les habló de esta suerte: « Todos los males de la « vida pueden llevarse, ménos el deshonor « y la infamia. Yo he podido ver morir á « mis hijos á manos de la perfidia que los « hirió en castigo de mi lealtad á la patria; « pero yo no podria ver perecer mis sobrinos « de una muerte afrentosa, y correr la san- « gre del gran Sifanes bajo el hacha de los « Aluez. Yo vengo de responder por voso- « tros al consejo de los Sachems, y en el tem- « plo se estará celebrando á esta hora un sa- « crificio solemne para aplacar á Atahansia... « para que se dé por contenta de las dos víc- « timas! á la una de ellas se la comieron las « serpientes; á la otra se la ha tragado la « tierra!.... »

— « ¿A quien? » gritó Otugamiz.

— « A Mila. » dijo el Sachem.

— « ¡ Mila!... clamaron los dos herma-  
« nos á un tiempo ; ¡ Mila!... ¡ Mi esposa!...  
« ¡ Mi hermana!... » Adario, un brazo levanta-  
do en los aires entre sus dos sobrinos, pa-  
recia proferir todavía la palabra que aca-  
baba de aniquilarlos. Celuta se tiró al suelo  
gimiendo y regando la tierra con sus lágrí-  
mas. Otugamiz no llora , Otugamiz tiene la  
vista fija sobre el Sachem y le dice : « Se  
« me créé simple y se buscan todos los me-  
« dios de aterrarme ; pero tú conocerás que  
« no es justo seguir conmigo ese manejo hu-  
« millante. Adario no ha mentido jamas ;  
« yo te exijo verdad , la verdad toda entera :  
« ¿ qué es lo que ha sucedido con Mila ? »

— « Mila ha explorado el secreto , y ha  
« perecido ! » respondió Adario.

— « ¡ Mi muger ! ¿ tú estás cierto ? ex-  
« clamó Otugamiz arbolando la macána ; ¿ y  
« de mano de quien ha perecido mi esposa ? »

— « De mano de la gran Diosa , siempre  
« pronta para el castigo , respondió Adario  
« gravemente ; el cielo ha ahorrado á los  
« hombres la ejecucion de esa justicia. »

— « ¡ Justicia la llamas tú ! » exclamó Otugamiz rechinando los dientes , temblando todos sus miembros y lanzando fuego sus ojos : « ¡ Oh !... ¡ si supiera yo que algu-  
« gun hombre tuviese parte en esa justicia !...  
« ¡ cuando fuera mi propio padre !... Y des-  
« pues me iria al fuerte , levantaria á los  
« Blancos contra los Natches , y me pondria  
« á la cabeza del enemigo . »

El Sachem se levanta indignado , y rasgando sus vestiduras , le dice : « ¡ Infame !  
« Yo habia creido que te podrian bastar mis  
« cabellos blancos para saciar esa rabia sa-  
« crilega , que por primer castigo de una  
« inicua amistad y un amor ignoble , solicita  
« para el parricidio tus brazos . Yo me es-  
« taba esperando , y me decia entre mí mis-  
« mo : « Tal vez sus necias pasiones requie-  
« ren para calmarse una libacion ; y bien !...  
« que desaltere su sed en mi sangre ! » ¡ Mas  
« que la sombra solo de un pensamiento de  
« hacer la guerra á tu patria y entregarla  
« á sus enemigos , haya podido bajar á tu  
« corazon !... Huye de mi presencia malva-  
« do , sigue tu suerte ; yo voi á retractar

« mis promesas y mis palabras al consejo  
« de los ancianos, que te querian hacer  
« morir con tu hermana y quitar de una vez  
« los temores que les causais. Yo habia dado  
« la cara en defensa vuestra, yo venia á dar  
« un paso amigable para sacaros del riesgo  
« en qué el crimen de Mila habia puesto  
« vuestro honor y vuestra existencia; pero  
« yo me desisto, yo me he engañado, yo te  
« abandono á tu desgracia. »

— « Yo no tengo por que temer, respon-  
« dió Otugamiz, yo desprecio la muerte y  
« desprecio la infamia que se padece por la  
« virtud. ¡ Ojalá de un principio te hubieras  
« avisado de abandonarme! Yo tenia mi  
« buen Genio que nunca me habia dejado  
« hasta el dia que tú viniste á ahuyentarlo :  
« yo invoco sus oráculos, yo le llamo, yo  
« le pido que me dé fuerzas para hacer  
« frente á la iniquidad. »

— « ¡ Es decir, para perjurararte, replicó  
« Adario, para romper el pacto sagrado á  
« que te obligaste en presencia de las na-  
« ciones, para violar la fé india, para lle-  
« nar tu familia de oprobio ! »

— « Sachem, dijo Otugamiz, has escogido  
« mala ocasion para persuadirme y mover  
« cuestiones sobre las cuales me has oido ya  
« muchas veces. Yo necesito espacio para  
« gemir, para dar bramidos, para llorar á  
« mi esposa, para llenar el cielo y la tierra  
« de mi dolor. Una vez ya por todas, por-  
« que nada podrá mudar mi resolucion, lo  
« que tengo jurado, y podia jurar, no hayas  
« miedo que no lo cumpla. Yo he guardado  
« el atroz secreto hasta de presente, y te  
« afirmo que seré fiel hasta el fin en guardar-  
« lo, no tan solo por religion, sino tambien  
« por vergüenza de que se sepa. Mi amigo no  
« lo oirá jamas de mi boca; pero matarlo ó  
« consentir que lo maten, verle venir como  
« un pájaro á los reclamos y dejarle morir  
« confiado sin ninguna defensa, tú mismo que  
« lo deseas, si lo hiciera, me escupirias á la  
« cara. Fuera de que, yo no podia prometerlo;  
« yo le tengo jurado guardar su vida, y en-  
« tre dos juramentos opuestos, el primero  
« espontáneo y libre, el segundo arrancado  
« por la sorpresa, si es preciso violar el uno,  
« tú verás cual merece la preferencia. »

— « Infeliz, tu insensata pasión te ex-  
« travía, exclamó Adario: el primer jura-  
« mento lo hiciste á un advenedizo sin saber  
« con quien te obligabas; el segundo á la  
« patria sobre los huesos de tus mayores. »

— « Sobre los huesos llevados por el ju-  
« glar, replicó Otugamiz; ¿quien te ha di-  
« cho que eran los huesos de nuestros muer-  
« tos? Yo he querido apurar la verdad, yo  
« estuve anoche en la tumba de mi padre,  
« me acosté sobre el césped, puse el oido,  
« y Ameneskulto estaba en su lecho, por-  
« que yo le oia escarbar con las manos, y  
« venia subiendo á la superficie una cosa  
« fria como el hielo. La tongada de tierra  
« que quedó entre uno y otro, no era, creo  
« yo, mas espesa que una corteza de plá-  
« tano. Allí permaneci tanto tiempo como  
« tarda la luna en tomar su color de plata  
« cuando sale hecha un ascua á las puertas  
« del cielo: mi pensamiento estaba en René,  
« y el Manitu de oro se apegaba á mi cora-  
« zon con mas fuerza que de ordinario. Yo  
« me sentia tranquilo y feliz; era un modo  
« de estar como si durmiera. »

— « Yo tambien soñé anoche con Taba-  
« mica, dijo la hermana, y la vi tener abra-  
« zado á René á guisa de defenderle y cu-  
« briéndole con su manto. Mi madre me  
« miraba como asombrada, y señalaba con  
« una mano al Bayuco de las peñas. »

— « Esa, y no hay otra, esa es la puerta  
« de la salud que nos queda, exclamó Otu-  
« gamiz. Partamos, hermana mia; ¿qué  
« tenemos ya mas que hacer ni que esperar  
« en el Nátche? Ahorrémosles nuevos cri-  
« menes á estos hombres sangrientos, vá-  
« monos á buscar la piedad á los desiertos  
« lejanos, salvemos á lo ménos en memo-  
« ria de Mila al guerrero blanco... ¡ O René!  
« ya no existe mas esa amiga nuestra... el  
« solo corazon que te amaba sin descaecer!..  
« la sola voz que se levantaba en favor de  
« tu inocencia!.. ¡ porque mi hermana y yo  
« hemos dudado, no hemos sabido ser ni  
« enemigos ni amigos, no hemos atinado  
« á servir ni á la patria ni á la amistad! »

— « ¿ Y á quien vais á servir, dijo Ada-  
« rio, con esa loca resolución que os perde-  
« ria á vosotros sin salvar á René? ¿ á donde

« llevaréis vuestros pasos, ó criaturas desa-  
« visadas, que no os salga al encuentro el  
« castigo y la infamia! Las naciones estan  
« de acuerdo sin diferencia en vengar el  
« perjurio; los avisos de los Sachems de-  
« nunciarian vuestra defeccion á los gefes de  
« los pueblos: ¿querriais morir afrentados  
« y maldecidos en la tierra extranjerá? No  
« os es dado moveros ni á derecha ni á iz-  
« quierda del camino que os ha trazado el  
« deber comun; no hay excusa para esca-  
« par á los sacrificios que nos impone la sa-  
« lud general. Tú, nieto de Sifanes, ¿fal-  
« tarias á tu patria en los dias decisivos de  
« su peligro y de su esperanza, de su ruina  
« ó su gloria? ¿Y tú, Celuta mia, antepon-  
« drias á tu pueblo el amor de un hombre  
« cuyo corazon no posées y que te des-  
« precia? »

Estas palabras atravesaron el alma de la jóven matrona, pero alzándose por encima de su dolor y de su desgracia, responde:  
« ¿Quien te ha dicho á tí los secretos del  
« corazon de mi esposo? ¿Piensas tú acaso  
« sacrificarlo á mi vanidad? NÓ; si René no

« me ama, será que yo no soy digna de su ca-  
« riño; he aquí pues un motivo mas para que  
« yo me esfuerze por merecer su amistad  
« salvándole. Tabamica me enseñó á amar  
« de esta suerte. »

— « Tabamica, replicó Adario, no se  
« vió nunca en el caso en que tú te encuen-  
« tras, la patria no se interpuso entre el  
« amor de tus padres. La virtud que hoy  
« exige de tí el interes de tu pueblo, perte-  
« nece á otra clase mas elevada de senti-  
« mientos y deberes, que la que ocupan las  
« virtudes comunes y las afecciones vulga-  
« res. Tu heroismo, tu sacrificio, si obe-  
« deces á la exigencia de los destinos que  
« se preparan, será puesto en la lista de los  
« hechos gloriosos que se conservan en los co-  
« llares de las naciones. Yo quiero suponer  
« un instante, que René esté inocente, que  
« merezca todo tu amor, que su muerte sea  
« una crueldad, que tu dolor sea fundado;  
« ¡ mayor merecimiento, hija mia, si lo  
« ofreces por holocausto en el altar de la  
« patria! La justicia no regatea con los  
« pueblos cuando trabajan por su rescate. »

« René debe morir mas pronto ó mas tarde  
« como todos los hombres , pero la patria  
« puede ser inmortal ; ¿quien seria entre  
« nosotros tan flaco , que á este precio no le  
« entregase cuanto ama , cuanto disfruta ,  
« cuanto desea , cuanto espera !... En fin la  
« suerte está echada , los dias se acercan , nin-  
« guna cosa puede mudarse de cuanto ha sido  
« acordado entre las naciones : he aquí la  
« salvacion de tu vida , y lo que es mas de  
« tu honra : tú posées sin duda el secreto ,  
« yo he respondido de tu virtud ; pero el  
« consejo teme de una muger , y la seguri-  
« dad de los pueblos le ha obligado á man-  
« dar que te exiga igual juramento al que  
« liga á tu hermano. Celuta , tú serás dócil ,  
« tú oirás la voz de los que te aman , y ex-  
« cusarás las rigores á que podria llevarnos  
« la ley suprema de la patria : jura que no  
« revelarás el secreto , ni te moverás de tu  
« casa , ni tomarás ninguna medida por  
« donde pueda entreverlo ó sospecharlo el  
« culpable que nos trae tanta rastra de ma-  
« les... ¡ Que ! ¿ te estremeces ? Reflexió-  
« nalo bien , hija de Tabamica ; la pro-

« puesta que yo te hago en nombre de los  
« Sachems, se reduce á que cumplas tan  
« solamente un deber de justicia y de reli-  
« gion. El secreto no es tuyo, Mila lo habia  
« robado, tu obligacion es volverlo, y el  
« juramento que se te pide, es el único me-  
« dio con que puedes satisfacer á la patria esa  
« deuda sagrada y salvar tu virtud. »

A la luz pálida y moribunda que arrojaba el lampion de la cabaña, en aquel hogar solitario, y en aquella deshora de la noche, Otugamiz y Celuta parecian dos almas de la otra vida sojuzgadas por el Espíritu del Averno. Las miradas de Adario centelleaban, y apremiaban á la sobrina por la respuesta. Otugamiz esperaba asombrado la resolucion de su hermana, que guardaba silencio retenidas las lágrimas y embargada la lengua por el exceso de su dolor. Adario no daba treguas y levantando su voz de trueno, la interpela con fuerza y dice :  
« Celuta, el tiempo se pasa, el consejo está  
« junto aguardando tus palabras, los suce-  
« sos se precipitan, las fiestas van á ser  
« proclamadas mañana : la patria tiene

« otras cosas de que ocuparse mas impor-  
« tantes que el amor y los llantos de una  
« muger. »

— « Sachem, respondió Celnta, cuando  
« se llega á un estado tan miserable como  
« es el mio; cuando el Grande Espíritu se  
« hace sordo á los ruegos, y los hombres  
« no tienen sino oraciones de piedra; cuando  
« todos los caminos se cierran y rebozan las  
« aguas de la afliccion, cuando muere toda  
« esperanza, á fuerza de comprimirse reco-  
« bra el alma su fuerza y su libertad, y de-  
« safia las desgracias, y se pone por cima  
« de los tiranos, y no hay poder en la tierra  
« que la someta si no es que sea la concien-  
« cia de su deber. Di al consejo que yo no  
« juro, que me basta ser infeliz, que yo no  
« seré nunca su cómplice, que yo no temo  
« la muerte, que me liberten enhorabuena  
« de ser testigo de los horrores que se pre-  
« paran, que me hagan seguir á Mila y  
« adelantar á mi esposo, que me pesa la  
« luz, que deseo acabar. De esta suerte  
« responde la sobrina de Adario á las ame-  
« nazas. Por lo demas, para consolarte, so-

« bra con que te acuerdes de que fuiste tú  
 « quien formaste mi corazon : vé diles á los  
 « Sachems que si mi lealtad no fuera bas-  
 « tante para guardar el secreto, mal po-  
 « drian afianzarlo los juramentos arrancados  
 « por el terror. »

Mientras decia estas cosas, Celuta pare-  
 cia transfigurada y radiante. Adario se sintió enternecido. « Basta, sobrina mia, ex-  
 « clamó el viejo apretando contra su seno  
 « la mano de aquella muger mártir; yo  
 « quedo satisfecho : los Sachems lo estarán  
 « tambien. » Y volviéndose hácia el sobrino,  
 le dijo : « Otugamiz, toma egemplo de la vir-  
 « tud de tu hermana. Quanto á Mila, tú  
 « verás que es preciso correr un velo ; el  
 « desastre de esa criatura se halla ligado al  
 « secreto de la patria. »

Adario se retiró : los infelices hermanos se soltaron á llorar abrazados. ; Cual fué aquella noche tristísima, aquel género de pavor y de sombra que se asentó en la cabaña, aquella soledad nueva que ofreció aquel lugar desacompañado ! Un amigo ó una amiga que desaparece al tiempo de un

gran peligro, deja un vacío horroroso en nuestra existencia. Mila, con su viveza de espíritu, con su corazón profundamente sensible, con las salidas brillantes de su ingenio fecundo, con su entereza de alma, con su libertad candorosa, con su resolución varonil, con su actividad incansable, era la esperanza y la luz y el consejo y el pañuelo de lágrimas que tenían el esposo y la hermana. Refiriendo estas cosas, lamentando, entregados á aquel dolor funerario, el grito de la cigüeña comenzó á anunciar la venida del alba, cuando Mila se levantaba, coronada de flores, precediendo los pasos de la mañana, dándole, ó recibiendo de ella sus gracias, su alegría y su fragancia.

« Ayer á esta misma hora, exclamó Otugamiz,  
« esa mitad de mi alma respiraba llena de  
« vida en mis brazos!.. ¡ la postrimera vez que  
« mis ojos habian de verla, y que habian de  
« oír mis oídos su voz mas dulce que los  
« sonidos de la tiorba en las fiestas de las vír-  
« genes!.. ¡ Y la tierra se la ha tragado!.. ¡ Y  
« respira Onduré y el gefe de los juglares!..  
« ¡ Y la justicia del cielo será tambien como

« la justicia de los hombres !... ¿Y como  
« cuanto tiempo nos quedará á nosotros de  
« viudez y de orfandad en la tierra !...  
« Tú eras todo mi espíritu, todo mi enten-  
« dimiento, todo mi corazon, Mila mia :  
« ¿ qué haré yo ahora sin tener quien me  
« guie en la tiniebla de esta noche tempes-  
« tuosa que se avecina ? ¿ Quien guardará  
« mis pasos al traves de las bocas del abismo  
« entreabiertas ? ¿ Quien habrá que me ha-  
« ble, qué me sostenga, qué me encamine  
« para vadear estas aguas que desbordan  
« por todas partes ? ¿ Quien me dará valor  
« contra la impostura ? ¿ Quien defenderá  
« al hombre blanco ? Tú sola estabas se-  
« gura de su inocencia, tú sola protestabas  
« de su virtud, tú sola lo salvarias si vivie-  
« ses. Cuando llorabas sus desventuras, tus  
« ojos eran como dos perlas en lo hondo de  
« una fuente ; tu seno, salpicado de lágri-  
« mas, parecia el plumon blanco del junco  
« donde el viento llevó algunas gotas del  
« orage. Desventurado René, he aquí cum-  
« plida una parte del vaticinio que nos hi-  
« ciste en la cueva da los muertos : « Mila

« es hermosa, su corazón palpita con toda  
 « suerte de amores; se pasarán unos días,  
 « y se helará después para siempre. » ; Tú  
 « eres, esposa mía, aquella ola, de que ha-  
 « blaste también aquella mañana, que ve-  
 « nía tan brillante y la enturbió la bor-  
 « rasca !... (1) ¿ Te tragó el mar de la  
 « eternidad en sus limbos inaccesibles ! ¿ No  
 « te hallará mi amor en ninguna parte ?  
 « ¿ No vendrás tú á decirme el secreto de  
 « las tumbas ? ¿ Será verdad lo que afirman  
 « los sabidores que la muerte no hace otra  
 « cosa que transformarnos y mudar los ca-  
 « minos de la vida ? ¿ Serás tú ahora un es-  
 « piritu de fragancia desaparecido en las brisas,  
 « alguna llama escondida, alguna estrella  
 « del cielo, alguna flor de los prados ? ¿ Has  
 « tomado tu domicilio en los nidos de las  
 « palomas, te habrás ido á esconder en las  
 « soledades con los arminios, ó habitarás  
 « mas bien las ondas del Meschacébe, pe-  
 « cecillo de plata y oro en las selvas de los  
 « corales ? ¿ Bajo tu nueva ropa de pluma,

(1) Libro decimoquinto.

« de cebellina ó de nácares, te acordarás todavía de nosotros? »

El sol doró las cumbres de las montañas y encontró delirando á los dos hermanos que vagaban inconsolables, ora por bajo de la cabaña en los huertos donde Mila solia tejer sus guirnaldas de flores, ora en la viña moscada donde tenia sus paseras, ora á la márgen de los arroyos donde pasaba las siestas bajo los sasafrases y componia sus canciones. Una neblina oscura, descorida como una gasa de luto por el viento de gese, cubria el cielo aquella mañana; las brisas parecian dar suspiros al traves de los árboles agitados, los campos estaban tristes, de un color pajiciente. El tiempo entraba ya en el otoño, estacion melancólica, en qué el ave de paso que se retira, el verdor que se muere, la hoja que cae, el calor que se apaga, el dia que se va acortando, la noche que comienza á alargarse, y los hielos que vienen á coronarla, recuerdan los destinos del hombre. Otugamiz y Celuta no llevaban la cuenta de los dias de la luna; solo sabian que estaba para acabarse, y he

allí el anuncio, los atabales, los pífanos y las trompas de las fiestas, el estruendo de los petardos, las músicas del castillo que Chepar les había prestado á los Salvages, la bandera y el matachín de los regocijos, los ministriles y los truhanes de las danzas, los Aluez, los Heraldos y un gentío inmenso que corrían el village y salían á los campos, proclamando los grandes juegos y el novilunio para el cual faltaban solo tres días. El cielo se cayó entero sobre los hijos de Tabamica. Escondidos en los juncas del río, vieron pasar por delante de la cabaña el convoi jubilante precursor del estrago, tal como el iris de la mañana que se pinta á Poniente, preñado de granizo y de tempestad. De trecho en trecho venían poniendo los Indios banderas de cortezas de árboles, blancas y purpuradas, con atributos y emblemas de las fiestas: una mano ignorante colocó aquella insignia de la alegría sobre el techo del extranjero donde tenían tendidas sus alas el dolor y la desventura.

Las gozosas cuadrillas siguieron adelante su marcha por las encrucijadas y las gar-

gantas de los caminos. Un solo Indio se quedó atrás y penetró á pasos lentos en la cabaña : despues salió con la pipa encendida y comenzó á pasear por el valle. Era un jóven de gallarda apostura , armado á la ligera , el vestido ilmes , con el pelo trenzado y el plumage tendido , como acostumbran llevarle los que profesan el órden de la amistad en las selvas americanas. A Otugamiz le dió un vuelco su corazon á la vista del extranjero , se adelanta á su encuentro , lo reconoce y se tira á sus brazos. Celuta llega : « He aquí , le dijo su hermano , á nuestro « amigo Venclao, el que salvó á René en las « lagunas.» — « Si , vuestro amigo, dijo Ven- « clao , vuestro amigo , de todo el lleno del « corazon. » Despues le preguntó á Otuga- miz al oido si Celuta sabia el secreto. « Todo « lo sabe , le respondió , y la liga otro jura- « mento no ménos fuerte y muy mas puro « que el nuestro , que es su virtud. » — « Es menester que hablemos , dijo Ven- « clao , yo te encuentro mas abatido de lo « que imaginaba pensando en ti. Todas las « puertas no estan cerradas, ni todos los

« caminos se hallan cogidos. Las horas de  
« los hombres se cambian : los Genios que  
« nos reparten el bien ó el mal , se remu-  
« dan como los vientos , y se suceden unos  
« á otros á cada instante en el mando de la  
« tierra : en lo recio de una tormenta se  
« suele abrir un azul de cielo limpísimo. »

— « Yo no veré ya mas en mi vida los  
« cielos limpios , respondió Otugamiz ; la  
« mitad de mi luz se anubló para siempre :  
« la primer víctima ya ha caido ; detras irán  
« las demas. El torrente ha salido , y no-  
« sotros estamos atados de pies y manos de-  
« lante de él. » En seguida le contó su aflic-  
cion toda entera bajo la fé del secreto.  
Venclao mezcló sus lágrimas con los dos  
hermanos entreabriendo sus corazones á la  
esperanza ; y llegados á la cabaña , senta-  
dos dentro junto al umbral , donde no pudie-  
ran ser sorprendidos , les habló de esta  
suerte : « Vuestro dolor es inconsolable por  
« la pérdida que habeis hecho , pero quizá  
« los destinos se darán por contentos de esa  
« horrible desgracia. Yo he venido con mis  
« hermanos y con Nasetes á estas fiestas

« emponzoñadas , no á ser testigo de la trai-  
« cion y la iniquidad fermentando bajo la  
« tapa de la paz y del alegría , sino á li-  
« bertar á René y á cambiar su fortuna :  
« escuchad. La nacion ilinesa que habia  
« crecido sobre toda medida, y comenzaba á  
« perder sus costumbres patriarcales, ha  
« resuelto formar dos pueblos, unidos siem-  
« pre por alianza , pero libres é indepen-  
« dientes uno de otro cuanto al gobierno.  
« Echadas suertes, nos ha tocado á las Tri-  
« bus Nuevas el desierto del Pimitoy que  
« confina con los Ingleses, y en esta vecin-  
« dad peligrosa necesitamos un Europeo que  
« dirija nuestros consejos y nuestras armas.  
« Un Sachem, viejo amigo de Cháctas, se  
« acordó de René, y este nombre fué reci-  
« bido con entusiasmo : los Cenises, donde  
« ese hombre, tan sabio como modesto, se  
« ha atraído el amor y la admiracion, nos  
« han hecho llegar la fama de sus virtudes.  
« Las calumnias que le ha movido Onduré  
« estan juzgadas : no hay ya nadie que  
« ignore, sino los Natches, su heroísmo y  
« su sacrificio en la ciudad de los Blancos.

« Breve, el consejo de la seccion ilinesa del  
« Pimitoy ha resuelto invitarlo para la plaza  
« de Segamor, la segunda despues del gefe  
« supremo entre nosotros : tales son los mis-  
« terios y las vueltas de los destinos que  
« gobiernan las cosas de los hombres. Noso-  
« tros hemos venido con los collares de esta  
« eleccion á buscarle : demas de esto el con-  
« sejo nos autoriza, no á revelarle el secreto  
« jurado, pero sí á declararle que Onduré es  
« su enemigo y que pone asechanzas á su  
« vida. Ansiosos de lograr el objeto de este  
« mensaje, hemos estado ya en los Cenises ;  
« pero René habia partido un dia ántes lla-  
« mado por los Sachems, á lo que dicen  
« aquellas gentes. Entónces nos dimos prisa  
« á seguir adelante para alcanzarle ó llegar  
« tras sus pasos. El no podrá tardar, alen-  
« taos ; vivo yo, y os ofrezco por el amor y  
« por la amistad que nos juntó en las lagu-  
« nas, ó morir en esta demanda, ó salvar á  
« René. »

Otugamiz y Celuta escuchaban al Ilines, lo veian, lo tocaban, lo tenian abrazado, y aun dudaban si era algun sueño ó un delirio

de su esperanza la llegada de aquel amigo y las cosas que estaba hablando. Venclao no les daba lugar para expresarle su gratitud y siguió diciendo: « Tiempo nos quedará para darnos el parabien de esta obra y alegrarnos en paz; no perdamos ningun momento, yo me voi á tomar medidas de salvacion. Nasetes y mis hermanos me aguardan en las Vertientes donde se juntan los dos caminos del Norte, pero esto no es bastante; René vendrá quizá por el rio y será menester repartirnos. Nasetes rondará las orillas del Meschacébe, uno de mis hermanos se apostará en el Bayuco de las Peñas sin apartarse, y yo andaré con el otro las avenidas y los atajos de los bosques. Si René llegare por caso sin tropezar con nosotros, ved el modo de entretenerle, y avisad á mi hermano que al proviso saldrá á buscarnos. »

Los hijos de Tabamica y el Ilines se pusieron despues de acuerdo sobre todos los medios y precauciones que requería aquella obra de la amistad. Nada se les quedó por prever de todas las contingencias posibles;

aun en el caso mismo de que René se llegára á obstinar en quedarse , se decidieron á emplear la fuerza, y sacarlo de noche atado, y esconderlo en las simas de las montañas, mientras pasaba el dia del furor. « René se libra, René se libra, exclamó Otugamiz abrazando á Celuta y á Venclao ; su salud es la obra del Grande Espiritu que ha trocado los corazones de un pueblo entero para sacarle de entre las garras de la perfidia. Si era precisa una víctima, O rey del cielo, yo te la ofrezco humillado : me has quitado la esposa, tú me guardarás el amigo, y él consolará mi viudez. » Venclao partió ; Otugamiz tomó el arco de cazador y se fué tambien á rondar las entradas del village : Celuta se quedó sola á esperar y observar en los alrededores de la cabaña.

Mientras tanto se ocupaban los Nácthes en los aprestos de las fiestas para las cuales hacia Onduré desplegar una magnificencia no vista. Se iba á estrenar un gran circo, obra de muchos años, cortado en medio de un lago como una isla, en el centro de dos colinas pobladas de hermosos árboles centena-

rios. Los apacibles recuestos de aquella selva amenísima formaban cuatro líneas de miradores y pabellones campestres bajo una sombra alumbrada y deleitable. A este lado se veía una tienda formada de acacias rosas, del otro se levantaba una arcada de palmas reales, allí sobresalía una rotunda y un salón de ojaranzos, de la otra parte se descubría un cenador de laureles; de estotro sitio, una larga carrera de tamarindos, diapreados con mil cenefas de enredaderas, presentaba la vista de una galería de arabescos. Estas perspectivas soberbias se reflejaban en la superficie del lago, estrechado como un canal, entre dos orillas de flores, al contorno de la gran plaza de los juegos. Todo era arte en aquel monumento salvaje, pero el arte guardaba todas las formas sublimes y caprichosas de los desiertos. A la parte de afuera se alzaban por todos lados elegantes sombrages al paso de los arroyos, se engalanaban las fuentes, y se ponían altares de trecho en trecho para los Genios peregrinos. Los mercaderes del fuerte se daban prisa á sacar al campo sus tiendas que jamas las ba-

bian tenido mas ricas. Los Salvages colocaban en frente sus almacenes de pieles, y sus puestos de lacas y bermellones, sus porcelanas, sus corales, sus margaritas, sus estofas de hilo de alóes y de cortezas de árboles, y sus ricos tisúes de plumas. De entrambas partes reinaba la actividad, el alborozo, el bullage y la agitacion que precede á los dias solemnes de los pueblos.

En la paz general que gozaba el desierto, en la dulzura y la bienquerencia que mostraban los Náches con los Franceses, nunca se hallaron estos mas léjos que en aquella ocasion de sospechar una alevosía. A la verdad no faltó algun hombre en el consejo del fuerte que rezelase de aquella sumision oficiosa que se notaba en los Indios, tan agena de su fiereza característica; pero Chepar que miraba aquella mudanza como la obra de su firmeza y de su política, se ofendia de cualquier advertencia. La fé de un Negro acabó de engañarlo y afianzó mas y mas la opinión que gozaba Onduré en el castillo. Al atrevido Imley le habian cogido en las selvas los milicianos de la colo-

nia y le habian hallado un surtido de armas. Algunas de aquellas armas eran machetes de los que usaban los Natches. Imley fué preguntado de mil maneras, se le estrechó con apremios rigorosísimos, se le prometió perdonarle la vida si decia la verdad, se le amenazó con el potro si la ocultaba; pero Imley negó tenazmente: sus respuestas eran concisas, naturales, siempre unas mismas, de una grande apariencia. «Yo he dejado á  
«mi amo, decia, como el pájaro que se en-  
«cuentra la jaula abierta y recobra su liber-  
«tad.» — «¿Pero á qué fin las armas? le  
«reponian, esas armas suponen cómplices.»  
— «¡Cómplices! Yo los tengo, les respon-  
«dia, de mi mismo pecado de querer vol-  
«ver á la luz de la patria. Yo esperaba seis  
«Negros que se han huido del Canadá y  
«debian bajar el Misisipi una noche para  
«juntarnos y salir á la anchura de los ma-  
«res.» Esta excusa parecia verdadera; la  
fuga de aquellos Negros se sabia en el cas-  
tillo. Interrogado sobre el origen de aque-  
llas armas, respondia siempre que las ha-  
bia comprado de un barco ingles, y se

veía con efecto que eran inglesas y estaban nuevas. A propósito de los Nácthes, hablaba de ellos con menosprecio, y sobre todo se desataba en injurias contra Onduré que habia prohibido, decia, hasta dar un jarro de agua á los Negros. No satisfechos los jueces lo pusieron en el tormento; pero Imley se mostró impasible en las manos de los verdugos, entonó una cancion amorosa en su lengua en que sonó Izefar muchas veces, y dobló la cabeza. El indomable Africano se trabó la respiracion con la lengua, género de suicidio muy conocido en la Costa de los Esclavos, postrer recurso de los que aman la libertad y perdieron toda esperanza.

Entre los demas Negros no se pudo encontrar ningun rastro de inteligencia con aquel fugitivo, ni se advirtió por mas que los observaron, ningun indicio que arguyese inquietud. Chepar mandó cesar las pesquisas. «Las conspiraciones imaginadas, dijo á los jueces, á fuerza de querer impedir las y de hablar de ellas, se convierten en realidades, porque se despiertan los ánimos y se cree posible lo que ninguno habria

« proyectado ni osaría proyectar de su solo « acuerdo. » No se podía adoptar en peor hora esta máxima saludable que aquel gefe mal avisado despreció tantas veces. De este género de venganza suele usar la verdad con los hombres.

El fin venia : los hermosos campos del Nátche se iban llenando de huéspedes, los visos de las montañas parecian hormigueros, y el Meschacébe cubierto por todas partes de piraguas empavesadas, ofrecia la ilusion de una vasta ciudad flotando sobre las aguas. ¡ Con qué alegría contemplaban todo aquel mundo los feriantes de Europa ! ¡ Que amistad , que concordia mostraban con los Franceses aquellos hijos de las selvas ! ¡ Cuantos presentes se hicieron aquellos dias al Onontio ! ¡ Como le llamaban á boca llena su padre todos los Indios ! ¡ Que no hubo menester de paciencia para oír las arengas que á medida que iban llegando le hacian los gefes de las tribus ! Los unos le pedian misioneros , los otros le ofrecian alianzas, estotros le proponian nuevos puntos para establecer factorías de comercio y

extender las colonias. Los conjurados no hacian escúpulo de mentir y violar las leyes de las naciones : la religion , ¡ mal pecado ! les quitaba el horror y la vergüenza del crimen ofrecido por juramento como un obsequio á los Dioses de la patria.

El dia del novilunio amaneci6 un sol brillante de otoño. Al himno de la mañana entonado en las cumbres del templo , correspondieron todos los coros de los pueblos salvages. Del concento de tantas voces unidas en la larga extension de los campos, resultaba un sonido único, portentoso , que retemblaba en los aires como una especie de trueno armónico: se sentia al escucharle un efecto mágico de terror y de júbilo todo junto , cierta impresion sublime y maravillosa imposible de definir, que contenia la idea del poder de los hombres reunidos. Acabados aquellos cantos, comenzaron á arder los hogares campestres y se tuvo la refeccion matutina : luego siguió la abertura de las fiestas. La procesion comenizó en el templo y enderezó á la cabaña del jóven Sol. Iban delante los boci-neros del templo y los juglares astrólogos.

Aquellos con las bocinas , y estos con grandes cañas llenas de talismanes , le mandaban al tiempo ser favorable y conjuraban los vientos que traen la lluvia : á su continente seguro , á su andar soberano y á sus gestos y maniobras , se hubiera dicho que aquellos hombres tenian las llaves del cielo y de la tierra. Despues seguian los levitas , de blanco , con braserillos y con pechinas de aromas para ahuyentar los malos Espiritus : luego los sacerdotes , con sus largas túnicas carmesíes , coronados de hiedra , cada uno de los cuales llevaba un geroglífico de las fiestas en banderas de taleo : detras de todos el gran juglar , con su manto de estrellas , con la mitra de buho blanco cuajada de pedrería , con el báculo azul y rojo festoneado de nenufares de plata. Llegados á la casa del príncipe , se incorporó detras de los sacerdotes una comitiva lucida de guerreros y de Sachems de todos los pueblos , y en medio de ellos el jóven Sol y Akansia rodeada de un gran cortejo de matronas. A excepcion de unos pocos viejos que guardaban la sencillez de los tiempos antiguos ,

todos los demas competian en la riqueza de los vestidos, de las joyas, de los plumages y de las armas. El adorno de la princesa y del niño heredero, de un valor y de un lujo nunca visto en las selvas, contrastaba con la magrez de sus rostros y con la palidez de sus frentes: el tirano iba hilando aprisa las vidas del pupilo y la amante.

El soberbio convoi, precedido de las músicas del desierto, y escoltado por los Aluez, dió la vuelta por algunos altares y siguió al circo. Onduré habia salido con los guerreros mas distinguidos de las naciones vecinas á conducir á Chepar á los juegos: las dos cortes se unieron en el camino en medio de los vivas y los aplausos del inmenso bullicio. Chepar, Akansia, su hijo, los oficiales franceses, y los Sachems de la parentela del jóven principe, ocuparon el mirador de los tamarindos que formaba el testero del magnífico anfiteatro. El retrato del Rey de Francia, que Onduré habia pedido que presidiese las fiestas, fué colocado en una glorieta de plátanos, sobre trofeos salvages, en el centro de un sol de plumas y de flores ar-

tificiales, obra rara y vistosa del ingenio y de la paciencia de los juglares novicios. La guardia la componian seis Chicachas, seis Natches, seis Yazues y seis Criquios, de una talla gigante, armados pesadamente á la vieja usanza de los tiempos gloriosos.

Las fiestas se comenzaron por una farsa, dispuesta en modo de loa al gusto indio, llena de alegorías y alusiones á la union de la Francia con los hijos del Ohio y del Meschacébe. A todas aquellas cosas correspondían los Franceses con aplausos y aclamaciones vivísimas: en muchos era por cierto vanidad y codicia la satisfaccion que mostraban, pero en otros era candor y virtud. Así lo via conmovida la muger Gefe en la sincera expresion de los jóvenes militares que le hacian corte. Akansía se esforzaba á disimular; las lágrimas se venian á sus ojos: su deseolor y su languidez le ayudaban á desmentir la opresion que sufría su espíritu. De entremedias del alegría y del tumulto festivo le parecia escuchar los gemidos y los clamores de la horrible catástrofe aparejada; su corazon batallaba por una parte con el

amor infeliz y el comun juramento que la tenian atada á la iniquidad, y por otra con las leyes eternas del honor y de la piedad que aun se hacian sentir en su alma. No se le escapaban tampoco los riesgos del porvenir; entre tanta gente gozosa, entre tantos pueblos llenos de vida, la idea del exterminio y la soledad á que podrian llegar aquellas tierras felices, asaltó de repente su pensamiento. « Salva tu honor y salva los pueblos, la Europa no dejaria sin venganza vuestras traiciones, sacrifica á On-  
« duré que te pierde: » tal sentia en su interior susurrar una voz secreta que comprimia sus entrañas. Mas de una vez estuvo tentada de obedecerla y declararse á Chepar, pero estos movimientos pasaban como una ráfaga: la fiereza salvage, el orgullo de reina, una mala vergüenza, y la compasion todavia del hombre á quien no sabia aborrecer ni apartar de sí, le hicieron cerrar sus ojos sobre el abismo y abandonarse á los ciegos decretos de la suerte.

Acabada la loa, resonó á la redonda una salva de artificios de fuego, y á manera de

encanto se cubrió el lago por todas partes de esquifes que llevaban doce cuadrillas de milicia salvaje, cada cuadrilla de nacion diferente, á cual mejor parada y apuesta, que con las altas picas empenachadas, con los alambrados paveses, con las ricas garzotas de perlas y joyería, con los brillantes gorjales de calcedonias y cornerinas, con los brazaletes y las esquinelas de nácares, y con los escaupiles y los faldares á mallas de plata y oro, parecian beber las luces al cielo. A una señal, todas aquellas naos atracaron á un tiempo á la orilla del circo, y la arrogante tropa, saltando en tierra, se formó en torno y trazó un dodecágono que dió envidia á los Europeos, asombrados de la soltura, de la destreza, de la elegancia y la simetria con qué aquellos Bárbaros maniobraron en un instante. Despues al son de los tamborines acompañados de pifanos, de cornetas y de sonajas estrepitosas, comenzaron las danzas y las pantomimas guerreras, en qué se hacian admirar aquellas tallas enormes, aquellos brazos nerviosos, aquellas frentes audaces y aquellos ojos soberbios

que distinguen á los Salvages de la Luisiana. No eran ménos de ver sus evoluciones, que se dejaban atras los juegos de la Urania europea, ya partidos en cuadros al tresbolillo, cruzándose y figurando un laberinto movible; ya abiertos y derramados en largas filas simétricas imitando los ámbitos y las alamedas de un parque; ya agrupados todos á un centro y formando la traza de una corona de lises; ya abriéndose y ensanchándose en círculos paralelos, como las ondas que se retiran á la caída de un grave sobre la superficie de un estanque adormido; ora fijos balanceándose como espigas al soplo de las brisas, ora revueltos, yendo y viniendo, y cambiándose en su camino como el olage de los mares. Los colores de las divisas, los escudos, las picas y las banderas, presentaban á cada vuelta fantasías y caprichos maravillosos, ya los cercos y los matices del iris, ya las fajas y los esmaltes de las auroras boreales, ya los celages y rosicleres de la mañana, ya el resplandor de los fuegos de mediodia, ya la cercanía de la noche y las lentas degradaciones de la luz mori-

bunda. Mas que juegos y estudios del arte parecian estas cosas prodigios , pero aun causó mayor pasmo un alarde de guerra, una marcha á paso de ataque que ejecutaron , acompañada de cantos y llevado el compas al choque y al estridor de las armas. Como estas eran las danzas y las fiestas marciales de Esparta ; pero ménos civilizados, ménos capaces de llevar ningun yugo, mas insensibles á las dulzuras de la existencia, mas por cima del terror de la muerte que los guerreros de la Laconia, ofrecian los Salvages alguna cosa de mas heróico, mas rudo , mas sombrío , mas tremendo. Y los Franceses vitoreaban y subian á los cielos con alabanzas estas reseñas traidoras, en qué los conjurados se confortaban preludiando una realidad y contando sus victimas. ¡ Que espantosa alegría , en la que todo un pueblo se gozaba ignorante en los brazos de sus verdugos y aplaudia su furor ! ¡ Que de veces el contento y la muerte han valsado de esta manera sin conocerse en las fiestas de los hombres !

A aquel grande espectáculo se siguieron

despues muchos pasos y mogigangas de invencion peregrina, tal que una máscara de juglares representando los Genios del bien y el mal que se parten el mando de la tierra, tirando suertes, dando respuestas á los curiosos, y arrojando al acaso nóminas, bulas y pronósticos escondidos de ventura y de desventura: luego un baile de niños medio desnudos, sin mas vestido que flores, figurando los años y los placeres de la inocencia: en seguida, una tropa de vírgenes en seis coros, todas de blanco y oro con guirnaldas de rosas, que traian en medio en un lecho de musgos y adormideras una figura representando el dolor, y hacian muestra de embelesarla con sus canciones y sus bailes graciosos: luego á luego dos bandas de viejos arrastrando una tumba y cantando proverbios. De este género se ofrecieron otros disfraces llenos de alegorías y sentidos profundos. Nadie se acordaba del tiempo, y el sol comenzaba ya á avanzar su carrera al ocaso.

Las mesas se hallaban puestas en una larga avenida de sauces á la orilla de una

dulce corriente vecina del Meschacébe. A una señal general de músicas y de salvas ruidosas se suspendieron los juegos para hacer lugar al soberbio banquete de los pueblos. Cuanto el lujo de los desiertos puede ofrecer en cuadrúpedos, en pescados, en aves y en frutos de la tierra, estaba allí prodigado con un exceso y un modo de profusion que á los Blancos les parecia alguna cosa imitada de las fábulas. No era ménos de ver y admirar el órden que reinaba en los cercos, la magestad y la pompa de aquel servicio hecho todo por los esclavos de cada tribu, la finura casi europea que mostraban los Indios, su atencion y sus miramientos con los Franceses, su templanza no acostumbrada en las mesas, y el decoro y la dignidad que guardaban en medio de la alegría y de la libertad del festin. Chepar estaba encantado de los Salvages y no encontraba palabras bastantes para expresar su agrado á Onduré. « Todo esto es vuestra obra, le dijo; yo he sabido escogerme un amigo excelente: nuestra union hará la fortuna de estos pueblos. » Onduré le cor-

respondió con una risa cruel, y tomando la mano del crédulo comandante, la besó y la puso en su corazón.

Ya queria acabarse la tarde y apuraban sus pipas los Indios dándose prisa para volver á los juegos, cuando se vió moverse un bullicio que acudia á la colina del Norte; unos iban y otros venian, se notaban demostraciones de aplauso, cada vez cargaba mas gente, y á poco de esto se oyó decir: « ¡ Cháctas! ¡ Cháctas! ¡ Nuestro padre que llega de la Georgia! » — « ¡ Viene enfermo, clamaban otros, viene muriéndose! ¡ Qué dolor! ¡ la luz de los Náches se va á apagar! » La agitacion era grande; todos corrian á salirle al paso: el amor llevaba á los unos, el temor á los otros, la curiosidad á otros mas: hasta el mismo Chepar y su comitiva subian mezclados con los Salvages: el lugar de las fiestas quedó desierto.

Otugamiz y Venclao venian delante llorando: una tropa de jóvenes Cheroqueses traian al sabio sobre unas andas. El talon de la muerte se veia marcado en el rostro del venerable Sachem, la nariz afilada, la

barba hundida, las sienes cóncavas, las ojeras profundas, la color cenicienta. En medio de aquel destrozo, su semblante ofrecia alguna cosa divina, y su voz, otro tanto que su razon, se conservaba entera y enérgica. A medida que sentia mas bullicio se le notaba mas movimiento en su ánimo, y su frente tomaba luz por instantes. Sus respuestas á los que se llegaban á hablarle, eran todas lacónicas y profundas. A un guerrero que le decia que sus cabellos de plata se habian puesto mas blancos: « Es verdad, « hijo mio, respondió; yo he tomado mi « aderezo de hibierno y me voi á encerrar « en la cueva ántes que vengan las nieves. » A un Sachem que empezaba á hablarle de la paz de la patria, no le dejó acabar y le dijo: « Vosotros hablais tal vez de la rauda « que se despeña en los aires y no hace « ruido hasta que cae en el abismo. » Un juglar se acercó á proponerle su ministerio y le ofrecia curarle: « Nó, dijo Cháctas, yo « me encuentro ya en la ribera de salva- « cion: ¿ me querrias tú lanzar en la negra « avenida? »

Onduré, estremecido de su peligro si era acaso que Cháctas sabia el secreto, se atrevió á arrimarse á sus andas y apartaba la gente se color de atender al enfermo y cuidar su reposo. No podia haber llegado el traidor en peor hora : Cháctas le conoció por la voz y le dijo : « ¡ O el mas falso y el mas  
« infame de los hombres ! ¿ no has aprendido  
« todavia á avergonzarte ? »

— « ¡ Corage , Cháctas ! exclamó Otuga-  
« miz ; Mila hablaba tambien como tú , Mila  
« que era mi esposa y tenia un corazon de  
« Sachem. »

— « Sí , hijos mios , siguió Cháctas es-  
« forzando su voz y levantando los brazos ;  
« Onduré es una bestia feroz que han sol-  
« tado los Malos Genios para la ruina vues-  
« tra y la ruina de otras naciones. Vuestra  
« debilidad ha engendrado su tiranía. Hace  
« ya mucho tiempo que habia yo adivinado  
« su primer crimen ; despues he descubierto  
« otros nuevos : ¡ ojalá que no sean mas  
« grandes los que yo ignoro ! Escuchad la  
« voz moribunda del que siempre os habló  
« verdad y ahora os habla la postrer vez

« desde el umbral del sepulcro. Onduré as-  
« pira al trono que han ensangrantado sus  
« manos; derribad á ese parricida, haced  
« justicia á Akilisko, recobrad vuestra li-  
« bertad, restableced vuestras leyes; que se  
« junte el consejo de la nacion, que se juz-  
« gue á Onduré, que se saque de entre sus  
« garras á ese niño desventurado... Náches,  
« daos prisa: ¿donde está Adario? ... ¿donde  
« estan mis amigos?... yo revelaré... yo reve-  
« laré... los execrables misterios... de iniqui-  
« dad... » El anciano hacia esfuerzos para se-  
guir, pero su lengua se anuda, su voz se apaga,  
un sudor como el hielo cubre su frente, sus  
miembros estan convulsos, y el hervor de  
su pecho suena como una forja inflamada.  
La turba de los Indios se apiña en su rede-  
dor; una especie de pasmo tenia embarga-  
dos todos los ánimos. Otugamiz estaba sin  
habla abrazado al Sachem; dos mugeres pia-  
dosas sostenian la cabeza argentada del pa-  
triarca, los jóvenes Cheroqueses le aplica-  
ban esencias y fomentaban sus pies helados.  
A ese tiempo, Celuta, á quien habian avi-  
sado, que venia de su soledad en las alas de

la esperanza, llega, suplica, insta, le abren camino y penetra á las andas. ¡Desventurada criatura! El hijo de Utalíssi no existia mas.

Un grito general de dolor y de asombro resonó en la colina. Unos gemian de rodillas con las manos al cielo, otros daban aullidos y se azotaban los rostros, otros parecian aterrados, otros fingian afliccion encubriendo un horrible contento. Solo Onduré no mostraba ni alegría, ni pesar, ni temor; su frente impávida recibia las miradas de todo el mundo sin alterarse. Chepar estaba á su lado, y el perverso Salvage, aprovechando el momento, le dijo: « Ved aqui el  
« postrer estallido de la faccion que ha  
« muerto con Cháctas: no en valde tenia yo  
« ausente á ese viejo decrépito y sedicioso.  
« Nó, los pueblos ne le creerán; la calum-  
« nia que han proferido sus labios, á fuerza  
« de ser atroz, no hallará quien la adopte.  
« En fin... de hoy ya mas se acabaron los  
« enemigos de la Francia. »

¡Dura fuerza de los destinos! Si alguna cosa faltaba para acabar de afianzar el cré-

dito de Onduré con Chepar, fué esta escena terrible. « ¡Y bien! ¿qué teneis que  
« cuidar? respondió el comandante; si, por  
« caso, resucitára alguno de ese partido, las  
« armas del Rey de Francia protegerian á  
« Onduré. »

Los juglares y los satélites del malvado se derramaron por todas partes pintando como un efecto del delirio febril y de viejos odios las palabras de Cháctas. A esto añadian, que aquel modo violento de producirse que habia tenido el Sachem, tan ageno de su prudencia y su dulzura ordinaria, no se podia explicar sin suponerle maleficiado, y de aquí removian las antiguas especies de magia y hechicería propaladas contra René. Los conjurados fortalecian entre sí su mala conciencia, interpretando aquel caso como un castigo visible de la Diosa guerrera que sin duda ahogó á Cháctas porque sabia el secreto y querria revelarlo. Era ya noche: el cielo estaba medio entoldado, el crepúsculo de la tarde daba un rayo de claridad todavía al extremo del Occidente, y el lucero brillaba en el centro de unas nubes oscuras.

« ¡He allí el alma de Cháctas, decían algunos;  
« he aquí la tierra huérfana para siempre! »  
Nadie se acordó mas de las fiestas aquella  
noche tristísima. Algunas tribus, temiendo  
la ira del cielo, enrollaron sus tiendas y  
partieron en la velada.

---

## LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

Doce Sachems se encargaron del cuerpo y del funeral del postrer poseedor del baston de Miscou y de Utalissi. Una guardia de Aluez impedia todo acceso á la casa del ilustre difunto : el entierro fué decretado para el tercero dia de la luna. Mientras tanto los juegos fueron seguidos : solo se suspendieron los bailes , y en cambio de esto se aumentó la riqueza y el lujo de los banquetes. A los juglares se dió por órden divertir á los Indios con farsas y con romances de las viejas historias que promoviesen el entusiasmo y el fervor religioso. Los adivinos corrian el campo diciendo enigmas, explicando los sueños y sacando horoscopos : los Chemenes, ó médicos, repartian

licores benditos y ofrecían reliquias y talismanes contra las malas constelaciones. Onduré logró distraer y acallar la muchedumbre.

No fué tan fácil sosegar á Akansía á quien habian llegado muchas especies, mas ó ménos desfiguradas, sobre los anuncios de Cháctas. Los remordimientos se levantaron con una nueva fuerza en su alma : la voz del Sachem muriendo y pidiendo venganza del parricidio al momento de aparejarse tantos sucesos horribles , le pareció un movimiento y un presagio de los destinos , algunas veces tardíos , pero pronto ó tarde infalibles para el castigo de la maldad. Un sueño pavoroso que habia tenido en la madrugada , la perseguia con mayor asombro despierta. Onduré llamó al gran juglar que la oyese y ensanchase su espíritu. Akansía le contó que habia visto una soledad , una noche sin cielo , una atmósfera de tinieblas en torbellinos y en ondas transparentadas de una luz oscurísima , que habia pasado delante de ella un pueblo entero de muertos que le hacian señas amenazantes , que una especie de ba-

silisco con alas que marchaba en dos pies como un hombre, le habia mostrado una copa y encima de ésta un puñal destilando sangre, que una voz semejante al grito de las estriges habia dicho palabras incomprendibles, que despues sonó un trueno y se agitaron las sombras, y se asentó sobre ella un gran peso como una tumba; que de alli dentro sentia llorar á su hijo sin poder socorrerlo que se lo llevaba un torrente, y que le oyó maldecirla, y que los ecos de los abismos repitieron la maldicion. Su memoria no retenia otras cosas mas espantables que decia que habia visto.

El malvado juglar, hecho á fingir asombros y á burlarse del mundo con mentidos prodigios, llegó no obstante á temer de aquel sueño, y no encontraba la explicacion. Por justos juicios de Dios, á estos hombres descomulgados que sojuzgan la tierra calumniando los cielos y tomando sus veces, se les ve padecer ellos mismos los terrores supersticiosos que promueven entre los hombres. «Nó, no la encontrarás, exclamaba  
«Akansia; la respuesta la tengo yo.... den-

« tro de mí está el oráculo.... ¡ el mal viene!  
 « ¡ el mal viene!... ¿ no observais el color  
 « del cielo? ¿ no percibis ese brillo falso que  
 « tiene el aire? ¿ no sentis los silbidos de las  
 « culebras y el chasquido de un látigo? ¿ es qué  
 « me engaño yo? ¿ no está temblando la  
 « tierra? »

Onduré se acercaba pretendiendo calmarla : la muger Gefe se estremecía retirándose. « ¡ Es posible ! decia Onduré : ¡ tú  
 « te extrañas de mí ! ¿ eres tú tambien mi  
 « enemiga?—Nó, Onduré, respondió Akan-  
 « sia derramando una lágrima, yo no soy tu  
 « enemiga ; yo te he amado , tú no lo igno-  
 « ras , como muger en el mundo es capaz de  
 « amar !... Yo te amo todavía , ó á lo ménos  
 « yo querria amarte ; pero tú me causas es-  
 « panto , tus manos estan sangrientas.....  
 « ¿ no le pareces tú al basilisco que me ofre-  
 « ció el puñal y la copa ? ¿ no fuiste tú quien  
 « pusiste la losa que me oprimia el corazon?  
 « ¿ no fuiste tú quien sòltaste el torrente?...  
 « Ven tú , hijo mio ; nó , tu madre no te  
 « abandona , no la maldigas , Onduré , no te  
 « quitará la diadema... ¡ Akilisko !... ¡ Aki-

« lisko !... » é invocando este nombre y haciendo esfuerzos por retener sus palabras, se tundia el pecho con duros golpes , y sus ojos vagaban y parecian salir de sus centros.

Felizmente para Onduré, á aquel violento delirio se sucedió un profundo letargo. Cuando volvió Akansía en su sentido , no habló mas de su ensueño ni parecia acordarse de nada. A la tarde mostró deseo de que Onduré la llevase á las fiestas : despues dijo que se encontraba abatida y que preferia estarse sola. Luego cambió otra vez de intencion , hizo que le vistiesen todas sus galas , se arrepintió de nuevo y se volvió á desnudar. Su razon estaba alterada : la manera de su tristeza , el pasmo de sus miradas , su silencio sombrío , y una especie de risa insensata y muda con qué solia responder y procuraba agradar , excitaban la compasion y movian á piedad sobre aquella muger infeliz.

En las fiestas corrió aquel dia una voz vaga de que René venia de camino. Onduré no dudaba que fuese así , porque el mensajero que habia enviado para llamarle es-

taba ya de retorno, y René le habia dicho á este que á la vuelta de algunos dias partiria para el Nátche. Sin embargo Onduré procuró desmentir esta nueva y abogarla, de temor que llegase á Akansia. La carta de ésta la habia tambien recibido René, pero le fué imposible entenderla; la muger Gefe, aunque hablaba el frances y lo sabia leer y escribir, no teniendo usada la pluma, hacia una letra ilegible. René infirió que Akansia le daba la misma orden que los Sachems y emprendió su marcha. Todavía, noticioso de que su amigo Artaguetes permanecia en las Minas de Marameg, tomó un rodeo á la derecha de su camino, y se fué á visitarle y á proponerle si queria bajar a los juegos. A Artaguetes no le era dable apartarse entónces de aquel lugar, y René se estuvo allí cuatro dias. El granadero Jaime que iba á hacerse á la vela para conducir al castillo unos pliegos y unas muestras de plata, le preguntó si queria algun recado para los Nátches. René aceptó su fineza y le escribió una carta á su esposa. El tiempo no habia borrado sus penas entera-

mente, pero las tenia adormecidas, y el hombre de los dolores se sentia con mejor espíritu. Conforme á los consejos de Cháctas, se encontraba resuelto á mudar de patria segunda vez y á tentar mejor suerte de vida con los pastores del Misóuri. A Celuta y su niña Amelia no las podia arrancar ni un instante de su memoria : consultando su corazon y explorándolo, empezó á persuadirse que aun le quedaba alguna fuerza de amar, y volvió á creer la esperanza.

Mientras tanto el hermano y la esposa parecian perderla ya para siempre : la muerte inesperada de Cháctas fué para ellos como la retirada de un Dios que abandona sus aras y desampara la tierra encargada á su providencia. Venclao se fué otra vez á los bosques y á los caminos ; Nasetes seguia en el rio, y Otugamiz rodaba por todas partes sin sombra, taciturno, cogitabundo, desalumbrado, revolviendo proyectos raros en su cabeza exaltada por el dolor. Celuta, siempre al acecho en la puerta de su cabaña, ó en la ceja del monte que dominaba las avenidas del valle, tenia los ojos gastados y

casi ciegos del llanto. ¡Cual fué el día que pasó aquel ángel de la virtud, entregada en la soledad á sus penas y á sus temores sin ninguna defensa! De entre tanta gente contenta que andaba ociando en los juegos, no hubo quien se acordase de su afliccion; nadie, ni por pariente, ni por amigo, ni por piedad, ni aun por el bien parecer, aportó á sus umbrales. ¡Con que veras, á aquella prueba de sentimientos peores que el odio, levantaba su alma rogando al cielo que protegiera á René, que se encargáran de su camino los Buenos Genios, que le moviesen estos algun estorbo que le impidiera seguir su derrota á los Nátches, que lo guiáran á tierra amiga, que se precipitasen los tiempos de aquella luna traidora, que llegase pronto el instante de verse libre del horrible secreto, y de poder volar á su esposo, y contarle sus riesgos, y alargarle una mano de salvacion, y consolar sus dolores, y mas que luego la aborreciese y la abandonase, una vez libertado, el hombre de su cariño y de su deber!

Tales eran los ruegos que estaba haciendo,

tan pronto al Dios de los Blancos, tan pronto al Dios de los Indios, á quien quiera que fuese que tuviera el cuidado de los hombres; y he allí á Jaime subir la cuesta, resplandeciendo sus ojos del alegría de la caridad y de la buená encomienda que crée traerle. Celuta lo reconoce, se apresura á bajar á su encuentro, y se imagina que el granadero trae la respuesta á sus votos. « Hijo de mi  
 « vieja madre de la carne blanca, le dice,  
 « ¿ es qué te envia mi hermano Artaguetes,  
 « y qué mi esposo se queda en su compañía? —  
 « Si, noble India, le respondió el granadero; á vuestro esposo René le he dejado  
 « con mi señor en el puesto del Marameg:  
 « he aquí la carta que me ha entregado para  
 « la mûger de su amor anunciándole su venida. »

— « ¡ Oh ! ¡ su venida ! dijo Celuta sobre saltada; ¿ para qué ! ¿ no estaba mejor allí ?  
 « Yo iria mas bien á encontrarlo. Cháctas se ha muerto... »

— « Ya lo he sabido en el fuerte, contestó Jaime; que léjos estaba yo de pensarlo ! No hacen todavía tres semanas que nos dijo el padre Souël que lo habia de-

«judo tan bueno disponiendo el viage para  
«los Nácthes....»

— «Para los bosques del Occidente, dijo  
«Celuta. Esta nueva orfandad ha asolado mi  
«cerazon. Yo querria que René no viniere:  
«¿qué tenemos que hacer aquí, muerto  
«Cháctas? Las gentes del castillo nos miran  
«mal, y los Indios, peor. ¿Tardarias tú  
«mucho en volver?»

— «Nó, dijo Jaime; yo debo partir ma-  
«ñana otra vez para conducir á un minero  
«que nos ha venido de Méjico; pero á estas  
«horas yo creo de cierto que vuestro es-  
«poso estará de camino: debia salir á los  
«cuatro dias.... ¡Era tanta su ansia de  
«veros....»

— «Y bien, entremos en la cabaña, dijo  
«Celuta; veamos lo que nos dice: tú me  
«leerás el collar.» Jaime, al entrar en la  
«casa, le preguntó por su Amelia. — «Mi  
«niña, buena, le respondió; llevando siem-  
«pre su parte de los trabajos que nos envia  
«el Grande Espiritu. Mis pechos se me se-  
«caron, y una India caritativa me ha hecho  
«el bien de acabar de criarla. Esta noche

« me la traerán ya de asiento. Como me  
 « encontraba resuelta á ir á ver á René,  
 « para poder llevarla á su padre me he dado  
 « prisa á que la desteten. Se diria que la  
 « pobrecita lo habia entendido, segun se  
 « muestra contenta y pacífica. »

Jaime leyó la carta :

DE LAS MINAS DE MARAMEG, EN VÍSPERAS  
 DE LA LUNA DE LAS FIESTAS.

« Yo te habia enviado una carta, Ce-  
 « lula mia, que habrá sido un misterio  
 « y un tósigo para tu corazon inocente  
 « y desprevenido. Tú verias que estaba  
 « sin juicio : tú me la habrás perdo-  
 « nado.

« Yo lloraba á una hermana : yo sabia  
 « llorar lo mismo á una esposa. En mi  
 « alma habia, y no cabian, dos amores :  
 « el primero se ofendia del segundo sin ser  
 « rival. De un principio, yo no habia co-  
 « nocido en la tierra otro bien que una  
 « hermana que me sirvió de madre en mi  
 « infancia, que rodeó mi vida de luz un ins-

« tante en la edad de las pasiones , que en  
« la nada de las cosas humanas me pareció  
« ella sola una realidad. Mas que hermana,  
« mas que una amiga, mas que una amante,  
« ofrecia á mi alma todo el encanto de un  
« gran tipo ideal de belleza y sabiduría que  
« me habia yo formado corriendo el mundo  
« sin hallar su ejemplar. Este bien que lo  
« juzgué mio , que alumbró de una rica  
« esperanza mi porvenir, me lo arrebataron  
« los cielos dos veces , y lo escondieron, la  
« primera en las sombras de una cabaña sa-  
« grada donde le tuve envidia á Dios mismo;  
« la segunda , en las de la tumba donde tu  
« sola me has impedido precipitarme á bus-  
« carla.

« Esta misma hermana adorada me deseó  
« una muger toda amor y pureza , y al de-  
« jarme por la virtud , sola cosa que amó  
« en el mundo mas que á su hermano, me  
« dijo: «René, sé sabio de la manera comun  
« de los otros hombres : una esposa como yo  
« la concibo , como tú podrás encontrarla,  
« llenaria el vacío de tu corazon.

« ¿ Serian sus votos, Celuta mia , los que

« guiáron mis pasos en el desierto? ¿ No era  
« como tú la muger que ella se proponia y  
« deseaba para encantar mi dolor?

« Sí, alma excelente, cordera mia, tú  
« eras esa muger, don de Dios, con qué su  
« providencia me ha compensado á mi her-  
« mana. En lo fuerte de mis delirios una  
« voz interior me gritaba: « Vuelve á tu  
« esposa, no seas ingrato, compadécete de  
« esa mártir compañera de tus trabajos,  
« no la dejes morir de afliccion y de so-  
« ledad.»

« Yo vuelvo á ti, esposa mia, bien se-  
« guro de hallar una dulce acogida en tus  
« brazos. Dulces amigos míos del desierto,  
« si vosotros os conformáreis con mis de-  
« seos y con los consejos de nuestro padre,  
« llevaremos á otras riberas nuestros amo-  
« res: yo me siento otra vez con fuer-  
« zas para vivir. Dentro de pocos dias vol-  
« veré á poseer cuanto hay de mas amable  
« en la tierra, mi esposa, mi tierna Ame-  
« lia, mi heróico amigo que estará todavía  
« con las ropas nupciales, y el Buen Genio  
« de estas dos casas inocentes, que sé que

« viene ya de camino , y será nuestro mayo-  
« ral en las sábanas del Misóuri. René te  
« abraza y te tiene en su corazon : mira  
« como tiembla mi mano.... sí , estoy tem-  
« blando , muger divina , pero es de amor y  
« esperanza. Artaguetes , tu hermano , te  
« saluda. »

Tales eran las alegrías que concedian los destinos á la admirable Nátchesa. Esta carta de amor la dejó aterrada. Jaime notaba su turbacion y aguardaba con ansia que se explicase. Celuta le preguntó si eran buenos los Indios de los contornos del Marameg. « Los mejores de la Luisiana , le respondió ; « nuestros vecinos son los Panimas y los « Cenises. » Ella sabia por Otugamiz que estos pueblos no habian entrado en la liga y que aborrecian á Onduré : un rayo de esperanza volvió á alumbrar su espíritu atribulado. « ¿ Crées tú , le dijo á Jaime , que « René vendrá por el rio ? »

— « Yo lo creo bien , respondió ; para ve-  
« nir por tierra , tendria que deshacer el ro-  
« deo que ha dado para las Minas , y alli  
« hay barcos de sobra para traerle. »

— « Sí, no hay duda, dijo Celuta, que  
« vendrá por el río, y si sales mañana, como  
« me has dicho, tú podrás encontrarle.  
« Jaime, mi amigo Jaime, hijo de mi ma-  
« dre enfermera, escucha lo que yo aguardo  
« de ti. Tú le dirás de mi parte que se  
« vuelva otra vez, que me espere en las  
« Minas, que yo no podré ir hasta pasados  
« diez dias; pero que, cierto, si no me  
« muero, yo iré allí para que salgamos á  
« los Siujos como él desea. »

— « ¿ Pero no es lo mismo que el venga,  
« replicó Jaime, y salir despues? »

— « Nó, amigo mio, tú no sabes, dijo  
« Celuta; yo te he indicado ya la aversion  
« que le tienen los Indios. La muger Gefe  
« es la sola persona que manifiesta estimarle,  
« y esto, en vez de ser favorable, le perju-  
« dica, porque le promueve la envidia. Esto  
« no puede hablarse, pero su vida peligra  
« aquí entre estas gentes... Todavía mas...  
« yo he pensado hacerme cristiana, y en los  
« Natches no podria ser sin mover mas odios  
« contra nosotros. Si René viene ¿ quien sabe  
« si logrará Akansia detenerle ó persuadirlo

« á quedarse ! Los dias se me antojan siglos  
« para confesar el Dios de mi esposo y de  
« mi hija. »

— « ¡ Oh qué bien ! dijo Jaime : ¿ como  
« se van á alegrar vuestro esposo y vuestro  
« hermano Artagueta ! Dios está haciendo  
« misericordia : Cháctas tambien , habrá  
« cuando mas dos lunas que confesó á Jesu-  
« cristo en las aguas de Savannah ; su amigo  
« el padre Souël que le dió el bautismo ,  
« nos lo ha contado en las Minas. »

— « Tanto mas , exclamó Celuta , para  
« encender mis deseos y afirmar mi resolu-  
« cion. Tú partirás, de seguro, mañana, ¿ es  
« verdad? »

— « Mañana al romper el alba, respon-  
« dió Jaime ; Dios delante , yo estoy seguro  
« de encontrarme con vuestro esposo , por-  
« que salen otras seis barcas con utensilios  
« y provisiones , y soy yo quien irá man-  
« dándolas, y les haré que se extiendan , y  
« rodearemos el rio. »

— « Si vieres tú que es preciso , añadió  
« Celuta , si se obstinára en querer venir,  
« no le ocultes ninguna cosa ; dile que On-

« duré, es su enemigo y que ha crecido en po-  
« der, que aunque crea necesario venirá dar  
« cuenta de su mensaje, lo suspenda á lo  
« ménos hasta que hablemos los dos en lu-  
« gar seguro. Dile que se lo ruega, que de  
« rodillas se lo suplicá su esclava india, que  
« esta es la primer cosa que le ha pedido mi  
« amor hasta ahora.... A mi hermano Artá-  
« guetes salúdale de mi parte.... dile tam-  
« bien que me espere.... que yo quiero que  
« sea el padrino de mi bautismo.... que no  
« abandone á Reué.... Jaime, á Dios, tú  
« llevas mi porvenir todo entero!»

Jaime partió. Celuta asegurada de que su esposo no podia llegar aquel dia, se dirigió á la colina de Cháctas á remudar sus dolores. ¡Qué transformacion, qué espectáculo en el lugar donde recibiera otras veces tantos consuelos, donde concibió la primera esperanza de ser feliz! Los techos de la cabaña se habian alzado segun el uso, el pendon de los muertos gloriosos ondeaba sobre un gran mástil, los cuatro muros estaban festoneados de tornasoles y guirnaldas de musgos, y el humo de la hoguera

lustral formaba una nube blanca por cima del edificio desmantelado y abierto á la luz del cielo. Una tropa de plañideras gemia á la puerta; seis Sachems con penachos negros, con bastones de ébano y con capas talares de arminio salpicadas de lágrimas de azabache, hacian la guardia de honor; adentro se oia el murmullo de los juglares y ensalmadores que aderezaban el cuerpo del sabio y disponian las galas y los arreos de sus últimas fiestas. Adario estaba sentado bajo el árbol al pié del cual acostumbraba Cháctas explicar la virtud y la libertad en los dias venturosos del pueblo Nácthe; debajo de aquel árbol habian los dos renovado en favor de la patria los pactos de su amistad comenzada en la edad generosa. El austero Sachem guardaba un triste silencio, con los brazos cruzados, con la vista caída, con el pensamiento abismado. Celuta se presentó á su tio sin hablar: Adario alzó los ojos y tardó en conocerla. Después con voz abatida le dijo: «; Para « que vienes á quebrantarte! aun no es « tiempo.... Cháctas, lo que fué Cháctas,

« se encuentra ahora en las manos de los  
 « herbarios y mullidores que componen  
 « nuestra miseria para el sepulcro. La  
 « tarea durará todavía muchas horas ; no  
 « quieras tu perder en presencia de la na-  
 « turaleza humillada la ilusión consolante  
 « de la vida inmortal ; mañana lo verás ador-  
 « nado y estará ya encubierta la horribles  
 « de la muerte. Tú y tu hermano vendreis  
 « los dos á cumplir los deberes del paren-  
 « tesco y de la amistad. »

Celuta no se atrevió á replicar y se vol-  
 vió á su cabaña. Allí encontró á su Amelia  
 que la nodriza venia á entregarle ya para  
 siempre. La inocente criatura, placentera  
 y risueña, endulzó el dolor de la madre.  
 Cuando esta se quedó sola, ensanchó su le-  
 cho , y fatigada de tantas noches de vela se  
 durmió con su hija.

Dos horas faltarian para el día , cuando  
 oyendo tocar con premura á la puerta , se  
 levanta , despabila sus ojos , oye llamar  
 mas aprisa y conoce la voz de su hermano.  
 « ¡ Será que René ha llegado ! » Tal fué la  
 primera idea que se vino á su espíritu , y

presurosa suelta el pestillo. Otugamiz avanza precipitado, vuelve á cerrar, arroja al suelo una especie de fardo y le dice á su hermana: « ¡Vélas ahí... enciende pronto una « lumbre, no perdamos ningun instante. » — « ¿Pero que es esto? decia Celuta, tú « tiembles, ¿qué es lo que traes? ¿hay otra « nueva desdicha? » — « ¡Pronto el fuego, « hermana querida! » volvió á decirle. Celuta cogió el farol y encendió dos fagotes. Otugamiz desliaba entre tanto el paquete y le dice: « ¡Míralas!... Cuenta á ver si son « diez estas cañas.... cada una de ellas le « contaba un dia de la vida á René; las « otras dos, ellos las han quemado.... estas « las quemamos nosotros... » En seguida las echa al fuego: las cañas arden.

« ¡Hermano mio! ¡Hermano mio! dijo « Celuta pasmada, ¡y qué! ¿son estas las « cañas que se guardaban en el altar de « Atahansía? »

— « Sí, de Atahansía, respondió Otuga- « miz; ¡qué! ¿te espantas?... No tengas « miedo. Venclao me dijo, y Venclao decia « bien, que la Diosa guerrera era una Dio-

« sa de trapos : yo la he visto de cerca que  
« tiene pies y no anda , que tiene ojos y no  
« ve nada , que tiene manos y no las mueve ;  
« yo le he sacado de debajo del ara esas fi-  
« chas de la liga sangrienta sin que diga  
« esta boca es mía. No hay mas Diosa que  
« los juglares ; los impios dormian todos ,  
« nadie me ha visto ; he ganado este triunfo  
« escalando el fano ; las puertas estan cer-  
« radas , no he dejado ningun vestigio de  
« mi pasage , ¡ imposible que se imaginen  
« por donde ha podido entrar ninguna hu-  
« mana criatura !... He hecho mas todavia :  
« Venclao y el uno de sus hermanos , me  
« habian cogido esta tarde tres serpientes  
« disformes de las de la cola sonora , las he  
« llevado en un cuero y las he vaciado en el  
« nicho en lugar de las cañas. ¡ Mañana será  
« el horror cuando las encuentren ! Ya sea  
« que lo crean prodigio , ya sea que se con-  
« templen vendidos ó descubiertos , el miedo ,  
« la confusion , la discordia , van á ganar  
« los ánimos de los conjurados , y la mina  
« que está excavada no dará luz. Sin Ven-  
« clao yo no hubiera alcanzado á inventar y

« á llevar á cima este robo piadoso , si , Ce-  
« luta , piadoso ; yo no tengo remordi-  
« miento de lo que he hecho : las postreras  
« palabras de Cháctas resuenan en mis oídos  
« continuamente ; y después , tú lo ves , yo  
« no he revelado el secreto , yo no he ven-  
« dido la patria , yo quizás he provisto por  
« este medio su salvacion impidiendo un  
« gran crimen que no podria quedar sin  
« venganza. »

Otugamiz salió luego y llamó á Venclao que se habia quedado en la cuesta guardán-  
dole las espaldas. Celuta estaba admirada de aquella hazaña , no porque le faltase va-  
lor á su hermano , sino de verle pasar por cima del temor de los Dioses. Venclao llegó con sus maneras galanas pidiendo albricias á la Natchesa. « Véle aquí , dijo Otugamiz ,  
« el que mató á un juglar por salvar á René ;  
« él es quien me ha dado ánimo para hacer  
« otro sacrilegio por la amistad. » — « ¡ Vah !  
« ¡ sacrilegio ! dijo Venclao : ellos son los sa-  
« crilegos que pretenden hacer fautores y  
« aparcioneros de su maldad á los Dioses. »

— « Y bien , amigos míos , yo no me he

« estado del todo ociosa , dijo Celuta ; yo  
« tengo que daros nuevas de mi marido. »

— « ¡ De René ! » exclamó Otugamiz.

— « Sí , hermano mio , respondió ; yo he  
« recibido un collar de mi esposo , y á estas  
« horas vendrá ya andando para los Nát-  
« ches. » Entonces les contó la visita de Jai-  
me , lo que le escribía su marido , la salida  
del granadero y el encargo que le había  
dado de que hiciese á René volverse. « Yo  
« no dudo , siguió diciendo , que mi marido  
« se vuelva si por fortuna lo encuentra ;  
« pero si acaso viene por tierra , como es  
« posible... si Onduré y los demas conjura-  
« dos , cuando vean lo que ha sucedido en  
« el fano , en vez de intimidarse , se irritan ,  
« y creyéndose descubiertos ó amenazados  
« precipitan el dia del desastre !... Con las  
« cañas aun teniamos diez dias por nuestros ,  
« pero al presente no hay nada cierto.... no  
« sabemos que harán... en mi modo de ver  
« no hay mas hora segura.... »

— « ¡ Eso es verdad ! » contestó Otugamiz.

— « Hagan , pues , lo que quieran , dijo  
« Venclao , yo no he venido aquí en balde :

« vuestro amigo Jaime , y Nasetes , os res-  
« ponden del rio ; yo y mis hermanos os res-  
« pondemos del camino por tierra. Uno de  
« ellos saldrá á las Minas por los atajos de  
« la ribera ; yo tomaré la ruta de las ver-  
« tientes , y si René bajare por el desierto,  
« mala ventura ha de ser que alguno de los  
« dos no lo encuentre. Mi otro hermano se  
« os quedará á precaucion para cuidar las  
« entradas. Puestos todos los medios de  
« parte nuestra , lo demas lo hará el Grande  
« Espiritu. Yo me voy y me prometo volver  
« á veros con mas contento á la orilla del  
« Marameg. » Venclao partió con el dia ,  
cargado de los abrazos y bendiciones de los  
hijos de Tabamica.

Los dos hermanos se vistieron despues  
sus ropas de duelo , Celuta puso á su Ame-  
lia tambien de luto , y en seguida dirigie-  
ron sus pasos á la colina del ilustre finado.  
Nadie vino á sacarlos ; en el camino se les  
unieron unas pocas matronas y algunos jó-  
venes camaradas de Otugamiz. Todas las sen-  
das venian tapadas de Indios que subian en  
silencio , adornados sencillamente , la com-

postura grave y medida, los ánimos recogidos y pensativos. Un barniz de tristeza parecía apagar aquel día las risueñas bellezas de la mañana; la púrpura de la aurora se mostró pálida y travesada de fajas negras y verdeantes, el vapor de la tierra se condensaba al Oriente, las brisas no respiraban, y el sol comenzó á brillar entre pabellones oscuros como una lámpara funeraria. Cháctas estaba ya en la gran urna de los Sachems colocada por debajo del árbol donde adoe-trinaba á los pueblos. Tenia puesta una túnica de brocado, una soberbia capa de martas, y una corona de plumas rojas con tres vueltas de pedrería figurando siete luceros, que son los siete atributos con que expresaban los Natches los dones del Grande Espiritu, el pensamiento, el habla, la bondad, la justicia, la franqueza del corazón, el valor y la libertad. En las manos tenia adaptada una serpiente de oro, de labor megicana, labrada á esmalte, que parecía estar viviendo. Este emblema representaba la existencia escondida de los tiempos eternos. A sus pies reposaba el calumé de la paz

que había amado de preferencia toda su vida ; á la izquierda se veían sus armas , honor de su juventud ; á derecha estaba el baston con qué apoyaba sus viejos años ; detras aparecia el atahud que debia encerrar sus despojos mortales. El atahud estaba montado sobre una especie de planstro fúnebre ; á la lanza se hallaban puestos los dos lebreles favoritos de Cháctas. A estos perros no los habian degollado segun el uso , porque el Sachem abominaba la sangre. « Demas de eso , decian los Indios , él no « tendrá que cazar en el pais de las almas , « porque allí le darán el gobierno de las « Sombras. »

Los Salvages fueron llegando de dos en dos á besar los pies del cadáver ; la mayor parte venian descalzos á esta piadosa observancia ; todos ellos tocaban sus Manitús á las ropas de Cháctas , todas las madres le acercaban con fé sus hijos. Un ruido sordo de llantos y de sollozos resonaba entre los acentos de una música lamentable de tiorbas y caramillos que dulcemente tocaban los ministriles y citaristas de la casa del Sol. Otu-

gamiz, Celuta, la hija de Adario, y la sobrina de Cháctas, la que guiaba los pasos de su vejez privada de luz, arribaron los últimos, asistidos de seis ancianos y otras tantas matronas como parte doliente. Hecha la adoracion del difunto, Otugamiz<sup>7</sup> y Celuta se levantaron y cumplieron la ceremonia del velo, que consistia en rasgar una gasa de púrpura, simbolo de la vida entre los Salvages. Al crujido de aquella gasa, un grito general de dolor retumbó á la redonda en los campos: las bocinas, los atabales y los címbalos funerarios, correspondieron con tres clamores y sonaron el triste toque del tránsito. Luego se dió la señal para las ofrendas. Habia un estrado de céspedes y de flores, levantado en faz de las andas para recibir estos últimos agasajos de la piedad. Los diputados de cada tribu, el cuerpo de los Sachems, los gefes de los guerreros, la congregacion de las madres, la de los mozos solteros, la de las virgenes, y una tropa de niños todos con luto, fueron poniendo por órden sus presentallas, coronas, bandas, bastones, arcos y aljabas, pulseras y bra-

zaletes, lienzos bordados, ramilletes y mosqueadores de plumas, cajas de aromas, canastillos de frutas secas y galletas de sagamita. Cada uno que presentaba algun don, pronunciaba tambien una arenga, y un Sachem colocado junto al difunto le contestaba en su nombre. Adario puso sobre el tapiz doloroso un pedazo de sus vestidos, y derribados los brazos, vuelto el rostro á su amigo, le dijo :

« Hermano, vos amasteis la patria ; her-  
« mano, vos combatisteis en su defensa ;  
« hermano vos la llenasteis de vuestra luz.  
« Vuestra alabanza está puesta en la boca  
« de los pueblos. Enemigo de los tiranos,  
« protector de los oprimidos, ¿ quien mas  
« que vos amó nunca la independendia !  
« ¿ quien trabajó por ella con mas esfuerzo  
« y constancia ! Vuestros pies, como los pies  
« del bisonte, no encontraron barreras que  
« no salvarsen ; vuestro brazo era fuerte co-  
« mo una rama de encina que se endurece  
« á los golpes de las tormentas ; vuestra voz  
« fué la voz del torrente á quien nadie  
« puede forzar al silencio. Vuestra carrera

« ha sido gloriosa, harto corta para nosotros,  
 « pero larga y sobrada para ganáros todas  
 « las palmas de la virtud y vivir en los si-  
 « glos. La muerte ha podido atar vuestra  
 « lengua de oro y encadenar ese corazón  
 « que latía por la libertad; empero vuestro  
 « nombre seguirá hablando, y vuestro es-  
 « piritu campa libre y velará por el suelo  
 « donde se queda su cobertura terrestre. »

El Sachem que hablaba por Cháctas, respondió á Adario: « Hermano, yo os doy las  
 « gracias: yo fui libre, y lo soy todavía;  
 « si mi cuerpo os parece amarrado, vuestra  
 « vista os engaña: está sin movimiento, es  
 « verdad; pero ya es impasible, y por tanto  
 « libre. Cuanto á mi alma, yo me guardo  
 « el secreto. A Dios, hermano. »

— « ¡ Pero vosotros no habeis hablado de  
 « la amistad que os unia! » exclamó Otugamiz levántandose. Los dos Sachems se miraron el uno al otro y guardaron silencio.

Onduré, por un nuevo rasgo de su osadía y su impudencia, se atrevió á ofrecer un presente en nombre de los guerreros, y

al comenzar su arenga, he aquí por caso aflojarse las ligaduras que sujetaban en su actitud las manos del patriarca difunto, y soltarse el brazo derecho como en señal de repulsa. Un murmullo de admiracion y terror se levantó entre los Indios: « Onduré es « desagradable á los muertos; ¡ que se re- « tire! » dijo una voz, y el traidor se escondió en las filas.

Celuta fué encargada de acomodar otra vez el brazo de su padre adoptivo. Con su túnica negra y su beldad religiosa se la hubiera tenido por una de aquellas mugeres que se consagran en los pueblos de Europa al consuelo de la humanidad afligida y doliente.

La piadosa Náchesa, dirigiéndose luego al muerto, le dijo: « Padre mio, ¿ os ha- « llais bien? »

« Sí, hija mia, respondió el intérprete; « si me moviere alguna vez en la tumba á « cambiar de lado, mi brazo se extenderá « hácia el lugar donde tú te halles. »

Despues siguieron muchos discursos de los guerreros, de las matronas, de los

jóvenes, de las vírgenes y los niños. Otn-gamiz fué el último que tomó la palabra. Su presente fué un Manitú de metal que figuraba dos manos juntas; luego dijo con voz dolorida estas frases:

« Padre mio, Cháctas, vos habreis dado  
« muy poca pena á la muerte; una parte de  
« su trabajo se encontraba ya hecho; ella  
« no habrá tenido que cerrar vuestros ojos.  
« Privado, padre mio, tanto tiempo de la  
« luz de la tierra, ya los habreis abierto á  
« las claridades que no se apagan.

« Padre mio; fortaleza y sabiduría fue-  
« ron los dotes de vuestro espíritu. Estas  
« dos consejeras os recibieron viniendo al  
« mundo, y han caminado siempre á la  
« orilla de vuestros pasos hasta el sepulcro.  
« Vuestros años han sido otras tantas vuel-  
« tas de un astro que no ha tenido men-  
« guante, que no ha sufrido ningun eclipse,  
« que jamas se ha ofuscado en los torbe-  
« llinos.

« Padre mio, al dar el postrer suspiro,  
« vuestra virtud se exhaló y esparció sus  
« perfumes, como el aroma de nuestras

« selvas, cuando el tiempo ó la tempestad lo  
« derriban sobre la tierra que protegía con  
« su sombra.

« Padre mio , vos os vais ; vuestros hijos  
« se quedan huérfanos ; ¿quien defenderá  
« la justicia ? Padre mio , ya no habláis ;  
« ¿ quien herederá vuestra voz de plata  
« en las cercas de los consejos ? quien irá,  
« como vos , á arrimar su oído á los labios  
« de la prudencia ! ¿ Quien subirá á coger  
« de la luz del cielo para alumbrar á los  
« Náches ! ¿ quien fulminará á la maldad  
« con el rayo de tus palabras !... »

Todo el concurso estaba asombrado de la elocuencia de Otugamiz. El ardoroso mancebo no daba muestras de concluir su discurso. Adario llegó á temer que el dolor que lo hacia elocuente , le arrancase alguna expresion temeraria , y de acuerdo con sus amigos hizo sonar los clamores de la levada del cuerpo. Otugamiz se quedó sin respuesta , ó mas bien la respuesta fueron los gritos de la primer despedida , comenzados en la colina y repetidos tres veces por los inmensos grupos de Indios que llenaban las

avenidas. Ocho Sachems de los mas ancianos, y Adario en medio, salieron para las andas ejecutando la marcha del funeral en que imitaban los movimientos, los unos del leñador que acomete á el árbol, los otros, del cazador que despide la flecha al pájaro, estos del guadañero que va segando los pastos, estotros los del nauchel que apoyado en el aviron hace marchar su piragua. Llegados ante la urna, Adario preguntó á Cháctas: « Hermano, ¿ quereis dormir ?

El trujiman de la tumba le respondió: « Sí, hermano, yo tengo necesidad de reposo. »

Adario le volvió á preguntar: « ¿ Donde quereis acostaros ? »

— « Junto al manantial de la Paz, á la sombra de las olivas plantadas por Uta-lissi » dijo la voz del intérprete.

Entonces, cuatro de los ocho Sachems de la muerte se humillaron cabe los ángulos de las andas: los otros cuatro Sachems las alzaron y las pusieron sobre los hombros de sus hermanos. Estos se levantan, y el idolo de la patria aparece en los aires, saludado

por los gemidos y por los llantos de las turbas arrodilladas. Los haráutes dan luego la señal de la marcha, y el estandarte del Sol se despliega. Una infinidad de banderas ondean detras, cada grupo toma su puesto, se despoja el estrado de las ofrendas, y se colocan estas en parihuelas puestas de flores, llevadas por los jóvenes y las vírgenes. El cuerpo de los ancianos forma dos bandas delante y en derredor del ilustre difunto: arredro forman el duelo sus amigos mas íntimos, su sobrina, Adario, la hija de éste, sus dos sobrinos, las dos matronas de su familia y el malvado Onduré que aun pretendia honrar á Cháctas. El feretro, tirado por los lebreles y entibado por seis guerreros, seguía á su dueño como el carro vacío del que triunfa. El inmenso convoy se dirigió al compas de músicas dolorosas á los tristes boscajes de la muerte.

Alli se celebraron con grande pompa los juegos fúnebres, puesto á la vista el cadáver del sabio en el centro de un gran sarcófago entretegido de temarisco, de cipres y laureles. Los juegos se comenzaron por

una danza alegórica que figuraba el festin de los héroes y el recibo de Cháctas en las florestas de los muertos gloriosos. Despues siguieron certámenes, á la carrera, á la lucha, al salto, y al tiro de arco. Y como Cháctas hubiese amado toda su vida los juegos que hablan al corazon y al espiritu, á los egercicios guerreros se sucedieron romances, cuentos sagrados, resoluciones de enigmas, y diálogos y argumentos de la ciencia salvage tenidos por los Sachems. Lo último fué un certámen de cantos líricos en que se oyeron cosas sublimes. He aquí el sentido de algunos versos que se cantaron en la dulce lengua algonquina :

#### UN MUSICO YAMESEO.

« ; Que es lo que veo en el cuadro de  
 « césped entre las ramas del escaramujo do-  
 « liente ! Medio salido de la tumba cerrada  
 « se eleva un cuerpo como un vapor. Su ca-  
 « beza esta calva, sus ojos se hallan vacios,  
 « su boca no tiene lengua ni labios. Está  
 « mudo y no obstante habla, respira y no

« tiene aliento, se mueve y no tiene vida.  
« ¡ Fantasma, tú eres la nada omnipotente!  
« Permíteme tragar mi saliva, y que dé un  
« suspiro, ántes que deje la luz y me escon-  
« das en tu tiniebla para jamas. »

## UNA MUCHACHA NATCHESA.

« Hermana mia, ¿ has reparado ese ar-  
« royo tan cristalino que se pierde allí bajo?  
« ¡ Que alegre sale á la anchura! ¡ Como  
« trisca y murmura por sus verdes riberas!  
« ¡ Pero que pronto desaparece! De su cuna  
« escondida entre las gayombas, hasta su  
« tumba junto al aliso, hay apenas diez y  
« seis pasos! »

## DOS MOCITAS CHICACHAS.

« Nosotras fuimos á visitar á la jóven  
« Ondalia, porque faltaba ya cuatro dias de  
« venir á las fiestas. Sus mejillas estaban  
« pálidas, sus labios descoloridos. El pare-  
« cer de sus ojos era como dos gotas de la  
« mañana enturbiadas sobre la hoja de una

« azalea. Nosotras la observamos entreabrir  
 « un poco su boca y quedarse con la ca-  
 « beza inclinada. Nuestras madres nos de-  
 « clararon que era aquello morir y que On-  
 « dalia no sentia mas ni el placer ni el dolor.»

### DOS NIÑOS NATCHES.

« A nosotros nos sobra con una cuna  
 « que apenas llega á tres pies : nuestra tum-  
 « ba no es necesario que sea mas larga.  
 « Para traernos á los boscages de los que  
 « duermen , nuestras madres nos bastan.  
 « Los niños caen de los brazos que los ama-  
 « ban , como los botones del azahar que se  
 « llevan los vientos enamorados de su fra-  
 « gancia. No lloreis , dulces madres , de que  
 « la muerte no arrebate en la flor de nues-  
 « tra inocencia.»

### UN JUGLAR DE LOS CRIQUIOS.

« Dos partes han sido hechas de los des-  
 « tinos , una buena , otra mala : el que re-  
 « parte las suertes , las ha puesto en dos ta-

« bas , una blanca, otra negra. Cada hom-  
« bre que viene al mundo toma á ciegas la  
« suya de la mano del Grande Espíritu.  
« ¡ Mas que importa que sea blanca ó sea  
« negra ! Nuestro juego se hace sentados  
« sobre una tumba : que se gane ó se  
« pierda en él , la muerte no deja nunca  
« acabar la partida , y recoge la taba. »

## UN SACHEM DE LOS NATCHES.

« La muerte es un bien para el hombre :  
« los sabios pasan toda la vida en estudiar  
« sus misterios y en contemplar sus encan-  
« tos. Observad ese desgraciado que se re-  
« vuelca en su lecho : sus ojos estan ar-  
« diendo, sus párpados no se abajan para  
« cubrirlos ni de dia ni de noche, todos sus  
« miembros se quejan , la cougoja aprieta  
« su corazon y aprisiona su aliento. Pero  
« ve allí una lágrima y un suspiro , y sus  
« ojos se cierran ya dulcemente, y su cuerpo  
« se alarga sobre la cama. ¿ Quien ha venido  
« á darle socorro ? la muerte. ¿ Desgraciado,  
« donde estan tus dolores ? »

## UN GUERRERO DE LOS YAZUES.

« ¡ O muerte , que bella eres cuando vas  
 « delante de mí en el día de la gloria y me  
 « vengas de mi enemigo ! ¡ O todavía mas  
 « hermosa , cuando puestas todas las cuen-  
 « tas á mis collares , me abres la puerta para  
 « el festin de los bravos en las selvas fron-  
 « dosas donde no se acaba jamas la caza !  
 « ¿ Qué insensato , que infame , él que se  
 « encuentra vencido y le dice al contrario :  
 « Sálvame de la muerte ? Si yo tuviera  
 « que hacer un ruego á mi enemigo triun-  
 « fante , le diria : « ¡ Aprieta , aprieta , sál-  
 « vame de la vida ! »

Mientras cantaba el Yazue se vió llegar el gran sacerdote que tomó aparte á Onduré , y le hablaba , azorado el rostro y la barba temblándole. Onduré parecia como-vido , y se acercó á hablar á Adario y á otros Sachems. El juglar declaró despues que se habian visto señales de desagrado en los sacrificios , que todos los agüeros eran siniestros , que era preciso dejar los juegos y abre-

viar el entierro. Los Salvages obedecieron, se dió el segundo clamor de la despedida, y el convoy partió á la ribera de las Olivas, donde estaba dispuesta la fosa entre los sepuleros de Miscon y de Utalissi. Llegados á aquel umbral doloroso, seis Sachems levantan en peso el venerable cadáver, los braseros de los perfumes arden en torno, Cháctas entra en el postrer lecho, los Sachems presentan el atahud á las cuatro partes del horizonte, suena el grito de la postrer despedida, y el cipres cubre los santos restos de uno de aquellos hombres que los cielos tocados de piedad por la tierra, le envian de tiempo en tiempo para instaurarla, y que enojados tambien otras veces, se los retiran para perderla.

Todo lo demas se hizo precipitado; se descendió el feretro á la huesa; se colocaron dentro á su rededor, primero todas las prendas y alhajas del muerto, despues los presentes del pueblo y los viáticos mortuorios; se tendieron por cima trescientas pieles de alces, se derramaron los bálsamos y las esencias sagradas, y por último los Sa-

chems tomando las palas, cuantos cabian á la orilla del cuadrilongo, pusieron tierra y levantaron el túmulo. El mas viejo de los amigos de Cháctas esparció la semilla de césped sobre la tierra mullida del descanso.

Los Salvajes se dispersaron : los juglares contaban entre la muchedumbre, que el fuego se habia apagado en medio del sacrificio, que los cuchillos se resistian   romper la víctima, que la sangre que habia salido, era negra, viscosa y fétida; que se habian visto moverse sombras en las cortinas de los oráculos, y que se oyeron crujir tres veces los pilares del ara. Todo esto lo explicaban como una muestra del enojo divino por la mocion sediciosa que habia hecho Cháctas contra el hombre escogido del cielo. Mientras tanto se convocaba el consejo secretamente para la noche en las simas del fano de la Diosa guerrera. Todos los que sabian el secreto fueron llamados.

Nadie faltó   la cita. El gefe de los juglares refirió al consejo la desaparicion de las cañas y el encuentro de las serpientes en el nicho del ara. El suceso fué presentado

como un prodigio, fuese ya que el juglar hubiese creído á los sacerdotes del fano, ó bien fuese que pretendiera por este medio disimular al consejo la negligencia que habian tenido en la guardia del templo. « Las  
« cañas, dijo, existian cuando á la media no-  
« che se quemó la segunda; los ministros  
« velaban dos á dos en el fano, las puertas  
« no se han movido, no se han hallado nin-  
« gunas huellas, no se ha visto ninguna  
« muestra, ningún rastro, ningún indicio  
« de que persona humana haya entrado ni  
« tocado al altar. El ruido que hacian las  
« colas de las serpientes cuando los minis-  
« tros renovaban la lámpara á mediodía, les  
« llamó la atención, se acercaron, abrieron y  
« descubrieron esos tres monstruos que vais  
« á ver. Al momento cerraron, y uno de  
« ellos salió á buscarme. Yo no alcanzaba á  
« creer lo que me contaban: ¡hasta donde  
« llegó mi espanto cuando ví por mis pro-  
« pios ojos la realidad! No se podia abrir  
« mucho; los enormes reptiles se lanzaban  
« contra nosotros silbando, y léjos de aman-  
« sarse con los conjuros y los encantos de

« nuestras artes , se ponian mas furiosos. A  
« graves penas, despues de muchos esfuer-  
« zos y á costa de mil peligros , se logró sa-  
« car la compuerta y reemplazarla al ins-  
« tante por una red. De esta suerte nos  
« fué posible enjaularlas : yo he querido  
« que vea el consejo este asombro. » Los  
juglares trajeron entónces un alcahaz con  
doble enrejado donde los monstruos se de-  
batian con un zurrido horroroso. Todo el  
consejo rodea la jaula, y los Salvages sien-  
ten á pesar suyo una impresion pavorosa.  
La magnitud estupenda de las serpientes,  
sus ojos igneos y devorantes , sus escamas  
negruzcas y amarillentas conveliéndose y  
retemblándose de furor , sus giros y sus  
avances desesperados , y el continuo estrid-  
dor de sus colas amenazando , todo esto en  
aquel lugar espantable , á la luz de las teas,  
y con la prevencion y el terror del milagro,  
que por tal lo tenia y se afirmaba cada vez  
mas en tenerlo el gran sacerdote , producia  
una especie de estupor sacro en los Indios.

Onduré mandó retirar las serpientes y  
poner la jaula dentro del nicho. Despues

preguntó al juglar si se habia consultado el oráculo. « Todo está hecho, respondió el sacerdote; las respuestas son muy oscuras; pero no se puede dudar que se exige mas de nosotros, que el plazo de los diez dias que quedaban, no era agradable á la Diosa; que nos estrecha, que nos apremia, y que en lugar de diez cañas nos da tres vívoras. Yo no sabré decir mas. »

— « Y bien, dijo Onduré, no me toca á mi decidir si lo que acaba de suceder es prodigio, ó si es que estamos vendidos ó descubiertos. Yo tambien hablaré muy poco. Si es prodigio, y en lugar de diez cañas nos da la Diosa tres vívoras, sea dentro de tres dias el desastre, Si es traicion, aun es hora, y ántes que nos sorprenda quienquiera que sea el enemigo, demos el golpe, ¡ y ojalá pudiera ser esta noche! Yo no sabria concebir que ninguno de los presentes haya violado sus juramentos y entregado la salud de los Indios; mas si tal cosa pudiera ser, yo abandono á los Dioses mi suerte y el cuidado de castigar el perjurio. No es ya dable volver atras, y en los casos

« críticos, cual es el que se presenta, la re-  
« solución, la osadía, el pecho al agua es  
« quien salva. Yo propongo que se fije el  
« ataque al tercero día, contado desde esta  
« noche, que se envíen mensajeros á las na-  
« ciones vecinas y que corra el aviso de unas  
« en otras anunciándoles el peligro y la nece-  
« sidad de avanzar el plázo. Los Blancos es-  
« tan durmiendo por todas partes: estos  
« días ha salido del fuerte en pequeños des-  
« tacamentos la mitad de su guarnicion or-  
« dinaria; la tranquilidad de los Indios los  
« ha animado á llevar sus tropas á los pun-  
« tos que se disputan entre ellos mismos los  
« bandidos de las naciones de Europa. A  
« nosotros nos sobran fuerzas para comernos  
« toda esa raza impía que tenemos enfrente,  
« ¿qué podría detenernos! Os diré mas:  
« acaban de bajar al castillo treinta piraguas  
« cargadas de todo género de riquezas, que  
« se dirigen á la Nueva Orleans, y se de-  
« tendrán cuatro días para vender y com-  
« prar en las fiestas: ese tesoro os lo ofre-  
« cen los Dioses, si teneis ánimo y os fiaís  
« á su providencia. Yo no tengo mas que

« decir : vosotros sois los valientes del Mes-  
« chacébe y del Ohio , á quienes está dado  
« redimir la tierra sagrada y remozar el fuego  
« perpetuo medio extinguido bajo la mano  
« de los profanos. »

Los Indios aplaudieron casi á una voz la formidable propuesta. En los unos el fanatismo , en los otros el ardor belicoso , en un gran número la codicia y el amor del pillage , y en casi todos el miedo de encontrarse vendidos , tan poderoso y tan alarmante en la muchedumbre , arrastraban los ánimos : Adario , el gefe de los Chicachas , y dos guerreros , el uno de los Yaznes y el otro de los Akansas , acabaron de arrebatár la asamblea con sus discursos quemantes , y la mocion de Onduré fué adoptada entre vivas y aclamaciones que largamente sonaron bajo las bóvedas horrorosas. Otugamiz , sin ningun amigo , solo en aquella cueva de tigres , se consolaba no obstante y decia entre si mismo : « A lo ménos yo he abre-  
« viado los dias de llevar la cadena de es-  
« tos malvados : la cuarta vez que ama-  
« nezca el sol severá mi fortuna , la de

« mi hermana , la de mi amigo , la de toda  
« la tierra. »

Retirado el consejo , Onduré mandó prender y encerrar en las cuevas todos los juglares del Fano. Este hombre que no creia los prodigios , se imaginó que el robo de las gavillas y la introduccion de las tres serpientes, era una intriga urdida con aquellos ministros para retardar la explosion ó impedir la. Sus sospechas cayeron sobre Akansia , que despues del terrible ensueño y de los raros accesos que trastornaron su espiritu el dia anterior , hizo llamar á un juglar del Fano que era Chemen (1) , se encerró con él largo rato y le mandó venirse á la casa para asistirle. Este juglar volvió al Fano para traerse sus medicinas y regresó á la noche muy tarde. Onduré habia observado por la mañana en la muger Gefe cierto aire enfático y misterioso que parecia

(1) Aunque todos los juglares se ocupaban , mas ó ménos , de medicina , eran preferidos los que se llamaban Chemenes , á causa de que hacian una profesion especial de este arte.

encerrar pensamientos ocultos , y el juglar se turbaba cada y cuando que él lo miraba ó le dirigia la palabra. Cavando en esto se fué derecho á visitar á Akansia. Esta le tuvo un recibo seco y no hablaba. Preguntóle Onduré si habia paseado. « ¡ Ojalá no ! » respondió Akansia , porque he salido esta « tarde con mi nuevo Chemen , y he oido « que corren voces de que René venia de « camino , llamado por los Sachems. » Akansia lo observaba , y la ira se comenzaba á asomar á sus ojos. — « Que René venga , es « posible , dijo Onduré ; pero que sea llamado por los Sachems , eso es falso. » — « Plegue á Dios que lo uno y lo otro sea « falso , dijo Akansia reprimiéndose ; los « momentos son críticos y difíciles , y si alguno me vende.... ¡ Infeliz !.... ¡ Infeliz ! « yo haré que suenen las colas de las serpientes ! » La muger Gefe no dijo mas , y se entró á su aposento y cerró la puerta. Onduré salió y se fué á buscar al gran sacerdote y llevó á sus Aluez. Aquella noche se dió tormento de varas á todos los juglares del Fano para obligarlos á confesar la

verdad que ignoraban. Tal es la tiranía, que de una sola expresión equívoca, de un suspiro, de una mirada, de una sombra que pase, forma un proceso, y encuentra en ella la convicción. Akansía no sabía siquiera el suceso de las serpientes, pero su modo de hablar era aquel. Dos de los miserables juglares, los que habían tenido á su cargo la postrera velada, fueron ahorcados y los tiraron al lago: los demás siguieron en las prisiones.

Otugamiz, cuanto salió del consejo, se dió prisa á buscar á su hermana y contóle la arrebatada resolución que se había adoptado. La inocente pareja angélica no sabía si alegrarse ó entristecerse de aquel acuerdo violento. Si á René no le hallaba alguno de los viajeros que habían salido á encontrarle, no cabía duda de que debía llegar justamente en los días fatales. « Si tal sucede, yo soy, decía Otugamiz, quien le ha muerto intentando salvarle.» Pero la devoción de Jaime y Venclao les daba una grande esperanza, y el deseo les hacía mirar como una cosa imposible que dejarán

de hallarle. Todavía , Otugamiz , porque no quedase nada que hacer , se ocupó aquella noche y la noche siguiente , en excavar un asilo secreto en el bosque contiguo á la casa , por si pudiera dar la desgracia de que llegase su amigo en alguna hora peligrosa : trabajando en aquella obra lloraba como si le estuviese abriendo el sepulcro.

René venia entre tanto , y se hallaba en la mitad del camino por tierra. Una piragua estuvo aprestada para venir por el rio ; pero llegó al Maramèg la noticia de que Cháctas bajaba enfermo de la Georgia , y René se propuso entónces salir de nuevo al camino de las montañas por si podia encontrarle y servirle de algun consuelo. No permitió aceptar ningun guia : su viage fué solitario , embebido su espíritu en la esperanza de mejor porvenir , formando y deshaciendo proyectos , y soñando venturas y deseos imposibles de cumplirse en la tierra. Con el ansia de hallar á Cháctas hizo un grande rodeo de dos dias hasta que halló unos Indios que le dijeron que el Sachem de los Náches habria llegado ó estaria ya llegando á su pa-

tria, tal vez cadáver, porque su vejez, y aflicciones cuya causa no era sabida, lo llevaban aprisa al sepulcro. Entónces apretó su camino, y una nube de ideas funestas y de presentimientos aciagos obscureció su esperanza. Sus pasos se extraviaron á fuerza de querer cortar las distancias y buscar los atajos: era ya el tercer dia de aquel desalumbrado viage, y hácia el fin de la tarde, no pudiendo acertar á qué lado debería dirigir su derrota, en medio de llanuras, de rios, de lagos, y de montañas inaccesibles, se reia de sí mismo, y comparaba su vida á aquel desierto vago y desconocido, donde ni sus pies ni sus ojos topaban ninguna senda. Al ponerse el sol se encontró en una gran pradería sin árboles. A un extremo de la llanura donde empezaba una larga quebrada, habia un espino viejo con las ramas llenas de flores tardías, y besóle y llamóle su compañero. El cansancio lo decidió á tomar allí su posada, y al sentarse al pié del arbusto, advirtió sobre el césped un azafate con maiz tostado, y poniendo mas atencion, observó que aquel sitio era la tumba de un

niño. Agradeciendo á la Providencia que le hubiese llamado al festin de un muerto , se comió una parte de los presentes maternos. Hecha esta cena , tendió sus miembros y cogió el sueño al monótono canto del grillo.

Antes que fuese día , ya cercana la aurora , la madre del infante que dormia para siempre , vino á traer nuevos dones y á humedecer con su leche la yerba que cubria aquella cuna de su dolor. La vista de aquel bulto sobre la tumba le causó pavor al principio , pero el amor maternal empujó sus pasos , y viendo aquel jóven blanco dormir sobre el sepulcro del hijo amado , le tuvo por algun Genio propicio. Hincada de rodillas , se estuvo quieta observando y guardándole el sueño. René dormia , la faz vuelta hácia las estrellas , y un brazo echado sobre la frente : á la sombría claridad de aquel llano , su figura ofrecia la idea de alguna cosa arcana y divina. « Este será quiza « el protector de las almas chiquitas é inocentes , decia la India ; el podria hacer « que volviese á mi seno la de mi hijo ; » y

quitándose el velo , lo tenia con las manos suspenso sobre la cabeza del extranjero para apartarle el rocío , y en su corazon le hacia ruegos cuidando no despertarle. René soñaba , y de sus labios salian sonidos , unos confusos , otros claros y articulados , parte en frances , parte en Nácthe. La India se figuró que el que tenia por un Genio contestaba a sus súplicas , y queriendo recoger sus palabras , se acercó mas , y le respondia ó preguntaba á medida que entendia alguna cosa de aquel murmullo.

« ¿ Porqué me has dejado tú ? » pronunció René en Nácthe.

— « ¿ Quien ? preguntó la India.

René no respondió nada.

— « Yo la amo » dijo despues en la misma lengua.

— « ¿ A quien amas ? » dijo la India.

— « Yo amo la muerte, » fué la respuesta en frances.

Luego estuvo René callado algun tiempo, y de repente exclamó en lengua India : « ¿ Es este el cuerpo que yo traia ? » Y

otro momento despues , con la voz mas alta , exclamaba : « ¡Védlos ya á todos , mis « dos Amelias , Celuta , Mila , mi padre « Cháctas , mis dos amigos !... »

Despues de esto dió un gran suspiro , se volvió del lado del corazon y cesó de hablar.

Un insecto que le subia por la frente lo despertó á poco rato , y al ver aquella muger prorumpió en estas voces con alegría : « ¡ Alma hermosa , eres tú ? »

— « Yo soy la madre del niño que tú ca-  
« lientas » dijo la India. A René se le saltaron las lágrimas al salir de su error , y despierto ya enteramente puso las manos en la cabeza de aquella madre , dió los tres gritos del dolor al uso de los Salvages , y díjole estas palabras : « Perdó-  
« name ; yo me he comido una parte del  
« alimento que habias dejado á tu hijo ;  
« pero yo era viagero y tenia hambre.  
« El que tú amas me ha hospedado esta  
« noche. »

— « Tú has hecho bien , contestó la  
« India ; su padre recibe siempre los pe-

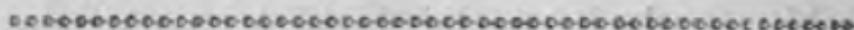
« regrinos. Yo te habia tenido á ti por  
 « un Genio : tú soñabas , y me acerqué á  
 « escuchar tus palabras. »

— « ¡ Palabras !.. ¿ Qué he hablado yo ? »  
 preguntó René.

— « Nada , » dijo la India.

Las estrellas se retiraban. La India ponía sus dones , y René aprovechó la ocasión para preguntarle hácia qué lugar hallaría el camino para los Natches. « Yo he  
 « seguido constantemente , le dijo , á bus-  
 « car la Gran Cordillera , que véla allí ,  
 « á lo que á mi me parece. » — Te enga-  
 « ñabas , dijo la India , no es esa ; tú les  
 « volvías la espalda á los Natches , y si  
 « siguieras esa derrota , no llegarías en  
 « tu vida. » Entónces le dió las señas ,  
 y le mostró las cumbres por cuya falda saldría al camino que iba buscando. ¡ Destino del hombre ! Si René no hubiera encontrado aquella muger , la sierra que engañaba sus pasos , hubiera sido su protectora , y la horrible tragedia se habria cumplido sin su presencia. René se despidió de la India , y á pocas horas reco-

noció el camino del Nátche. Venclao lo habia pasado la tarde ántes y seguia con afan su viage á las Minas.



## LIBRO VIGÉSIMOSEXTO.



Las fiestas de los Natches fueron seguidas , aumentándose á cada instante la concurrencia y el fervor de los juegos en que las tribus salvages de la Luisiana desplegaron un lujo espléndido y una manera de pompa regia. Los Franceses atribuian á la paz general el exceso de aquellas fiestas que los viejos de la colonia no habian visto nunca tan llenas , tan suntuosas y tan bien ordenadas. En medio de aquel bullicio y entre tanta diferencia de pueblos , no habia disputas, ni embriagueces, ni riñas : con los Blancos todos los Indios parecian competirse á quien les rendiria mas obsequio ; no altercaban con ellos cuando vendian ó compraban , sus tiendas mas que á una feria se

asemejaban á un agasajo : se les daba á los Europeos el primer lugar en las mesas , ningun banquete se hacia sin ellos , y los primeros brindis se echaban siempre á los Hijos de la Aurora. Otro hombre de mas estudio y de mas alcances que el comandante del fuerte , hubiera apercibido sus armas y hubiera estado sobre el quienvive á la vista de aquellas muestras tan oficiosas , tan grandes , tan uniformes de amistad y de servidumbre. Pero Chepar no hallaba en aquellas cosas sino un efecto de su política, sostenida por la lealtad y el talento del Salvage de su eleccion : tal era su buena fé y la ilusion de su espíritu , que en medio de su fiereza y su sequedad , ordenó que se diese un festin por la Francia á los gefes y los magnates de las naciones que concurrían á los juegos. El convite fué proyectado para el dia sexto , pero Onduré le rogó que lo difiriese al dia séptimo , « para dejar lugar, « dijo el monstruo, á otra fiesta famosa que « tenían ya dispuesta los cazadores en obsequio de los Franceses ». El crédulo general aceptó y le dió gracias.

Esta fiesta fué una lucha de fieras que se tuvo en el circo, como para cebar el furor de los Indios y ensayarlos para la noche. Onduré apuró su leonera para el horrible espectáculo. Osos y alanos, panteras, gulos, cocodrilos, jaguares, cuanto anidan las selvas de mas feroz y espantoso, alimentó los placeres de aquel dia precursor de exterminios y matanzas humanas. La música de estos juegos eran rugidos y aullidos que estremecian las montañas: muertes, heridas, sangre, destrozo, estrago y carniceria, el recreo de los ojos. A la tarde se sucedieron las mesas, banquete opíparo y el postero que se daba á las víctimas, donde los Europeos ménos ciegos de lo que estaban, debieran haber notado la templanza y la sobriedad que procuraban guardar los guerreros salvages. Al contrario, los labradores de la colonia, los soldados y los feriantes comian sin tasa y bebian sin freno. Onduré se esforzaba por hacer durar el festin hasta puestas de tarde; pero sobrevino una nube y una fuerte tronada, con aguaceros, con piedra, con huracanes, tempestad de equi-

noccio que levantaba en alto las selvas. Fué preciso apartarse , y los Franceses , agradecidos , se despedían convidando á los Indios para el banquete del dia siguiente que tocaba á los Blancos.

Los capitanes salvages , que tenían cada uno instruida y juramentada su gente , citaron á los guerreros para las cuevas del lago donde debían dirigirse en cayendo las sombras , separados unos de otros por distintos caminos , sin hacer ruido. Los Sachems de ordenanza recorrieron las tiendas y las cabañas diciendo : « Los hombres van  
« al sacrificio secreto de la Divinidad tute-  
« lar de los pueblos : las mugeres deberán  
« encerrarse y velar en silencio sin luz hasta  
« la vuelta de los guerreros » Al instante se cerraron las puertas y se apagaron las luces.

Las cavernas de la Diosa guerrera se llenaron bien pronto. A un extremo , en la grande arcada de aquellos brutos peñascos , habia un altar y tres horribles moharrachos de una talla disforme. El de en medio , Manitú de la libertad , sobrepujaba en al-

tura á los otros : en sus faiciones groseramente esculpidas , se percibían las maneras de la independencia absoluta , enemiga de todo yugo de leyes , mal avenida hasta con el freno de la razon natural impuesto á todos los hombres. Las otras dos figuras representaban , la una las carnes rojas levantando la maza , la otra las carnes blancas , figurando el terror y la angustia de muerte en su rostro acardenalado y su cráneo medio deshecho. Una lumbre de huesos ardia delante de los tres simulacros que arrojaba una luz ahumada y un olor penetrante. Mas abajo habia dos barreños llenos de sangre donde los juglares mezclaban venenos diciendo imprecaciones horribles, tomando de aquella mezcla y rociando los ídolos y el altar. A este negro espectáculo se ajuntaba la voz profunda del lago donde habian entrado los vientos de la tormenta , cuyas olas lamian las bóvedas espantosas con horrible fracaso y arrojaban á las orillas sus espumas remurmurando. Esta tempestad subterránea , aquel altar tremebundo , los cantos y la alarida de los juglares alternando con

los bramidos de las trompetas y los redobles de los parches salvages, aquellas palanganas de sangre, aquella hoguera de huesos, tanta gente reunida, tantos brazos armados, tantos rostros atónitos, tantos ojos enfurecidos, toda esta escena en medio de aquellas rocas y de aquellas tinieblas mal alumbradas, ofrecia la imágen del Tártaro.

Preparadas todas las cosas, una procesion de juglares bajó del Fano con las serpientes que se creian milagrosas y con el ídolo colosal de Atahansia. Los furibundos ministros vociferaban todos á un tiempo imitando la voz del tigre, los aullidos del lobo, y los silbos de las culebras. La Diosa fué colocada en la grada mas elevada del altar nefandísimo, y al parecer en aquella altura la horrenda esfigie, uno de los ministros, con los brazos tendidos y con una voz de gigante, exclama: «¿Eres tú, eres tú, «ó Deidad de los agraviados y de los libres, «que vienes á dar la hora á tus servidores «en las alas del huracan? Sí, tú eres, y tu «presencia consagrará nuestra rabia y nues-

« tra virtud. Nosotros te volvemos en sacri-  
« ficio tus tres serpientes por medio de las  
« cuales nos adelantaste los plazos de la ven-  
« ganza y la libertad. Dignate de aceptar  
« nuestros votos y de bendecir nuestras ha-  
« chas. » Todo seguido, los juglares saca-  
ron encadenadas las tres serpientes, las cor-  
taron á trozos y las echaron en el brasero  
de los huesos ardiendo. Despues vaciaron  
la sangre encima. Un humo espeso y un  
olor infernal se esparcieron en las caver-  
nas. Mientras tanto, al fragor de las ar-  
mas y de los pies resonando en cadencia,  
se entonaron á coros los cánticos del asalto  
y la destruccion.

Hácia el fin de los cántos pareció Adario  
sobre una roca, con vestidos nuevos de  
guerra, con el rostro pintado, con los me-  
chones de su corta melena empolvados de  
rojo, en la una mano una tea, y la macána  
en la otra, los ojos llenos de vida y de ju-  
ventud. Hecho un grande silencio, el im-  
placable Sachem arengó de esta suerte á  
los Indios.

« Guerreros : la libertad se levanta, y su

« estrella tanto tiempo empañada y mustia,  
« va á alumbrar otra vez nuestras selvas con  
« sus rayos de oro. ¡Día sagrado, salud!  
« Mi corazon se alegra á tu luz como la en-  
« cina decrepita cuando asoma la prima-  
« vera. Por tí Adario se ha desnudado de  
« sus arambeles de esclavo, y ha lavado su  
« cabellera como los jóvenes. ¡Dulce soplo  
« de vida, Adario va á respirarte y á bajar  
« con honra y vengado á acostarse con sus  
« mayores!

« Dad esos tres puñales. »

Adario echó tres puñales desde la roca.

« Jóvenes valerosos, vuestros Sachems  
« han pactado la libertad de las carnes ro-  
« jas á vuestro nombre en la Roca del Lago,  
« en el consejo general de los pueblos. No-  
« sotros hemos jurado purgar la tierra de  
« nuestros padres, de los osos de allende:  
« el momento es llegado de cazar esas bes-  
« tias rapaces que vomitaron los mares en  
« nuestras costas; el festin de carnicería  
« que los pueblos han decretado, va á cele-  
« brarse. Vosotros no dejareis estas bóvedas  
« sino para marchar de una vez á la liber-

« tad ó á la muerte. Confiad; esta noche  
« será la última de tener que escondernos  
« en las cavernas para hablar la lengua de  
« los hombres.

« Dad el hacha. »

Adario echó á sus pies una hacha teñida en sangre.

Un grito general de alegría y de corage interrumpió un instante al Sachem. Adario hace señal de atender y prosigue :

« Ved pues lo que está previsto y dis-  
« puesto por nuestros padres. Dando paz á  
« sus miembros y soñando nuestras cadenas,  
« nuestros contrarios no sospechan la muerte.  
« En llegando la hora que no está léjos , en  
« quedando tan solo dos pies de agua en la  
« clépsidra , vamos á salir divididos en tres  
« batallas. Yo llevaré á los Náteches entre  
« las sombras á la escalada del fuerte : los  
« Chicachas guiados por el gefe de las bati-  
« das , formarán el segundo cuerpo para em-  
« bestir el village de la colonia : los Yazues  
« y los Criquios mandados por Onduré de  
« primero , y por Otugamiz de segundo ,  
« atacarán las casas y las granjas dispersas.

« Los demas combatientes formarán dos  
« reservas , la una en las alamedas que  
« hacen frente á los baluartes, bajo el mando  
« de Cambanises el Ojeador ; la otra en los  
« Cipresales , á la vista de la colonia , bajo  
« las órdenes de Kalfanto caporal de las guar-  
« dias. Los Aluez formarán patrullas y man-  
« tendrán las líneas de los avisos á las re-  
« servas. Empezado el carnage , no habrá  
« piedad , no servirá que los enemigos se  
« rindan y se ofrezcan á las cadenas , no se  
« admitirá por las vidas ningun rescate , no  
« se hará ninguna excepcion ni de edad ni  
« de sexo : con cuantas carnes blancas en-  
« contraren los ojos ó toparen las manos ,  
« matanza ciega , exterminio , mesa llena á  
« los buitres y á los jaguares !

« Tales son los deberes que nos impone  
« Atahansia , prometiéndonos ir delante y  
« guiar nuestros golpes. La redencion gene-  
« ral que ofrecian los oráculos va á cum-  
« plirse ; los brazos estan alzados por to-  
« das partes : cien naciones unidas á nues-  
« tra causa , no ménos bravas y ansiosas de  
« libertad que nosotros , no ménos oprí-

« midas y exasperadas por esa raza pésima  
« de extranjeros , nos ayudarán á extirpar-  
« la ; y al Oriente , al Ocaso , al Norte y al  
« Mediodía , se calentará largamente , esta  
« luna , el puñal de los ofendidos. Vosotros  
« vereis el fin , y cogereis el fruto de gloria,  
« y empezareis una nueva era de indepen-  
« dencia como los siglos antiguos. Cuanto á  
« mí , la carrera infeliz de mis viejos años  
« será acabada mañana , y á estas horas me  
« habré reunido á los tiernos pedazos de mis  
« entrañas que mis ojos vieron morir sin po-  
« der socorrerlos. Yo no he guardado des-  
« pues mi vida á otro fin que para vengar-  
« los , y en estando bien empapado , bien  
« teñidas mis manos de cruor enemigo ,  
« bajaré con ellos á sus abrazos y á mi des-  
« canso. Yo os recomiendo mi hija. »

Adario dió despues un bramido que atronó la caverna , y arrojó una macána. Una aclamacion general respondió á su discurso.  
« ¡ Viva la libertad ! ¡ Gloria y honor á Ada-  
« rio ! ¡ Muerte á los Blancos ! ¡ Atahansia  
« reina ! ¡ Los hijos vengarán á sus padres y se  
« comerán á los enemigos ! » tal fué la voz de

guerra y asolacion que resonó en aquellos abismos , voz unánime , fervorosa , espantable como los ruidos de los volcanes , cuando se enciende el fuego , y batalla entre los peñascos para hacer la erupcion. Un solo hombre entre tanta gente enfuriada mostró piedad ; Otugamiz subido sobre una roca , pidió licencia de hablar y dirigió estas palabras al inmenso auditorio :

« Guerreros , yo amo mi patria como el  
« que mas , y no habrá nadie entre tanto  
« mundo que me desmienta. Yo estoy tam-  
« bien ligado por juramento al voto de las  
« naciones, y en verdad, aun sin haber con-  
« traído este empeño , á la voz del honor  
« y la libertad yo no hubiera ahorrado  
« nunca mi sangre ni esquivado ningun pe-  
« ligro. Sin embargo , yo os lo declaro : yo  
« juré sin saber lo que se juraba, y á lo que  
« yo no haria jamas de mi aviso , no me  
« podrá obligar un error en que fui cogido  
« como un pájaro descuidado. Yo sé bien  
« que no debo oponerme al comun acuerdo,  
« pero yo no atacaré como un lobo los re-  
« baños dormidos. Si se empeñáre el com-

«bate, yo estaré alerta, y entónces me ve-  
«reis en las filas : he aquí todo lo que hará  
«Otugamiz.

«Todavía hay mas. Se pretende envol-  
«ver en estas venganzas al que adoptó  
«por hijo el primero de los Sachems y el  
«mas justo, al guerrero que hizo sus  
«pruebas defendiendo á Akilisko y po-  
«niendo por él su vida, al amigo jurado de  
«Otugamiz, al marido de mi hermana Ce-  
«luta. Por fortuna está ausente ; mas si lle-  
«ga, os advierto que me mateis á mi án-  
«tes, porque yo mataré á quien lo mate.  
«Estas palabras son para algunos que esta-  
«rán crugiendo los dientes.... á mí tambien  
«me rechinan.... que oigan. Dentro de al-  
«gunas horas no habrá ya mas secreto, yo  
«seré libre, y usaré de mi libertad como  
«quiera. En buena paz soy yo tímido y  
«dulce, mas que la paloma doméstica ;  
«pero si mi enemigo me irrita, soy mas  
«fiero y mas arrojado que el águila calva  
«que se come á los buitres. ¿Onduré, en-  
«tiendes tú?.. No desprecies estos avisos  
«que te da Otugamiz el Simple.»

Otugamiz saltó de la roca y desapareció entre las turbas á manera de un búzano que se precipita en las ondas. Un murmullo tumultuoso de vituperios y aplausos se movió entre los Indios : los unos pedían su muerte , los otros lo levantaban hasta los cielos y defendían su lealtad. Toda la gente jóven alzó su voz en favor de los dos amigos ; pero esta voz fué acallada por los juglares y los Sachems , repitiendo la fábula del hechizo con que suponían que René habia ligado á los hijos de Tabamica y á Cháctas. Sosegados los ánimos , se cantaron y se expusieron por los juglares las profecías del imperio , se consagraron las armas , y se pusieron en las banderas los Manitús de la sangre. Despues , mientras llegaba la hora de salir al estrago , se dió el refresco de la casina con que los guerreros salvages regocijan su corazon , y se animan y se embriagan para el ataque.

Onduré dejó las cavernas poco despues que salió Otugamiz , no que fuese á buscarle ; Otugamiz á sus ojos , era un fatuo que él despreciaba ; pero por sus palabras

se le fijó en la cabeza que no llegando René aquella noche , los dos hermanos , libres ya del secreto , partirian á buscarle y emigrarian á otras tierras. Esta idea le roia el corazon. ¿Qué le importaban los demas triunfos , si se escapaba Celuta á sus ansias? Aun faltaban tres horas para acometer á los Blancos , y le sobraba tiempo para tentar otro crimen que haria cierta su mejor presa. Onduré no vacila y envía un esclavo que reconozca las avenidas de la mansion de Celuta , que se acerque á la casa y que observe si se halla sola la India , ó si Otugamiz la acompaña. Cuando llegó el esclavo vió en la puerta á los dos hermanos , se recató entre los árboles y escuchó estas palabras de Otugamiz : « ¡Sí , tres horas no  
« mas de temer y esperar ! Yo no creo ya  
« que venga esta noche , pero voy á rondar  
« las entradas : tú no faltes de aquí un ins-  
« tante y ten la luz medio muerta : á Dios.» Otugamiz partió , y el esclavo corrió á avisar á su dueño. Onduré le mandó retirarse , se encomendó á los Genios del mal y tomó con priesa el camino para la choza de la afliccion.

A aquella misma hora venia por otro lado Akansía, disfrazada de hombre y acompañada de su juglar. Lo que queria evitar Onduré, lo venia á procurar Akansía. Su objeto era buscar á Celuta y moverla á que al dia siguiente partiera á buscar á su esposo y á establecerse en lugar seguro. A este fin le llevaba un socorro cuantioso y le pensaba ofrecer dos esclavos que la guiasen y acompañáran, dado caso que Otugamiz no pudiera seguirla. Akansía mal segura de la palabra que Onduré le habia puesto de desposarse con ella, y temiendo siempre el efecto de la pasion que inspiraba Celuta á su infiel amante, la queria alejar de los Náches, y quitar la ocasion en aquellos dias, en que Onduré engreído de su poder, y contando á su voz tantos pueblos, no tendria freno en sus pretensiones y sus deseos. Tal era esta muger de pasiones, para la qual no habia luego ni mas espera en concibiendo un designio.

Cuando la madre del Sol empezaba á bajar la cuesta de la colina, Onduré llegaba á la puerta de la muger de René. Esta siu-

tió los pasos, y no teniendo á quien esperar en aquella hora si no que fuera su esposo, salió precipitada al encuentro. Un instante sobró para el desengaño. «Nó, no temas, dijo Onduré, mi venida es de paz; por la postrera vez, dejando todas las cosas, te vengo á proponer la salud de René. Si en efecto le amas, este es el punto de redimirle, yo sé que viene. Decídetes, hermosa jóven sin experiencia, Onduré es quien te habla por tu marido, ten piedad de los dos á un tiempo. No es de mi parte un delito adorarte, ni de la tuya lo podria ser el corresponderme; tú te habrias desquitado de Mila y no mas.» Celuta miraba á dentro donde estaba su hija, sin atreverse á entrar ni á dejarla, sin encontrar sus pies, sin hallar sus palabras.—«Pero las horas corren, siguió Onduré, y no hay tiempo para discursos. Tú te vendrás conmigo; tu peligrosas en este sitio, los guerreros van á esparcirse por estos campos; ¿quien podría defenderte? Tú te estarás con mi madre esta noche en mi misma casa: Onduré te responde de tu marido: toma tu niña.»

A este tiempo llegaba cerca la muger Gefe, y á la oscura luz que arrojaba el hogar, conoció en el perfil de la sombra á Onduré. Al instante tomó un rodeo y se vino á escuchar á un costado de la cabaña. Celuta estaba diciendo : « Tutor del Sol, yo  
« no te creo capaz de venir á violar el hogar  
« desierto de una muger sin defensa : este  
« delito no se conoce entre los Salvages ; la  
« religion y la patria tienen puestos bajo sa-  
« grado nuestros techos domésticos ; nuestras  
« puertas no tienen llaves. »

Onduré con una risa sardónica le responde : « Celuta , esta noche no hay leyes ;  
« á la hora en qué nos hallamos , mi volun-  
« tad gobierna el cielo y la tierra. »

— « Bien que eso sea , replicó Celuta , tú  
« estas á la cabeza de un pueblo , tú te res-  
« petarás á ti mismo.... »

— « Celuta , dijo Onduré ; el amor no co-  
« noce ningun respeto ; yo ardo por tí , y  
« el poder es mio. »

— « Pero Akansia , repuso Celuta , no te  
« ha dado el poder para que la ofendas y á  
« mi me oprimas.... »

— « ¡ Akansía !... Akansía ! contestó, escu-  
« piendo Onduré ; ¿ es qué tú tienes celos , ó  
« que la temes ? Akansía va al sepulcro donde  
« tendrá sus bodas bien pronto. Su hijo la  
« seguirá ; tú podrás ser la reina del Nátche ;  
« yo te prometo hacer nuevas leyes en tu  
« favor, tú podrás tambien dar un Sol á este  
« imperio que ilumine la tierra , tú... » Los  
horribles destinos que amenazaban aquella  
noche á dos pueblos, parecieron titubear un  
instante : ¡ golpe feliz si algun Dios lo hu-  
biera guiado ! Akansía que estaba muy cerca,  
saca un puñal y descarga contra Onduré,  
pero el malvado siente los pasos , da un  
salto y esquiva el golpe. Akansía, en su fu-  
ror, le lanza el puñal al pecho, Onduré lo  
recibe en el brazo , la sangre corre ; mas la  
herida es de una muger enferma y sin fuer-  
zas. Ciega , desatinada , respirando fuego y  
venganza toma abajo las cuevas con el Che-  
men , no se queja , no habla , y Onduré que  
conoce bien el humor violento de su ene-  
miga, rezelándose su desigñio la sigue al lé-  
jos. Akansía no camina para el village, Akan-  
sía va ya entrando en las alamedas del fuerte,

un momento se cree perdido Onduré, otro instante despues, resuelto á todos los crímenes, corre, se precipita tras ella, la muger Gefe da gritos, pero Onduré la alcanza, enarbola el hacha, y del primer golpe la derriba sin vida. El Chemen se arrodilla, y Onduré lo hiende por medio. Luego aprisa desnuda sus víctimas, les desbace la cabeza y el rostro, y desfigura y mutila los cuerpos. « Id ahora, si acaso os conocen, y llevad la noticia á las almas » dijo el atroz Salvage. Despues cogió unos musgos, se curó el brazo, lavó la sangre de su vestido, y mugiendo cual si ya habitára el infierno, apretó sus pasos al Fano.

Celuta á quien el peligro le aumentó aquella noche sus fuerzas, asombrada, temblando, creyendo apenas cuanto habia visto, bendiciendo á la muger Gefe sin sospechar su desdicha, incierta de lo que haria, sin atreverse á perder de vista su casa por si llegaba el esposo, se salió con su niña á los bosquetes del valle, y mudando sin cesar de lugares, sus pasos mismos le ponian miedo. La sufridora Amelia parecia conocer el riesgo

en que se encontraba su madre, y se estaba abrazada á sus hombros sin respirar. Solo le pedia agua; Celuta no tenia sino lágrimas que ofrecerle.

Mientras tanto volaba el tiempo; el reloj del castillo sonó las once de aquella noche espantosa, « ¡ Algunas horas mas, decia Celuta en sí misma, y René no se hallará en la catástrofe. Nó, él no vendrá; ¡ como sería posible tan tarde, con esta oscuridad, con los rios que van llenos, con los cielos amenazando! ¿ Y ademas, no le habria encontrado ninguno de los amigos que han corrido en su busca? No estan tambien rondando mi hermano y el de Venclao? ¿ Y cuando nadie diera con él, podria venir la desgracia tan cabal, tan á punto, tan obligada, que René no llegase sino en la noche misma y á la hora justa de los desastres? » De esta suerte rodaban sus pensamientos contando los minutos del tiempo por los latidos del corazon, cuando vió blanquear una especie de sombra que bajaba precipitada por la colina, que caminaba derecha hácia la cabaña, que

corre y penetra adentro, y un instante despues aparece en la puerta y se está parada. « Celuta, Celuta » dice una voz conocida, una voz que ella ama, una voz imposible. La voz era de Mila. « Celuta, Celuta » clama otra vez la voz con mas fuerza, ya no puede dudar que es la voz de su amiga, y entre el miedo, la incertidumbre, la religion, la esperanza, se resuelve á subir y á explorar aquel género de prodigio. Mientras ella subia, se habia entrado otra vez la sombra en la casa; Celuta se aproxima á la puerta con gran recato, y he allí á Mila junto al hogar, desgñada, pálida, enflaquecida, cubierta de arambeles, cual si acabára en aquel instante de salir del sepulcro, y no obstante, graciosa y bella. « Sombra de mi « hermana, dice Celuta desde el umbral, « ¿has venido á buscarme? ¿ha llegado la « hora? ¿has salido á darme tu amparo? »

— « Yo no soy sombra, respondió Mila, « véme aquí viva á pesar de los malos; ¿tu « Milica, Celuta mia! » y riyendo y llo-  
rando á un tiempo, se precipita en sus brazos. Las dos hermanas mezclan sus llantos y

confunden sus almas. Mila le dijo rápidamente :

« Aquella triste mañana cuando partí tras  
« de Otugamiz , creyendo seguir sus pasos,  
« me enfrasqué en las moedas de la Diosa  
« malvada , me senté á descansar y á  
« observar los caminos en una altura , y al  
« bajar despues una senda estrecha , me aco-  
« metió una manga de Aluez , me tiraron al  
« suelo , me ataron de pies y manos , y me  
« encerraron en una cueva donde he pa-  
« sado... ¡ va y que penas , Celuta mia !....  
« pero al caso ; tú lo ves , me he escapado.  
« Yo no sé que tenian esta noche mis car-  
« celeros , unos venian , otros iban , se sen-  
« tia pasar gente armada ; yo estaba muy  
« rezelosa si vendrian á matarme , y un mo-  
« mento , trepando los precipicios de la ca-  
« verna , me asomé á la abertura , ví á mis  
« guardianes un poco léjos , arranqué de so-  
« leta , y en las nubes hubiera sido mas fá-  
« cil coger un pájaro que atraparme. Yo  
« pienso que no me han visto , ellos creerán  
« que yo duermo ; mas , al fin , en hallando  
« vacía la huronera , lo primero de todo

« vendrán aquí, y es preciso que yo me  
« vaya.... Pronto, ¿qué hay de René?  
« ¿donde está mi marido? Si René no ha  
« llegado, yo me voy á buscarle. Yo he per-  
« dido la cuenta de los dias de la luna, pero  
« cierto, aun nos queda tiempo para bregar  
« con la suerte.... »

«Nó, amada mia, tú no sabes, dijo Celuta,  
« todo se ha anticipado, la hora de los de-  
« sastres es la primera que va á sonar, cada  
« instante que va viniendo pertenece á la  
« muerte, esa gente que tú sentias que pa-  
« saba, eran sin duda las tropas que cami-  
« nan á la matanza. Por fortuna hasta de  
« presente no ha llegado mi esposo, y me  
« parece á mí que su estrella no ha de ser  
« tan adversa que lo traiga á los Natches á  
« la hora horada de las desgracias. » Celuta  
siguió contándole de corrida cuanto habia  
pasado en su ausencia hasta aquella noche,  
y los medios que se habian puesto para im-  
pedir que René viniese. « A mas de esto,  
« le dijo, Otugamiz y un hermano del ge-  
« neroso Ilines que ha venido á salvarnos,  
« se hallan rondando en las avenidas de los

« caminos, y por si acaso René llegára sin que  
 « el uno ni el otro diesen con él , me he que-  
 « dado aquí de reserva, porque en tal caso el  
 « alma de mi alma se vendria derecho á su  
 « nido , y le tenemos puesto aquí cerca un  
 « asilo donde ampararlo. Es imposible hacer  
 « mas ; yo tengo mucha esperanza.... pero  
 « mira.... mira el relox de arena... los pos-  
 « trimeros granos estan cayendo.... el mi-  
 « nuto fatidico va á caer en la eternidad!...  
 « Mila mia , ¿ que harás tú ! ¿ quieres que  
 « yo te esconda en el mismo sitio que está  
 « dispuesto para René? »

— « ¡ Esconderme ! replicó Mila ; ¿ tan  
 « pronto se te ha olvidado nuestra amistad,  
 « lo que pueden mis pies de liebre , y lo fe-  
 « liz que soy para hallar á René? Por lo  
 « que tú me has dicho, yo creeria ya impo-  
 « sible que él llegue ahora , pero tenemos  
 « tanta experiencia de su desgracia!... Nó,  
 « yo me voy, la noche está bien oscura , yo  
 « me pondré mi disfraz de caza , yo buscaré  
 « á Otugamiz y le diré que se venga y que  
 « te acompañe , tú necesitas quien te proteja,  
 « yo andaré las enercucijadas , yo daré vuel-

«tas por todas partes.... de un momento  
«puede pender la salud de tu esposo.... por  
«mi no tengas miedo.... yo sabré liber-  
«tarme de esos traidores.... ¡malvados!....  
«tú no quisiste en tiempo que yo avisára á  
«Chepar... la venganza hubiera caido sobre  
«Onduré, nada mas, y á estas horas no  
«nos veríamos!... tú invocabas la patria...  
«¡oh! ¡pobre patria!... La maldad que va  
«á cometerse nos traerá el exterminio...  
«pero ya no tiene remedio; salgamos como  
«se pueda de este naufragio....» Mientras  
decía estas cosas, se acomodó un vestidillo  
de cazadora, se puso un capillejo de Ota-  
gamiz y cogió un puñal. «Ten valor, le  
«dijo á su hermana, toma un hacha y si  
«vuelve la bestia, no te detengas, rómpele  
«la cabeza.»

Mila partió como un rayo. Celuta se quedó en la cabaña: poco tiempo despues el reloj del castillo sonó las doce.

René contó la hora, no muy distante de su hogar deseado. ¡Quien puede rechazar los decretos de su destino! Su viage fué próspero; solo que aquella tarde le cogió la

tronada ántes de que pasára el Rio Sucio , especie de rambla seca que recoge la lluvia de diez montañas , y no arrastra sino tarquines de una arcilla crasienta , imposible de vadear cuando sale. Este arroyo camina al Este , y René con el ansia de acabar su jornada , torció á Poniente á buscar los acantilados del Meschacébe y seguir la ribera. Otras veces René gustaba de dormir en las selvas y lo afligia la compañía ; aquel día soñaba despierto el recibo de su familia y los abrazos y los coloquios de la amistad y el amor : á la noche pasó por delante de la Cueva de las Reliquias donde se solia deleitar con los muertos ; esta vez la miró con espanto. A cada paso que daba , cuando tomó la senda que guia á los Natches , le parecia que entraba en su alma un rayo mas de consuelo : no sentia mas dolor que el de haber amargado , por el exceso de sus pesares involuntarios , la vida de la muger inhallable que él habia hallado por compañera. ¡ Qué de propósitos nuevos , qué de sueños y desvarios , qué de castillos aéreos de un porvenir encantado se formaba en su fanta-

sía! ; Como iba ya á querer , y á pagar tantas deudas de un amor que tardára tanto en saber apreciar y corresponderlo ! ; Como iba ya en pocas horas á acariciar en su seno aquella pobre hija , que viniendo á la luz del mundo , la recibió con horror ! Tales eran sus pensamientos, sus deseos, sus afectos ; tal la mejoría que hallaba aquel hombre en su corazón , como la mejoría de la muerte que experimentan muchos enfermos ántes de venir la agonía.

René llegó ya tarde á las márgenes del riachuelo vecino de su morada , y las aguas que habian crecido , parecian ponerle una nueva barrera y quererlo apartar. El infeliz no pudo esguazarlo hasta que aflojó la avenida , y perdió otras dos horas de aquella noche en que cada minuto era un siglo para salvarse. Cuando tomó la cuesta , se le acercó en las tinieblas un hombre que pareció observarle un momento , no le habló nada , y siguió el valle abajo. René no hizo aprehension de este encuentro ; en la paz y la sanidad de su alma ¿ qué tenia que temer de los Nátches ? Como un tiro de

flecha se hallaba ya de su casa ; estaba abierta la puerta , y á la ténue luz que salia por ella , se dibujaba su área sobre la oscuridad de los céspedes. Su alma sintió de lleno todo el encanto del peregrino que distingue los muros de su cariño y de su descanso. Al ver su casa abierta tan tarde , infirió que su carta la habria entregado el fiel Jaime , y que su esposa velaba aguardándole. El corazon le batia como un reloj disparado , da algunos pasos mas , y descubre la sombra amada ; se aproxima sin hacer ruido , y la vé que está de rodillas , la cabeza inclinada sobre su seno , con las manos cruzadas , levantados los brazos , en la actitud de una súplica fervorosa. Una luz falleciendo , con la pavesa alargada , esclarecia tristemente la solitaria cabaña ; la cuna de su Amelia pendia de una vigueta tallada ; el lecho del amor estaba recogido y cubierto.

René , quieto junto al umbral , contemplaba en silencio aquel espectáculo enterreciente , aquella imágen de la virtud , escondida en los bosques. René no puede

dudar que es por él por quien ruega aquel alma celeste ; su gratitud y su amor se exaltan hasta el delirio ; sus ojos, que los creía ya agotados , derraman un torrente de lágrimas deliciosas, y no bastando ya á contenerse mas tiempo, corre á alzarla del suelo á sus brazos. « Celuta, Celuta mia, « véme aquí ! exclama el gentil Europeo, « los cielos te han escuchado.... yo soy... ve « aquí á tu esposo que te idolatra, que ha « guardado por tí la vida, que te la viene á « ofrecer para siempre, que te pide otra vez « á boca que le perdones los dolores que te « ha causado.... » y la estrechaba contra su pecho, y sus lágrimas la inundaban. —

Celuta se debatía entre los brazos del esposo adorado ; el amor, el terror, la desesperacion cierran un momento sus labios, luego da un grito agudo, y levantando sus ojos, clama : « ¡Espíritus tutelares, sal- « vadle, escondedle en vuestras moradas ! » — « Celuta, tú estas soñando, dice René, « despierta, ¿ qué es lo que tienes !... sosie- « gate... ¿ no soy yo?... si temes alguna cosa, « ¿ no estoy yo aquí para protegerte ? »

— « Es menester huir, no preguntes, « decia Celuta, ven conmigo, ven á salvarte.... »

— « ¡Pero yo no veo nada que te deba turbar de esa suerte ! » replicaba René.

— Celuta batiendo un pié contra el suelo clamaba con mayor fuerza : « Es menester « huir.... tú eres muerto.... toma, toma « esa capa de Otugamiz, liate en la cabeza « este velo, huyamos, ¡ vivo ! vamos al bosque.... »

— « Pero, Celuta, al ménos explicate, « le decia René ; ¡ qué género de peligro es « este que yo no alcanzo !... »

— « Tú no lo alcanzas, le respondia des- « haciéndose ; ¡ como podrias tu saberlo!.... « pero yo no puedo decírtelo.... hay un se- « creto.... »

— « ¡ Un secreto ! » exclamó René.

— « ¡ Nó, yo no te lo he dicho ! clamó Celuta ; tú lo sabrás... No pierdas tú, amigo « mio, estos momentos de que pende esa vida « que tú me ofreces.... mira que te van á « matar !... » Celuta se echa á los pies de René, y por el amor de su hija le pide que

se resuelva á salir , que se vaya con ella :  
« ¡ Algunas horas no mas !... hasta que raye  
« la aurora , le dice ; Otugamiz vendrá , tú  
« sabrás de su boca cuando sea tiempo el  
« horrible misterio.... »

— « ¿ Son todavía los Franceses ? » dijo René.

— « ¡ Oh , los Franceses ! clamó Celuta  
« con un acento que revelaba casi el secreto ;  
« ¡ los Franceses ! ¡ pluguiera á Dios que así  
« fuera ! Ellos tuvieron misericordia de tí  
« y de mí ; ténla tú de tu esposa ahora.  
« René , la muerte vuela esta noche , no  
« quieras tú saber mas , ven , huyamos... »

— « Yo no acostumbro huir , tú lo sabes ,  
« dijo René , pero tú estás ardiendo ; yo  
« creo que es un delirio de fiebre lo que tú  
« tienes ; si esto puede calmarte , vamos á  
« donde quieras , pero toma á tu hija.... »

— « ¿ Mi hija ?... yo volveré , respondió  
« Celuta ; donde vamos está muy cerca....  
« salgamos , esposo mio , no perdamos estos  
« momentos irreparables ! »

El silencio reinaba afuera , los dos esposos van á salir , René se amaga un poco

para pasar bajo el dintel de su puerta, súbito suena ruido de armas, brilla un hacha y penetra en la frente del Europeo, como la segur en la cima de un roble, como el hierro de un Bárbaro que mutila una estatua antigua, imágen de un Dios, obra grande del arte. René cae en su cabaña sin vida. Celuta cae tambien, cual si el rayo la hubiese herido, abrazada con el esposo infeliz.

Onduré manda á sus cómplices alejarse, pasa adentro, cierra la puerta, aproxima la luz y la despabila, se recrea entre sus victimas, y se rie á carcajadas con una risa tan espantosa que no hay nombre para expresarla. El inhumano Salvage pasea sus ojos sobre el cadáver de su rival, y aun no saciada su rabia, le abre el pecho con un machete, profundiza hasta el corazon, y con los dientes se ayuda á despedazarlo. Tinto así del cruor inocente, y cebada su cruel lujuria con el horror del carnage, suelta las vestiduras del ángel de las virtudes que yacia medio exánime, tararéa himnos nupciales, y consuma todos los crímenes.

Luego apaga la luz, sale afuera, amarra la puerta, y ávido de mas sangre, dando aullidos de gozo, parte precipitado á seguir los estragos.

¡Feliz mil veces Celuta si se hubieran cerrado sus ojos para jamas! Pero Dios no lo quiso. La mísera vuelve en sí poco tiempo despues de haber salido el atroz Salvage. Su razon no estaba cabal: su memoria no conservaba sino la especie de alguna cosa muy grande, muy espantosa que habia ocurrido. Celuta se incorpora y se afirma sobre su asiento, sacude su cabeza, y trabaja por ajuntar sus ideas: sus ojos vagan en las tinieblas: á sus oidos no suena sino el triste gañido del perro que René amaba. En la opresion de su espíritu, prueba á hablar y á dar gritos, pero su voz está ahogada, sus fauces secas, y su lengua impedida. Poco despues le parece que vé á su madre; la figura de Tabamica se representa en su fantasía de una manera asombrosa. Los pechos que habia mamado, no existian mas; los labios se le habian retirado, y aparecian los dientes desnudos; estaba sin nariz y sin ojos, y

ofrecia la actitud como de querer apretar y contener con sus manos las entrañas que no tenia. Celuta quiere andar y acercarse á su madre, se levanta, tropieza, cae de rodillas, y anda á gatas por la cabaña hácia todas partes: sus vestidos desanudados van arrastrando con ella por los charcos de sangre, y lo primero que topa en la oscuridad es el cuerpo de su marido, tiente, ve que está blando, cree que es un lecho y se sienta encima: allí se encuentra bien y descansa.

Mila llegó á este tiempo, empujó la puerta, la halló sujeta, se imaginó que su amiga se habria encerrado, y á voz baja por las rendijas la comienza á llamar: « Celuta, hermana mia, ¿ estás tú ahí? »

Celuta, como quien sale de un sueño, medio reconoce la voz y responde: « Si, es « toy aquí. »

— « No ha venido.... » ¿ es verdad? dijo Mila.

— « ¿ Quien? » preguntó Celuta. — « René; tú estás tonta ó dormida » respondió Mila.

— « ¿René? » dijo Celuta, yo no le he visto.

— « Ni yo he podido encontrarle, dijo « Mila siempre á voz baja: René no viene, « René se salva. » Celuta no dió ninguna respuesta.—« ¿Y porqué estás sin luz? » siguió Mila. Celuta le respondió que no sabía porque se hallaba sin luz.

— « ¡Pero qué sonido tiene tu voz tan « extraordinario! le decia Mila; ¿estás mala? « ¿ha sucedido aquí alguna cosa? Levántate, ven á abrir. »

— « Yo no puedo.... abre tú » respondió Celuta.

Mila vió que la puerta se hallaba atada por fuera. « ¡Gran Michabú, que es esto! « ¡quien la tiene encerrada! » y sacando el puñal corta las ataduras, abre, pasa el umbral, y el olor que hay allí la trastorna, y sus pies se pegan al suelo. « Celuta, dame « la mano; exclamaba, yo me siento morir.... ¿donde estás! »

— « Aquí, dijo Celuta, mira no me hagas mal.... no me mates... »

— « ¡Que no te mate me dices tú! ex-

« clamó Mila : ¿ te han amenazado los ma-  
« los de darte muerte ? ¿ han venido los ase-  
« sinos ? ¿ qué es lo que aquí ha pasado esta  
« noche ?... Celuta , habla.... »

Celuta no contestaba. Mila soltó á llorar y comenzó á andar á tientas por la cabaña, cuando movida la puerta , siente entrar alguien y oye la voz de su esposo que llamaba á Celuta. « ¡ Dios sea alabado ! exclamó en-  
« tónces Mila ; ya tenemos aquí á Otuga-  
« miz , ya tenemos quien nos proteja. »

Otugamiz se sobrecogió , y llamando á su hermana con mas ahinco , le preguntaba si no era aquella la voz de Mila. Celuta no decia nada , pero Mila le grita : « Si , yo  
« soy , yo estoy viva , no tengas miedo... »

— « ¡ Viva !... no puede ser , replicó  
« Otugamiz ; ¿ has venido tú de las Sombras  
« á salvar á René ? »

Mila corre palpando á abrazarle , Otugamiz retrocede de espanto , pero ella coge su mano y le dice : « Tienta aquí , mira  
« mi corazon como bate ; yo no soy un es-  
« pectro , yo he estado presa y me he es-  
« capado esta noche. »

Otugamiz con la mano puesta sobre el corazon de su esposa, le dice : « ¡ Si... esto « es como la vida, pero yo sé que estás « muerta! Yo te habia llamado esta noche, « no una sola vez, sino muchas. »

— « Yo tambien te he buscado, le dijo « Mila, y no he podido encontrarte; yo « acabo de llegar, la puerta estaba atada « por fuera, sin duda, de una mano enemi- « ga; Celuta se halla ahí como aterrecida, « y no se mueve ni responde á derechas; « yo estoy temblando en estas tinieblas; ¿no « sientes tú alguna cosa que hace levan- « tarse el cabello sobre la frente? »

— « Si, dijo Otugamiz, yo estoy aquí « respirando un campo de guerra.... yo « siento sangre bajo mis pies!... »

— « ¡ Sangre! ¡ Ay que horror! ¡ Ay Ce- « luta! clamaba Mila; pronto, Otugamiz, « ve y enciende.... »

Otugamiz se va derecho al hogar, da con un haz de musgos, los extiende sobre la leña apagada, busca y halla los pedernales, los bate aprisa, saltan las chispas, y de repente sube la llama. Mila, Otugamiz

y Celuta, los tres á un tiempo, dan un grito horroroso. La cabaña inundada de sangre, algunos muebles volcados en los momentos de la agonía de René, los animales domésticos refugiados sobre las mesas y en los vasares, Celuta sentada encima de su marido despedazado, sangrienta, medio desnuda, con la huella de los dos crímenes que habrían hecho retroceder el astro del día en medio de su carrera; Mila de pié derecho con los ojos salidos de sus asientos, Otugamiz con la frente surcada, la boca abierta, desplomados los brazos, tal era el cuadro que ofrecía aquella casa inocente á quien los juicios inescrutables del cielo le rehusaron su amparo y su providencia.

Mila rompe la primera el silencio, se precipita sobre el cadáver; se abraza de él, y besando aquel rostro desfigurado, exclama: « ¡Ya lo lograron, librador mío, « Ya lo lograron tus enemigos!... ¡Ya está  
« cumplido y solemnizado el deber sacratí-  
« simo de la patria!.... ¡Ya está servido On-  
« duré!... Ruines amigos, corazones cobar-  
« des, vosotros se lo habeis entregado, vo-

«sotros le habeis dejado morir , por vues-  
«tras indignas sospechas, por vuestras ne-  
«cias perplejidades. Felicítate , Otugamiz ,  
«de haber guardado el secreto, pero rea-  
«nima ahora este corazon destrozado que  
«palpitaba por tí de amistad. Ve tú ahora  
«á los Ilineses ó á la Nueva Orleans á con-  
«tarles lo que tú has hecho de este amigo  
«que tú librabas. ¡ Oh ! tú eres un sublime  
«guerrero ! Yo reconozco toda tu gloria , tu  
«prudencia eminente , tu virtud exquisita,  
«tú mereces un baston de Sachem ; pero  
«no te acerques jamas á mí ; yo preferiria  
«á tus abrazos los abrazos del monstruo  
«que has acatado, cuya obra tienes delante.»

La desesperacion quitaba su juicio á la jóven India. Otugamiz la escuchaba inmóvil , mudo , pero escrito el dolor en su rostro como en la lápida de un sepulcro. Mas como Mila siguiese sus improprios y sus apóstrofes sin dejar el cadáver , el afligido Salvage de repente se exalta y le grita :  
« ¡ Fuera de aquí , fantasma execrable ! ¡ Lé-  
«jos de aquí , sombra hambria que has ve-  
«nido á devorar á mi amigo? »

— ¿Tu amigo! dijo Mila; ¿es posible!  
« ¿aun te atreves á darle ese nombre! ¿No  
« deberias tú mas bien, como esta muger  
« sin amor que ahora yace aqui desmayada,  
« no deberias pedirle á la tierra que te tra-  
« gase? Tú no encuentras mejor salida que  
« suponer que me tienes por un fantasma...  
« nó, yo existo por mi desgracia... ¿ojalá  
« me hubieran matado! ¿qué podré yo es-  
« perar de un hombre que ha estado libre,  
« y no ha corrido á salvar su amigo con una  
« sola palabra dicha al oido! ¿quien te ha  
« hecho á tí creer que te obligaba un se-  
« creto inicuo á ser parte de una traicion  
« horrorosa! ¿No habia tierras adonde huir?  
« Cháctas amaba tambien la patria, pero  
« amaba mas la virtud. ¿Qué has hecho de  
« sus lecciones? ¿Mira su hijo!... »

Mientras Mila decia estas cosas, Celuta abre los ojos y está escuchando: sus ideas se desenmarañan, todos los recuerdos de sus desgracias se aclaran, toda su vida le vuelve con su dolor, y levantándose de repente y poniéndose de rodillas junto á su hermana, le dice con una voz profundísima: « Eso

« que estas hablando es verdad... nosotros,  
« nosotros, nosotros, nosotros, mi hermano  
« y yo, lo hemos muerto; nadie tenia obliga-  
« cion de salvarle sino nosotros, y nosotros  
« habemos sido sus asesinos.... ¡yo mas que  
« nadie! Yo te impedí, aquella noche, que  
« lo salvarás y que quizá salváras tambien  
« la patria denunciando á Chepar, no tu  
« pueblo, sino los monstruos que lo arras-  
« traban á la maldad.... -Eso si nos hubiera  
« valido, y no el haber robado las cañas, y  
« complicar los errores y acelerar los desas-  
« tres!... ¡Quien me hubiera á mí dicho  
« que cuando yo quemaba la gavilla fatal,  
« estaba yo sirviendo á la muerte y reglando  
« los dias, las horas y los instantes de los  
« destinos contra el hombre inculpable que  
« se daba prisa á venir á mis brazos!...»  
Una avenida copiosa de lágrimas descargó  
entónces por un momento su corazon, y en  
una clara de la tormenta que lo agitaba,  
dirigiendo su voz al sangriento cadáver, le  
habla: « Tú me pedias perdon, esposo ado-  
« rado, tú me pedias perdon esta noche de  
« tus desgracias, porque tú no has tenido

« mas culpa que te perdonen que tus ino-  
« centes pesares ; ¿ quien podrá perdonar á  
« tu viuda desafortunada !.... Yo te quisiera  
« haber dicho ántes que hubieras muerto ,  
« que mi alma te amaba como á Dios mismo ,  
« que tu carta no habia entibiado mi cora-  
« zon , que yo te reverenciaba y te apetecia  
« como á la luz del sol que nace por la ma-  
« ñana , que jamas te creí culpado , que te  
« juzgaba tan puro , tan inocente como el  
« niño que aun no ha hecho mas en el  
« mundo que sonreír á su madre !... Si yo  
« te hubiera dicho estas cosas , mi dolor no  
« seria tan grande ; tú me habrias perdo-  
« nado tambien la fatalidad y el rigor de mi  
« suerte.... perdóname tú , Mila mia , en  
« nombre suyo.... no aborrezcas á esta in-  
« feliz !.... » Y las dos amigas se tienden los  
brazos la una á la otra , y gemian , los ros-  
tros pegados , sin verse el fin de aquel  
llanto del amor y de la amistad.

Otugamiz se arrodilla tambien allí junto ,  
y acercándose con respeto al doloroso ca-  
dáver , habla y le dice : « Mi muger y mi  
« hermana lo afirman , y no se engañan , y

« yo lo creo como ellas, que no eras tú  
« culpable.... yo lo soy mucho, y si tú me  
« ves y me entiendes, y andas aquí ro-  
« dando, sombra querida, tú comprende-  
« rás mi afliccion. Yo lo habia confesado  
« ya muchas veces que yo no amaba, que era  
« yo un mal amigo, que me obligarian á  
« matarte!.... Sin embargo yo habia salido  
« del subterráneo del lago por socorrerte,  
« yo habia corrido por todas partes; los  
« guerreros que me afirmaban que te habian  
« visto me han engañado; yo soy simple y  
« me engañan siempre.... Tú has muerto  
« solo, yo moriré tambien, pero ántes....  
« se necesitan dos cosas; la primera de to-  
« das, que tu muerte quede vengada; la  
« segunda, que yo defienda mi patria si se  
« hallare estos dias en peligro. Despues yo  
« iré á buscarte, y te haré mas explicacio-  
« nes de mi conducta en el pais de las  
« almas.»

Cuando acabó Otugamiz esta triste aren-  
ga, Celuta hablaba á Mila con gran vehe-  
mencia, y apretando sus dos hijares, decia:  
« Yo no lo puedo dudar, yo me acuerdo de

« algo , la muerte me ha hecho violencia!.. »  
Mila adivina lo que Celuta quiere decirle y dá un grito. Otugamiz asombrado pregunta qué ha sucedido , si hay mas desgracias :  
« ¡ Tú no comprendes ! le dijo Mila ; el es-  
« pectáculo de tu amigo despedazado , aun  
« es ménos que lo que cuenta esta muger  
« desdichada. « ¡ Ni aun su honor , ni aun  
« su virtud , ni aun su orgullo han podido  
« salvarse ! » En aquel momento , una especie de furor cerebral se apodera de la muger de René , el sudor corre á rios por su frente , la convulsion agita sus miembros , el delirio acrece sus fuerzas , se levanta , corre por la cabaña , se tunde el pecho con golpes desesperados , quiere ahogarse , y se aprieta las fauces , y se tapa el aliento , se tira contra los muros , se rueda por la cabaña , y da bramidos como una osa atacada de rabia. Otugamiz y Mila no bastaban á contenerla , y en medio de aquel conflicto , la pobrecita Amelia que habia dormido en su cuna desde la media noche sin sentir el estrago , la triste huérfana , la desventurada meztiza de carne roja y de carne blanca ,

heredada solo en lágrimas y en trabajos , despertó á aquel estrépito , y aumentaba la confusion y el horror con sus gritos. Por fortuna llegaron en aquel trance seis Indias, primas y tias de Celuta , que imaginando la angustia y el sobresalto que estaria padeciendo en su soledad , y aseguradas por algunos Salvages de que René no habia parecido , se animaron á venir á traerle las buenas nuevas y á darle sus parabienes. Estas mugeres multiplicaban los llantos de la espantosa cabaña , pero sirvieron de mucho para sujetar á Celuta y conservarle la vida algun tiempo. El furor del delirio paró despues en un sincope que se asemejaba á la muerte. Mila al fin cayó tambien desmayada. En aquella apretura , mientras las socorrian y preparaban una camilla para sacarlas de aquel lugar doloroso , ¡ otro nuevo pavor ! La campana del fuerte suena á rebato y retumban los estampidos de los cañones. Otugamiz se levanta precipitado , abandona la muger y la hermana , coge las armas , y á sus parientas les dice : « ¡ Se ba-  
« ten ! Yo le debo mi sangre á la patria por

« mas injusta que sea. En vuestras manos  
« se queda mi pobre hermana y esa muger  
« que se ha vuelto al mundo á la hora de  
« los desastres : llevadlas á la casa que fué  
« de Cháctas con su sobrina. Al cadáver no  
« le toqueis. » Otugamiz tomó el camino  
del fuerte. Aquellas buenas mugeres se  
dieron arte para llevarse á las dos infelices  
hermanas , y recogieron la niña. El cuerpo  
de René lo dejaron en la cabaña y eutor-  
naron la puerta. El dia comenzaba ya á  
clarear.

Todos los colonos perecieron aquella no-  
che en los Nátches , toda la guarnicion fué  
pasada á cuchillo : como por un milagro se  
pudieron escapar en las barcas diez y siete  
Franceses. Los Salvages escalaron el fuerte  
al favor de las sombras ; casi todos los cen-  
tinelas estaban ebrios , y á la primera voz  
que sonó de alarma , ya ocupaban los In-  
dios los baluartes , la plaza de armas y las  
puertas de las casernas. Los Negros eran  
sus conductores y ayudaban á la matanza  
con toda el ira de la esclavitud desatada.  
Chepar cayó bajó la maza de Adario , que

resuelto á morir no conocia ningun riesgo : toda el ansia del Indio era hallar á Febriano , logró encontrarle , le aplastó el cráneo , le cortó la mano derecha , y se la fué comiendo por el camino mientras corria á otros destrozos. Una casa particular fué la única que hizo resistencia á los Indios á todo extremo. Adario que mandaba el ataque murió asaltándola. Los tiros de cañon que sonaron y el rebato de la campana , fueron demostraciones y alarde que hacian los Bárbaros de su triunfo horroroso.

Otugamiz , cuanto vió que la patria no necesitaba su brazo , se volvió á la cabaña de su dolor. Allí se estuvo sentado un gran rato en silencio , pensando , junto á su amigo. Despues se dió á mirar en la herida del corazon , como si quisiera buscar algun agüero en su seno : luego se puso á hablarle con gran misterio al oido , y aplicaba el suyo á la boca del muerto para escuchar la respuesta , tornaba á hablarle y volvía á escuchar. No hay duda que el creia oír ; su profunda afliccion lo tenia enagenado. Al cabo de unas tres horas de esta penosa

visita y de estos raros coloquios, tomó un pomo de piedra ágata, puso en él de la sangre del hombre blanco, la calentó con la suya que se sacó de una vena, tiñó su Manitú en aquel filtro de la amistad, lo ciñó otra vez á su cuello, y una mano sobre la herida del corazon del difunto, la otra alzada hácia el cielo, la rodilla izquierda sobre la tierra, pronunció el juramento de la venganza, tan sagrado entre los Salvages como el que hacian los Dioses por el Estigio: « Sombra de mi amigo y mi hermano, mi  
« voz corre á tu oido, escucha lo que te  
« hablo. Tú tienes hambre y sed de justicia,  
« y el Grande Espiritu que la ama, me ins-  
« pira, y será testigo de mis palabras. Yo  
« te juro no dar sueño á mis ojos, no sen-  
« tarme á yantar en estera, ni arrimar un  
« dedo mojado en agua á mi lengua abra-  
« sando, hasta que yo te aplaque y te dé que  
« bebas á largos tragos el caldo de tu ene-  
« migo. Tú no tendrás que quejarte, tú no  
« irás desairado á los Manes, tú quedarás sa-  
« tisfecho. »

Ya se preparaba á salir y á cumplir su

promesa, ya tenia al mismo fin puesto á un lado de la cabaña el precioso fusil de René y armada la bayoneta, ya se estaba ciñendo la cartuchera, y he allí á Onduré que llega y se presenta en la puerta. La rabia de este malvado se hallaba ya satisfecha, pero no su lascivia. Acabado de celebrar un festin execrable con sus amigos en medio de los cadáveres humeando que cubrian la colonia, venia embriagado de sangre, de ambicion, de lisonjas y de lujuria. Cerca de la cabaña mandó á sus compañeros de iniquidad que siguiesen al templo á dar gracias, y les dijo que él iria pronto, que aun le faltaba cobrar á solas una deuda amorosa. La presencia de Otugamiz le causó embarazo un instante, pero engreido de su poder, y la cabeza poco segura con los vapores del vino, le preguntó que hacia alli.

« Yo te esperaba, respondió el hijo de  
« Tabamica; yo no podia dudar que ven-  
« drias al festin del cautivo. ¿No has man-  
« dado traer la caldera? La carne blanca es  
« una rica comida. No te lo comas todo,

« tú me alargarás siquiera un bocado, yo  
« me contentaré solamente con el corazón  
« de mi amigo. »

— « Eso es justo, dijo Onduré; ¿pero  
« donde está mi paloma? »

— « Ella vendrá » respondió Otugamiz.

— « Yo venia tambien á avisarte, siguió  
« Onduré, que los Sachems te esperan pa-  
« ra ir al templo. »

— « Ya iba yo á eso, contestó Otugamiz;  
« por supuesto, no habrá mas nada que  
« temer por la patria, los enemigos han  
« muerto todos, ¿no es cierto? »

— « ¡Y tan cierto! dijo Onduré, todo  
« está ya acabado; no queda un Blanco ni  
« por señal; » y se entró en la cabaña. Su  
cabeza bamboleaba.

Otugamiz volvió á preguntarle: « Según  
« eso la patria no necesita mas nuestros  
« brazos por la presente!... yo estoy con-  
« tento... Ilustre gefe, famoso guerrero,  
« ¿puedes tu ya descansar en paz? »

« Sí, mi querido Otugamiz » (contestó  
Onduré sin comprender el alcance de la pre-  
gunta ni concebir su peligro) « aunque fue-

« sen cien nieves, una detras de otra, puedo  
« ya reposar en seguridad con la que yo  
« amo en el lecho de los placeres. »

— « Tutor del Sol ; dijo Otugamiz, yo  
« te quiero hacer un presente á mi nombre  
« y al de mi hermana : ve tú aquí este fusil  
« que era la alhaja mas estimada que tenia  
« el Europeo ; nadie mejor que tú merece  
« tenerla.... » y le mostraba su fábrica pri-  
morosa , todos los cabos de oro , y la bella  
recámara burilada.

— « ¡ Precioso es ! le decia Onduré , yo  
« lo acepto. »

— « Tómale pues , dijo Otugamiz , y  
« disfrútale en nuestro nombre. » Onduré  
« iba á tomarle. — « De esa manera nó , tú  
« no sabes » replicó Otugamiz , y rebacién-  
dose atras y recogiendo todas sus fuerzas ,  
le entró la bayoneta hasta el mango en el  
corazon y derribóle junto á René , sin que  
tuviese tiempo el malvado de proferir ni  
una sola blasfemia. Otugamiz se tiró sobre  
él como un pájaro de rapiña , lo acribilló á  
puñaladas , le quitó la cabeza y corrió á  
presentarla á su muger y á su hermana.

Pero Celuta estaba acabando ; los paroxismos mortales del frenesí que la había atacado , se alcanzaban unos á otros cada vez con mas fuerza. Mila que se hallaba en su acuerdo , miró con indiferencia aquel inútil despojo de una venganza tardía , cuando todos los males estaban hechos y ninguno podia remediarse. « Antes , ántes de ahora , » dijo á su esposo , debieras haberles dado « ese gigote á los perros. »

El hijo de Tabamica se volvió á la cabaña fatal , clavó la horrible cabeza en la puerta y se fué á buscar los guerreros y les contó sus dolores. La muerte de René no les causó impresion , porque estaba prevista y el consejo la tenia decretada ; pero la violacion de una matrona natchesa , delito que se purgaba con la pena de fuego entre aquellos Indios , levantó una indignacion general. A este tiempo comenzaba tambien á contarse el asesinato de la madre del Sol. Los Salvages tardaron en conocer su cadáver y el del Chemen , tanto era lo que estaban desfigurados ! Al principio nadie atinaba á pensar quien pudiera haber sido el

perpetrador de tamaña maldad ; pero á poco encontraron en el lugar del delito la insignia del collar de Onduré , pérdida de que el monstruo no hizo advertencia cuando partió para el Fano. Este juicio y algunas frases vanagloriosas y enfáticas que se le habian oido aquella mañana en el horrible banquete , no dejaron despues dudar del verdadero autor de aquel crimen. La consternacion y el desórden que ocasionó aquel suceso , se aumentó por las diferencias que se movieron entre los Náteches y los Indios confederados sobre la distribucion del botin , que era inmenso y riquísimo. Las particiones se hicieron amenazándose unos á otros , prontos á llegar á las manos y á devorarse ellos mismos sobre sus víctimas. No se vió mas señal de amistad entre aquellas gentes : todos los extrangeros se daban priesa á cargar y parecian temerosos bajo aquel cielo testigo de sus pecados.

Celuta no se tardó en cumplir sus destinos : los accesos de espasmo fueron creciendo todo aquel dia y repitiéndose de una manera uniforme y rarísima. En los ratos que recobraba

al parecer el sentido, derramaba la vista sobre los Indios que rodeaban su lecho con un género de mirada tan lastimosa, tan dulce, tan expresiva, tan penetrante, que arrebatava todos los ánimos y era capaz de ablandar á las mismas piedras: despues se le mudaba el color y tomaba un tinte de ébano, se eclipsaban sus ojos, los músculos de su rostro vibraban con movimientos extraños y violentisimos, la convulsion ganaba todos sus miembros y no habia fuerzas que bastasen á sujetarla. Esta brega duraba largo trecho de tiempo, al fin del cual daba un grito, se abajaban sus parpados y caia en el letargo. En uno de estos ataques se voló aquel alma celeste.

Mila superior á sí misma, no volvió á derramar ni una lágrima, reconoció la fuerza de los decretos incomprensibles que gobiernan el mundo, se resignó á la desgracia, y se propuso vivir en favor de la triste Amelia á quien no le quedaba otra madre, ni mas amparo sobre la tierra. Los padres y los abuelos de Mila que la habian llorado por muerta, y vinieron á mezclar aquel

dia su contento con tan grandes dolores , le propusieron que se fuese con ellos , y Otugamiz ayudó á convencerla. La jóven India cortó una trenza de los cabellos de su amiga difunta , dió los gritos de despedida , tomó la niña , y se retiró con sus padres.

Aquella tarde habia llegado Nasétes despues de tantos dias de vagar en el rio inútilmente, y junto con el hermano de su amigo Venclao acompañaba á Otugamiz en sus penas. Ya bastante entrada la noche , les dijo este: «Yo quiero sepultar á René y á Celuta « en un lugar ignorado. Vosotros me ayuda- « reis á bajarlos al sitio de la ribera donde está « mi piragua. En teniéndolos dentro , me de- « jareis partir solo á llevarlos á su descanso: « yo os lo pido por el sagrado de la amis- « tad. » Sus amigos condescendieron. Esta dolorosa faena se acabó á media noche. Otugamiz, para disimular su designio, tiró rio abajo, dió un gran rodeo, y volviendo despues para arriba, encaminó la piragua á la Cueva de las Reliquias, y en habiendo llegado, la escondió en la maleza, cogió

musgos y tamariscos, siguió á dentro á lo mas oculto, trazó dos lechos y en uno de ellos acostó á sus dos muertos. A la noche siguiente volvió al village, y pasó con su esposa y con sus amigos tres dias. Despues, sin despedirse de nadie, se dirigió otra vez á la Cueva de las Reliquias, se acostó junto á sus hermanos, se abrió las venas y cogió el sueño eterno. Nunca se supo mas de aquel hombre admirable. El Manitú de oro lo habia dejado en el canastillo de las joyas de Amelia.

¡Dichoso él, que no presenció ni acertó á prever los acerbos dias que se preparaban! La anarquía comenzó bien pronto en los Natches. La faccion de Onduré que de repente perdió su crédito, no perdió su ambicion: los parientes del jóven Sol y la parte mas sana de los Sachems se ligaron en contra, mientras por otra parte un gran número de guerreros tomando el nombre de librades, pretendian mudar el gobierno y elegir un gefe de la nacion entre ellos. De aquí resultaron tres bandos acalorados y se encendió una guerra doméstica que

diezmó las tribus natchesas. Los libradores prevalecieron : de la faccion de Onduré no quedó casi nadie. Restablecido el sosiego un instante , comenzaron las malas nuevas. Los Franceses por una parte , y los Españoles por otra , combinadas sus direcciones , venian haciendo estragos sobre los Indios : la conjura abortó en los mas de los pueblos por la anticipacion de los Nátches. Las tropas de la Nueva Orleans, delante de la cual osaron probar fortuna los Cháctos , los Colapisas y los Kaunkas , destruyeron estas naciones y se adelantaban furiosas para vengar la matanza de sus hermanos del fuerte. Venclao llegó aquellos dias y añadió que Artaguetes , despues de haber reunido todas las fuerzas que se hallaban dispersas en los puestos del Meschacébe , había deshecho en un solo dia á los Chicachas , y que se dirigia á los Yazues para caer despues sobre el Nátche. Este generoso Ilines , ántes de volverse á su patria , ofreció á Mila un refugio en el Pimitoy. Mila hubiera querido aceptarlo , pero ignorando la suerte de Otugamiz , y esperando todos los dias

que volviese, creyó de su deber el quedarse.

La primera resolución de los Natches fué atrincherarse en el fuerte y vencer ó morir peleando ; pero un suceso fatídico que rezaban las profecías como el fin de sus glorias, derribó sus ánimos para siempre. Sin saberse como habia sido, se prendió fuego en los parques sagrados, y avivadas las llamas por el sople recio y constante del Aquilon, pereció aquella selva maravillosa y el templo. Mientras esto, se acercaban los Europeos, y una noche los Hijos del sol desenterraron los huesos de sus padres y sus abuelos, los cargaron en sus espaldas, y colocados los viejos, los niños y las mugeres en medio de los guerreros, tomaron á lo interior del desierto sin acertar donde ir á buscar un asilo.

Despues de muchos días de lágrimas y trabajos, siempre atajando y corriendo selvas desconocidas para evitar los encuentros del enemigo, hallaron quien se doliese de sus desgracias al Nordeste del Erieo, en donde habia una puebla de Chimilakas vecinos suyos que emigraron diez años ántes. Un desterrado bailó la danza del suplicante









CHATEAUBRIAN

OS MATCHES

AH 1511

UNIVERSITY OF TORONTO